

N O S O T R O S

LA NUEVA ESPAÑA Y LOS PAISES HISPANOAMERICANOS

Nos hemos reconciliado con España

DIFÍCILMENTE la revolución española puede haber sido acogida y seguida en país alguno con tan espontánea y cálida simpatía como en la Argentina. Creyentes en ella desde sus pródromos, en cuanto conocimos la composición política de la Asamblea Constituyente, abrigamos la certidumbre de que sabría dictar una Constitución adecuada a los tiempos y a la España resurgida, y que la Nación sería capaz de levantar el nuevo Estado que planea esa Carta sobre bases históricas y sociales perdurables.

Desde el primer día de la Revolución los argentinos nos hemos reconciliado con España. No estamos a la ligera el concepto de "reconciliación".

La España borbónica, como Estado, y como entidad social, era aborrecida y despreciada en estas tierras. Más aborrecida y despreciada aún lo fué la España de Primo de Rivera. Tal actitud espiritual no se extendía, por supuesto, al pueblo español, o, más bien dicho, al conglomerado de naciones y subnaciones que la geografía, la economía y la historia están amalgamando desde hace siglos en un gran conjunto cultural, en una gran nación propiamente dicha, amalgama que ya se hubiera producido, de haber respetado la monarquía las tradiciones y autonomías regionales.

Los pensadores, los artistas y los hombres de acción que más han contribuído a trazar los surcos en que ha germinado la nueva España, han encontrado siempre entre nosotros un ambiente más

cordial que los de cualquier otra nación europea. Prueba positiva de que nos sentimos más cerca de ellos. Ya hace treinta años, el más vigoroso precursor de la nueva España, Miguel de Unamuno, era quizás más leído en la Argentina que en su propio país. José Ortega y Gasset fué "descubierto" por nosotros, y no debe haberse sentido un extraño, a pesar de que en una conferencia de despedida en su primer viaje declaró estar en un polo espiritual opuesto, que simbolizó en el Escorial, nada menos. (Precisamente lo que más repele y ha repelido de España a los hispano-americanos que piensan es todo lo que puede tomar como símbolo el Escorial). Gregorio Marañón, Jiménez de Azúa, Gabriel Alomar, el propio paradójal Pío Baroja, que tan superficiales y falsas nociones ha expresado sobre nosotros, son nombres tan familiares en Buenos Aires como en Madrid o Barcelona. Y la lista de nombres podría alargarse mucho.

Conocemos a los españoles infinitamente mejor de lo que ellos nos conocen a nosotros. Por eso, de inmediato hemos trazado una raya y abierto cuenta nueva a los constructores de la nueva España. Esperamos aprender mucho de ellos; y cada día más. Nos sentimos muy cerca de esa España nueva. La más cercana a nosotros de toda Europa. Así como la España monárquica, y el espíritu que de ella emanaba, la sentíamos tan distante, tan ajena a nosotros como si estuviera en otro planeta. O, por lo menos, como una China o una Persia, cuyo idioma hablaríamos por casualidad, y cuya presencia en nuestras tierras no nos dejó sino recuerdos desagradables.

En esta actitud mental nuestra y de la nueva España, podemos y debemos decir cosas que antes no valían la pena, pero que ahora es indispensable decir con toda franqueza para facilitar un acercamiento que creemos tan útil para ellos como para nosotros.

Mentiras retóricas intolerables

Ante todo, es necesario despejar una serie de mentiras retóricas, manidos lugares comunes acuñados en España por oradores de banquete y periodistas de menor cuantía, pero al parecer harto difundidos aún allí, y que son otros tantos obstáculos para la comprensión recíproca.

La primera mentira, y la más absurda y antipática, es la de una "comunidad de raza". Que no existe una "raza" española, no ya antropológicamente (que los propios antropólogos españoles niegan) sino ni siquiera como expresión de consanguineidad histórica, lo están demostrando los movimientos de autonomía nacional catalana, vasca, gallega, y los de autonomía regional basados en diferencias patentes. Pero aun suponiendo que hubiera una "raza" española, es falso que los pueblos hispanoamericanos puedan ser considerados como pertenecientes a ella.

Además, no *queremos* ser españoles de raza, sino forjar la nuestra propia.

Ni siquiera en las colonias, cuando se emanciparon de la tiranía del Estado monárquico español, predominaban numéricamente los habitantes de origen ibérico. Porque no hubo propiamente *colonización* sino sólo *conquista*, la inmensa mayoría de la población era indígena. Aún entre el puñado de blancos de origen español que formaron las respectivas oligarquías de etiqueta republicana, una gran parte era más o menos mestiza. Y no cuento a los negros. Hoy todavía predominan en absoluto los indios puros o apenas mestizados en México, Centroamérica, Venezuela, el Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay. La población "blanca" según las estadísticas oficiales representa en esos países una proporción del diez al treinta por ciento. En Cuba y demás Antillas es notorio el predominio negro. Hasta el dictador Machado acusa en sus fotografías rasgos mulatos bien acentuados. En el Norte, Oeste y centro de la Argentina, la población obrera y campesina nativa demuestra en sus rasgos fisonómicos que predomina en ella la sangre india (en ciertas zonas con mezcla de negro) y tienen todavía rasgos mestizos (a menudo con algo de mulato) la mayoría de los miembros de las familias aristocráticas del Norte.

En cuanto a la población hispanoamericana de origen europeo puro o casi, en la Argentina, el Paraguay y el Uruguay sólo la minoría es de procedencia española.

Racialmente, somos pueblos *indoamericanos* y no "hispano-americanos". A medida que se extienda y profundice la democracia en nuestros países, lo reconocerán más francamente quienes lo

son sin lugar a la menor duda, y esto será mucho mejor para ellos.

Aparte del indoamericanismo, nuestro único denominador común es el idioma. Pero también en este respecto es necesario ver las cosas tales como son. En muchos de los países indoamericanos, el español es sólo la lengua de una pequeña minoría culta. La lengua nacional paraguaya sigue siendo hoy todavía el guaraní. En Bolivia y el Perú, la gran mayoría de la población sólo chapurrea algunas palabras de español, cuando llega a tanto, siendo sus verdaderas lenguas el quichúa y el aymará. En la misma Argentina persisten islas lingüísticas guaraníes y quichúas.

No existe una cultura hispanoamericana propiamente dicha. Y las culturas que se están formando en nuestros países deben a España poco menos que nada. La conquista española fué demasiado superficial para que su cultura se extendiera más allá de las clases privilegiadas de carácter feudal que estableció en nuestros países, y en estas mismas, era hartó escasa. Los valores culturales hispanoamericanos son en su conjunto de procedencia europea general o de tradición indígena, con sólo un matiz español en la arquitectura. La única huella profunda del régimen colonial es la influencia eclesiástica y los hábitos burocráticos que subsisten, de una pesadez y complejidad que probablemente han desaparecido en España.

En el brillante artículo publicado en NOSOTROS por el señor Luis Echávarri sobre *Los errores del hispanoamericanismo*, dice con toda razón: "Durante mucho tiempo, el único aporte de España a las Repúblicas de América fué el de sus emigrantes, honrados, trabajadores, rudos y analfabetos. Ellos acudían con sus brazos fecundos a labrar la grandeza económica de América, pero sus rudos cerebros nada aportaban al Nuevo Continente de la ciencia, la literatura, el pensamiento y las artes de su patria." Ellas eran, por otra parte, muy de segunda mano en los siglos XVIII y XIX.

He llamado "antipática" la mentira retórica de la comunidad de raza, porque todo lo que tenga algún matiz de culto racial es manifiestamente retrógrado, mezquino, miope, radicalmente enemigo de la universalidad de espíritu que es condición esencial de la cultura moderna, como lo es de toda gran cultura. Sobre todo,

si el prurito racial se refiere a una cultura a la que se le debe poco menos que nada.

En cuanto a la mentira retórica del "hispanoamericanismo", ella tiene un cierto *cachet* imperialista que ha inducido a hacer antipático este término entre todos los círculos intelectuales avanzados de Indoamérica. Porque implica la pretensión de regirnos espiritualmente después de no haber sabido regirnos políticamente. Reacción contra el espíritu reaccionario e imperialista latente en el "hispanoamericanismo" que se ha practicado en ciertos círculos madrileños, y que ha caído siempre en el más absoluto vacío en nuestros países, es el término "latinoamericano". Término absurdo, porque si no somos españoles, menos todavía somos latinos, porque habría que comenzar por demostrar el latinismo de los españoles, franceses, etc., que es otro mito, como son mitos todos los nacionalismos que pretenden darse una base racial. Y odiosamente reaccionarios por añadidura. El "latinoamericanismo" ha sido sólo una negación de todo cuanto el "hispanoamericanismo" encubría.

Otra mentira retórica correlativa de las anteriores es la "madre patria". El pueblo inglés no ha tenido nunca la pretensión de ser la "madre patria" de Estados Unidos. Los yankees califican con acierto a los ingleses de "primos". También los españoles son primos nuestros, nada más y nada menos. Somos primos racial e históricamente. "Madre patria" pudo ser la España de los siglos XVI y XVII para las colonias de ese entonces, forzando mucho los términos, aunque para la gran masa de su población indígena y mestiza era simplemente una madrastra desalmada e ineficiente. (Tengo en cuenta los *hechos* y no los papeles del Consejo de Indias.) La España de hoy, en cambio, sucesora de la de los siglos anteriores, así como parte de nuestra población es descendiente de los conquistadores americanos de esos siglos, no puede ser llamada "madre patria" nuestra sin falsear la historia y sin que se pretenda otorgarle una primacia que no le acordará jamás ningún pueblo americano.

Más chocante es para nosotros esa mentira retórica cuando llega a la pavada de hablar de la "madre" y las "hijas", agudamente puesta de relieve en el citado artículo de Echávarri.

En cambio, comprendamos unos y otros cuánto hay de noble

contenido en el término de "primos": en respeto y afecto recíproco, y en el reconocimiento de una ascendencia común en la parte de los respectivos troncos realmente comunes.

La nueva España surgida con la revolución está destinada a ser cada vez más una amiga fraternal de los Estados indoamericanos, sobre la base de la comunidad de idioma, y en parte de temperamento, y de la comunidad cultural que la de idioma tiene que hacer progresivamente más íntima una vez derribadas las barreras de la monarquía y de los prejuicios en parte provinciales, en parte imperialistas, que acompañaban a esta forma política.

La monarquía enclaustraba a nuestros primos españoles en un vetusto castillo espiritual, que les encerraba los horizontes y tendía a ensimismarlos en ensueños irrealizables de vagas primacías carentes de todo fundamento. Instalados ahora en la noble casa del Estado republicano, democrático y social, con las puertas abiertas a todos los amigos y las ventanas abiertas a todos los horizontes, los españoles a la par que se recuperarán a sí mismos, empezarán a conocernos y a comprendernos mejor, y nosotros a sentirlos verdaderamente parientes y a poder frecuentarlos cada vez con mayor agrado y provecho.

Pero es condición previa dejar de lado todo sueño de tutela en terreno alguno. Considero definitivamente enterrado el "hispanoamericanismo" retórico y presuntuoso de la vieja España. Pero hemos visto agitarse nuevamente ciertos pruritos que serán siempre grave obstáculo para la compenetración espiritual en que todos tenemos mucho que ganar, y con los cuales sólo España será la perdidosa mientras subsistan.

Reliquias de un imperialismo trasnochado

Ejemplifican ese prurito los conatos de acordar derecho de representación en los cuerpos legislativos de España a los inmigrantes de esa procedencia en los países hispanoamericanos, y el proyecto que acaba de comunicar el servicio telegráfico, de incorporar a la Constitución, como una de las funciones del Estado español, la creación de escuelas españolas en Hispanoamérica.

Es realmente extraordinario que en medio del magnífico movimiento de renovación y liberación que agitó a España, sea tan

tenaz la nostalgia imperial de la monarquía, como para inficionar todavía a espíritus libres y democráticos con esas divagaciones.

Lo más extraordinario sería que la ocurrencia de crear escuelas españolas en los países de hispanoamérica procediera nada menos que de los socialistas españoles, como ha informado el servicio telegráfico de los grandes diarios. Se trata seguramente de un error de los corresponsales. La iniciativa de los socialistas ha de ser la reivindicación de la facultad del Estado de crear escuelas nacionales en cualquier región de España, lo que es realmente indispensable para mantener el concepto de la unidad nacional por sobre las tendencias centrífugas de los pequeños nacionalismos regionales, reaccionarias por el sólo hecho de las limitaciones que pretenden imponer. Pero el error de información expresa un prejuicio difundido, por lo cual creo que debe tomarse en cuenta.

El proyecto de acordar derecho de representación a los inmigrados de España radicados en nuestros países (que ha llegado a tomar forma en el de estatuto gallego) implica la pretensión de ejercer actos de soberanía en nuestros territorios. Ello es evidente ya desde el punto de vista jurídico abstracto, porque significa legislar desde España para una parte de la población de países extranjeros. Ningún gobierno y ningún pueblo que se respeten pueden tolerar semejante pretensión.

Más evidente aún es ese desguisado jurídico si se tiene presentes las condiciones materiales indispensables para llevarlo a la práctica. Significaría que el gobierno español podría decretar elecciones en nuestro territorio, el de Chile, etc., para los habitantes procedentes de España. Esto implicaría la formación de censos electorales previos, hechos por representantes del gobierno español. Más grave aún sería el atentado de las elecciones en sí mismas. ¿Por intermedio de qué órganos y de qué funcionarios podrían comunicarse las respectivas convocatorias y realizarse los comicios? No habiendo otros que los ministros plenipotenciarios y los cónsules, quedarían ellos convertidos en autoridades de hecho en un país extranjero. No habría más remedio que ponerlos de patitas en el puerto.

Prescindiendo de este grave aspecto jurídico, es evidente el absurdo y el ridículo de semejantes elecciones y semejante repre-

sentación. Dado que sólo serían posibles comicios en los consulados, sin otra propaganda electoral que la que pudiera hacerse en uno que otro diario redactado por inmigrados españoles para la pequeña minoría nacionalista de los mismos, los tales comicios serían una parodia. En el mejor de los casos, votarían unos pocos miles. La gran masa de nuestra población inmigrada se considera de hecho argentina, como debe serlo, y como se propone conseguirlo todo el cuerpo de nuestra legislación, desde la Constitución hasta el Código Civil, y contribuyen a facilitarlo las costumbres.

La agitación electoral sería sólo asunto de alguna camarilla de club y de una que otra asociación más o menos mutualista. Porque no es de suponerse que quienes todavía siguen auspiciando la extravagancia de la representación de los inmigrados de origen español en los cuerpos legislativos de España pretenderán que se les toleraran campañas electorales en debida forma.

Por otra parte, ¿qué intereses, qué aspiraciones podrían encarnar en España los "diputados" electos en la Argentina, el Uruguay, Chile, etc., que tienen radicados todos sus intereses y aspiraciones en estos países y no en España?

Más chocante aún es la fantasía tendente a que el gobierno español cree escuelas españolas en nuestros territorios. Basta enunciar el hecho para comprender que si se tratara de creaciones gubernativas directas, serían un atentado flagrante a la soberanía y a la nacionalidad de nuestros países. Serían además un grosero insulto a nuestra cultura.

La única forma practicable y tolerable en principio sería la subvención, por el gobierno español, de escuelas formadas por asociaciones culturales constituidas por inmigrados, como lo hace todavía el gobierno italiano con algunas raquíticas escuelitas de mera fachada, que, sólo por eso, nadie toma en serio.

¿Pero qué propósitos podrían servir semejantes escuelas? ¿Ofrecer oportunidades de educación a los hijos de españoles nacidos en nuestro territorio? El gobierno español no tiene nada que hacer con ellos. Además, la obra educacional primaria argentina, a pesar de ser muy deficiente en extensión y en calidad, es superior a la española.

No tendría sentido que se preocupara de la educación en países extraños un gobierno que tiene tanto que hacer por ella

en el propio. Además, por poca importancia que llegaran a adquirir las escuelas que se subvencionara o instituyera por cualquier otro medio disimulado en nuestras tierras, no tardarían en motivar justas medidas de defensa, porque semejantes escuelas no podrían tener sino un propósito antiargentino y, por lo tanto, inamistoso: el de cultivar en los hijos de los inmigrados de España el sentimiento nacional español. Es decir, el propósito de hacerles sentir extranjeros en su propia patria, que lo es por el hecho y por la ley. Sólo con tal fin inamistoso e ilegal tendrían sentido las escuelas españolas en los países hispanoamericanos. Pero es precisamente ese sentido el que obligaría a prohibirlas, allí donde se pretendiera establecerlas.

Reconocimiento leal del Derecho americano

Es necesario que los Estados europeos que han aportado fuertes contingentes inmigratorios a los países americanos, reconozcan, de una vez por todas, que ese fenómeno de la inmigración en masa ha creado en América un nuevo derecho. Su primer punto es que dichos inmigrados no están sometidos a otras leyes que las del propio país en que se han radicado. El segundo punto es que los hijos de inmigrados tienen la nacionalidad de la tierra en que han nacido. Este principio, opuesto al del *jus sanguinis* que es en Europa una reliquia de la Edad Media y del absolutismo monárquico, es condición *sine qua non* de la existencia de los países americanos. Todo gobierno europeo que pretenda mantenerlo obtiene, por único resultado, que los hijos de los inmigrados no visiten jamás el país de origen de sus padres, para no sufrir las vejaciones a que están expuestos. Como ha estado sucediendo con los argentinos hijos de italianos en la Italia de Mussolini, que a causa de ello evitan cuidadosamente poner los pies en sus dominios. Como sucedía en Francia antes de la ley Clemenceau, que le sugirió la visita a la Argentina.

Ningún gobierno americano que se respete puede tolerar que un gobierno europeo pretenda ejercer en su territorio acción alguna sobre los habitantes que, por su propia ley, son ciudadanos de su país y de ningún otro. Además, es necesario que se comprenda, de una vez por todas, que, aun prescindiendo del princi-

pio legal americano, los hijos de españoles, italianos, franceses, etc., nacidos en la Argentina (o el Uruguay, etc.) se sienten por sí mismos argentinos o uruguayos, etc., y no españoles, italianos o franceses.

Nuestros hijos de inmigrados rechazan con indignación y repugnancia cualquier pretensión de imponerles otra ciudadanía u otra influencia política que la del país en que han nacido y se han educado. Y la fuerza de absorción del suelo americano es tal que los propios inmigrados jóvenes no tardan en olvidar su nacionalidad de origen, y en sentirse tan americanos como los que lo son desde muchas generaciones.

Por consiguiente, todas las tentativas hechas por ciertos gobiernos, entre los que se ha destacado el de Mussolini, para ejercer una acción sobre la población inmigrada, o sobre sus hijos, han sido contraproducentes; su único resultado invariable fué despertar una violenta antipatía contra el respectivo gobierno, que se refleja sobre la nación que ese gobierno representa.

El sentimiento nacional y de independencia de los argentinos hijos de inmigrados es tan irresistible que cuando los padres pretenden presionarlos, lo único que consiguen es distanciarse en absoluto de ellos.

El eminente jurista, amigo de la Argentina y espíritu universal que tanto ha influido en el proyecto de constitución española debe ser el autor de la sabia disposición que, en forma indirecta, reconoce la nacionalidad americana de los hijos de españoles emigrados a nuestras tierras. Pero hay en la disposición reservas que pretenden acordarles el derecho de optar por la nacionalidad española.

Lo más deseable sería el reconocimiento liso y llano de nuestro nuevo Derecho, y en cambio, abrir una nueva ruta a la *reciprocidad de ciudadanía*.

La Reciprocidad de Ciudadanía

El concepto americano de la nacionalidad es el que más se acerca al genuinamente socialista. Quien sienta la solidaridad que la cultura crea entre todas las naciones y perciba la importancia que tiene el ejercicio de los derechos políticos, está implícitamente

dispuesto a hacerse ciudadano del país en que se radique, y no puede abrigar jamás la pretensión de que sus hijos, criados en ese país, puedan sentirse extranjeros en él y optar por la nacionalidad de origen de sus padres.

Lo que concuerda con el sentimiento socialista y el creciente cosmopolitismo moderno tiene firme punto de partida en disposiciones constitucionales que faciliten la adquisición de la ciudadanía y los tratados de reciprocidad sobre ella. Este punto de vista interesa sobre todo a los países que, como España, tienen una inmensa población emigrada en varios países.

Nuestra Constitución acuerda el derecho de ciudadanía de todos los inmigrados de conducta honesta después de sólo dos años de residencia en el país. La Constitución española podría establecer, por lo menos para los nativos de países hispanoamericanos, el derecho de ciudadanía después de un tiempo de residencia igual al que requiera la Constitución de su respectivo país.

Pero la reciprocidad de ciudadanía debe ir más adelante. Intentó hacerlo en parte un proyecto de tratado firmado por nuestro gran Alberdi cuando era ministro en España, el que por desgracia fué denunciado aquí como atentatorio a la soberanía argentina, lo que se explica por haberse adelantado con exceso a su época. La reciprocidad, tal como estaba encarada en ese proyecto, acordaba automáticamente la ciudadanía argentina a los inmigrados españoles después de dos años de residencia en nuestro país, y la ciudadanía española a los argentinos después de igual tiempo de residencia en España. La ciudadanía del país de origen se recuperaba automáticamente al volver a radicarse en él. Esta recuperación puede hacerse en principio de dos maneras: declarando, al volver al país de origen, que el propósito es quedarse en él definitivamente, o probando haber estado radicado de nuevo durante más de dos años.

Complemento de la reciprocidad (casi diría que un complemento indispensable) es la *caducidad automática de la ciudadanía de origen*, después de un tiempo igual al requerido para adquirir la nueva, de los que se ausenten sin declarar de antemano su intención de volver, o que no retornen dentro de ese plazo.

La reciprocidad de ciudadanía es la medida de carácter político que más puede estrechar los lazos entre los españoles y los

países hispanoamericanos, aparte las tendentes a intensificar entre ellos toda forma de intercambio. Porque es de genuina reciprocidad en aquello en que es más fácil, dado que España nos manda más hombres que libros y mercancías; porque concuerda con el espíritu americano y con el nuevo Derecho que ha creado; porque no implica ni la más remota sospecha de una pretensión de tutela o de usurpación de soberanía y tiende, por el contrario, a una comunidad política y moral respetando sin embargo la autonomía de cada Nación.

Por el contrario, todo lo que pretenda, confesada o tácitamente, estimular a los inmigrados a sentirse extranjeros en el país en que se han radicado, es un acto de hostilidad a nuestros intereses nacionales permanentes y a nuestra sensibilidad colectiva, es atentatorio al internacionalismo que debe imponerse cada día más, y tiene oculto un prurito imperialista, o por lo menos de egoísmo provinciano, que no puede sino dañar a la confraternidad entre naciones manifiestamente emparentadas pero no dependientes unas de otras.

En conclusión: para que podamos reconciliarnos sin reserva alguna con la nueva España y pueda iniciarse una era de fecunda compenetración entre nuestros países y la república española, es indispensable que ésta eche definitivamente al montón de trastos viejos, junto con las instituciones monárquicas de que se ha libertado, los prejuicios y las reservas mentales que dimanaban de ellas con respecto a los países hispanoamericanos.

AUGUSTO BUNGE.

A ENRIQUE LARRETA

SONETO

Os gusta conversar, buen caballero,
encina de Castilla y lis de Francia,
en el sosiego grave de una estancia,
desceñido el heroico arnés de acero.

Hundido casi en un sillón frailer
el abandono sois y la elegancia,
señorío total sin arrogancia.
Zuloaga os pintó de cuerpo entero.

Fijé un instante yo de aquesta vida
profunda, silenciosa, recoleta,
en la penumbra sí pero encendida.

Poeta que está en casa de poeta,
mi mano por la vuestra enriquecida
este soneto os escribió, Larreta.

FERNÁNDEZ MORENO.

LOS NUEVOS ESCRITORES DE ITALIA

G. B. ANGIOLETTI

EL primer año que se otorgó el premio "Bagutta" (1927), G. B. Angioletti lo ganó con su libro *Il Giorno del Giudizio*. Angioletti tenía entonces treinta años, y ese era su segundo volumen. El premio no le procuró un público vasto, porque Angioletti no es escritor ruidoso. Si el mundo vale por los extremos y los ultras, y dura por los medios y los moderados, como dice Paul Valéry, habremos de deducir que Angioletti, con relación a los escritores de éxito popular, es un extremo, un ultra opuesto; y con relación a los programas literarios de vanguardia es un moderado. Pero conviene precisar en seguida que su posición no es la de un cómodo punto medio, sino la de un motivado y esencial equilibrio que así evita el sensacionalismo grueso como el sensacionalismo refinado. De un lado están los sentimientos comunes y convencionales; de otro lado están las intenciones extravagantes, los esteticismos disgregadores, los preciosismos de la degeneración artística y moral por exceso de refinamiento y por deseo de lo inusitado, y los falsos primitivismos. Un sentido cualitativo y aristocrático del arte impide a Angioletti entregarse a los primeros; su sentido de responsabilidad moral e intelectual, casi diría su buena salud misma, le impiden caer en los segundos. El equilibrio de Angioletti procede de una constante autoinhibición a abandonarse, pero también de un arraigado sentido de la tradición y de la seriedad del arte. Es, así, fruto de inteligencia y de probidad.

Dadas las cualidades del escritor, si el premio Bagutta no pudo colocarle sobre el plano del éxito, pudo, en cambio, facilitarle la llegada a un puesto directivo en la literatura italiana; y

esto realiz6se pr6cticamente al confi6rsele la direcci6n de *L'Italia Letteraria*.

Despu6s de 1927, G. B. Angioletti ha publicado un libro de cr6tica: *Scrittori d'Europa*; uno de interpretaciones de ciudades y paisajes de Italia: *Ritratto del mio Paese*; y uno de cuentos: *Il buon veliero*.

Scrittori d'Europa es una selecci6n de los art6culos escritos por Angioletti desde 1922 al 28. Casi siempre notas compuestas al margen de un libro, sin pretensi6n de juzgar a cada autor integralmente; a menudo, sin embargo, se6ala rasgos esenciales y totalitarios, como por ejemplo cuando habla de Nietzsche, de Dostoi6ewski, de Rimbaud. Pero, como Angioletti mismo advierte en el prefacio, a pesar de la ocasionalidad de los art6culos (aparici6n de un libro, noticia de un movimiento), todos ellos responden a una arraigada convicci6n acerca de la existencia de una fundamental unidad del esp6ritu europeo. "Una literatura europea existe — dice — y solamente contingencias pol6ticas o sociales le impiden mostrarse unida y homog6nea." Afirmando lo cual, Angioletti se coloca por encima de la pol6mica entre "Stracitt6" y "Strapaese" que, de un modo un tanto artificioso, se suscit6 hace algunos a6os en Italia, y que puso en contraste a los novecentistas cosmopolitas y a los tradicionalistas provinciales, salvo a no poderse distinguir siempre a los unos de los otros en cuanto se quisieran precisar diferencias efectivas. Los programas informadores de estas dos tendencias eran casi fruto de respectivos malentendidos. Los "stracittadini" sostenian que era preciso "europeizar" a Italia; los "strapaesani", por el contrario, defendian a Italia contra la "contaminaci6n" europea. Dos absurdos. ¿Qu6 significa europeizar a un pa6s tan europeo? ¿Y cu6l es esa originalidad italiana que ha de ser defendida contra la Europa actual? En el fondo, si habia alg6n serio antagonismo, era el antagonismo entre modernidad y tradici6n; pero, aun as6, "stracittadini" y "strapaesani" se han quedado siempre en lo exterior y puramente pintoresco de la modernidad y de la tradici6n; en el primer caso, el cosmopolitismo, la mec6nica; en el segundo, las humildes costumbres aldeanas, el provincialismo, el color local. En todo caso, es falso pretender que lo primero se

identifique con Europa y lo segundo con Italia, cuando son cosas comunes a toda Europa sin exclusión de países.

Para Angioletti, Italia es un país tanto o más europeo que cualquier otro; y el problema consiste en defenderse contra las formas degenerativas del pseudo-europeísmo. Oigámosle: "Nosotros, que no somos filósofos ni hombres políticos, tratamos de comprender el problema europeo desde el punto de vista de la civilización absoluta, es decir, del arte y de la cultura. Para nosotros está claro que la primera responsable de la actual decadencia es la literatura pseudo-europeísta de estas décadas. En ella el *hombre* ha perdido toda dignidad porque se ha hecho burla de ese admirable descubrimiento europeo que es el "carácter"; toda criatura ha sido reducida al común denominador de la animalidad inconsciente, presa de los instintos, dominada por inquietantes predestinaciones; el escepticismo destructor ha producido los excesos de la psicología, del análisis absoluto, del psicoanálisis, descomposición al infinito de elementos que sólo como unidades pueden ser representados artísticamente. Y no basta: hay literatos que, envileciendo a la humanidad por amor de un panteísmo llevado al absurdo, han escrito volúmenes en loor de las abejas y de las hormigas, otros que deliran con reencarnaciones, con muchedumbres de almas reunidas en un cuerpo único, con horrendos retornos bestiales. Y hay quien concibe genios como Dante o Goethe como apariciones míticas, fabulosas, separadas de la Tierra, y no como expresiones de civilizaciones seculares. En algunos casos, además, juventudes universitarias al completo toman como modelos de humanidad a los héroes de Dostoiewski, jugando al idiota hasta el punto de teorizar el juego en el dardismo: orgías de la inteligencia más funestas que la pura barbarie. Es preciso reaccionar contra todo esto. Aun en el caso de que esas desviaciones hayan tenido un noble origen, es decir que hayan derivado de una profunda náusea hacia la preponderancia del positivismo y hacia la rapacidad filistea de ciertas clases sociales, es preciso convencerse de esta simple verdad: se evita la decadencia volviendo a la civilización original, y no buscando salida en otras formas de civilización o en románticos abandonos."

Pero todo esto no significa atenerse, en mera actitud de prudencia, a ideas y formas sancionadas, hechas. La única base

común a los europeístas que ama Angioletti, consiste en la inteligencia realista (y no racionalista) y en el orden espiritual. Todas las inquietudes, todas las búsquedas, todas las crisis — “la sonda dostoiéwskiana, los descubrimientos de Freud, el desdoblamiento pirandelliano” — son útiles, provechosas, con tal de que no nos abandonemos incondicionalmente a ellas, y sepamos contenerlas en los límites de la razón. “Se podrá decir — escribe — que el exceso de inteligencia engendra el descontento de la mera dignidad humana; ¿pero no es acaso divina la ley que limita dentro de la razón la virtud creadora? Y la ley europea exige precisamente la adherencia perfecta de la forma al espíritu, en un todo único, concreto y armonioso.”

*
* *

El europeísmo de Angioletti es razonado, sí, pero más que en la inteligencia y en la razón, se engendra en el instinto y en el sentimiento. En esto tenemos el punto de coherencia entre el artista y el crítico, entre el poeta que intuye y el hombre que razona. En una prosa lírica contenida en el libro *Il Giorno del Giudizio*, Angioletti explica, en efecto, su europeísmo como espontánea actitud psicológica. Ha nacido en Milán, la ciudad de Italia más activa y más en tratos con Europa. En ella ha transcurrido toda su vida, en ella se ha formado. No tiene, como tantos otros escritores italianos, el recuerdo vivo de la aldea, del campo, de la región, de la vida apacible y tradicional. Estas cosas, las ha conocido de grande, y sólo de tránsito, sin poder entrar en ellas, sintiéndolas ajenas; y su contacto, si le ha infundido algo, es la nostalgia de no poseerlas.

Esto demarca otra característica de Angioletti: su condición de escritor no regionalista, en un país donde los escritores regionalistas son, o por lo menos lo han sido hasta ayer, mayoría; y, por otra parte, su sentimiento nostálgico de la naturaleza, de la sencillez de vida, que cobra en Angioletti acentos de sentida poesía, en contraste con el tumulto, el automatismo y el artificio de la vida urbana. También en esto, Angioletti es milanés, lombardo. Pero si es lombardo, es regionalista — se dirá—; ¿y entonces?

Carlo Linati, el más típico de los escritores contemporáneos lombardos, se esforzaba una vez queriendo convencer a algunos amigos acerca del lombardismo de Angioletti; pero al intentar explicarse, advirtió que sus teorías no se ajustaban exactamente a las cualidades de Angioletti, y debió renunciar a definir, concluyendo que "sentía" en Angioletti al lombardo. Así es: se siente el lombardismo de Angioletti, pero no como expresión de color regional, sino como tono de raza. Dice Linati, hablando de *Il Giorno del Giudizio*: "Este libro está lleno de sentimiento, fantasía, melancolía, dulzura paisajista y familiar, sentido trágico de la vida: cosas que se encuentran, por lo general, en la obra literaria de los escritores lombardos, desde Parini a Dossi, pero se encuentran acaso mezcladas y aplicadas en otro modo, en modo más simple, más extendido, mientras que en este joven escritor están como orquestadas y fundidas conscientemente." Pero no es necesario recurrir a citas ajenas, cuando el mismo Angioletti, en una prosa entre lírica e interpretativa dedicada a una villa lombarda, se define a sí mismo indirectamente, al tratar de definir el romanticismo lombardo. Dice: el rasgo más resaltante de los lombardos, es el gusto del trabajo y goce de toda agitación; pero hay un carácter más íntimo de los lombardos, "una especie de dulce pereza, un deseo recóndito de ennoblecer los gestos refrenándolos y conteniéndolos según delicados pensamientos, y en fin un placer del silencio y de la paz que falta a casi todos los otros pueblos italianos". Y luego: "El lombardo de noble origen detesta, por lo general, la actividad como fin en sí misma, y aunque se entregue a ella, lo hace casi por un sutil pudor, por una natural timidez, que le inducen a disimular sus propias inclinaciones." Y más adelante: "Ciertamente, el ocio debe ser un deseo, antes que una regla de vida." Y en rigor de verdad, toda la industrializada vida lombarda — ciudad y campo — demuestra que para el lombardo "el ocio es tan sólo una gracia fugaz, que a veces no se goza si no en la medida de un lejano, débil suspiro." "Soñar la fatiga, desearla, cantarla, no; es preciso soñar la paz." "No por nada aquí, entre nosotros, nació el romanticismo italiano, cuya genial melancolía surgía precisamente de incolmables deseos de reposo." Pero he aquí una definición más precisa: "Nuestro romanticismo: ningún abandono a la fábula, a la leyen-

da, sino por pura ficción literaria, pero sí el placer de crear una atmósfera dolorosa o melancólica o solamente tranquila en torno de una realidad que no se mide ni se define. Tocar la verdad, pero transfigurarla, porque no hay sobre la tierra verdad que nos aplaque, y solamente nuestras fantasías nos calman o nos exaltan.”

Angioletti ha insistido sobre ese deseo de ocio y fantasía con mayor detenimiento que otros escritores lombardos, determinando así uno de los aspectos de su carácter: el idílico, el contemplativo, el poético. Naturalmente, a fuer de buen lombardo, su abandono al ocio no consiste más que en aspiración al ocio, una tendencia al ensueño y a lo infinito. (“El ocio — dice — es un recuerdo de la inmortalidad”). Pero así el ocio es actividad, porque el ensueño se transforma en poesía, en obra.

Yo he conocido a un gentilhomme lombardo, gran suscitador de actividades, que a su manera era un amante del ocio. Ocio lombardo. Movía miles de personas y millones de intereses; y la suya no era una obra de especulación personal, sino de utilidad pública. Su gusto del ocio se traducía en esto: que su oficina era un gran salón de un palacio del mil cuatrocientos, con muebles antiguos y cuadros antiguos, donde no había absolutamente nada de oficina. Se comprendía que el contorno oficinesco le hubiera infundido una insoportable sensación de trabajo sin tregua, mecanizado, implacable. Para salvarse de esta sensación, el gentilhomme lombardo refugiado en su salón antiguo, sin secretarios ni ir y venir de empleados, lo hacía todo él, bastándole una estenógrafa que, al ser llamada, acudiese y fuese lo suficientemente rápida para seguir su dictado. Y yo recuerdo haber pasado deliciosas horas, en ese salón penumbroso, escuchándole hablar de arte, de vida mundana, de relaciones apacibles, en fin, de “reposo”. Cuando el gentilhomme abandonó su puesto, dejando creada y encaminada una gran obra, le sucedió un secretario general, a cuyas dependencias se crearon no menos de cinco direcciones autónomas, cada una con oficina y numeroso personal, todo en regla; y, se comprende, el viejo palacio cambió totalmente de aspecto, se llenó de teléfonos, de máquinas de escribir, de timbres impacientes, de carteles, y de un continuo estrépito de actividad

que desterró para siempre aquella silenciosa penumbra en que se complacía el ocio del gentilhomme. Perfecto ocio lombardo.

Ahora, esta dualidad del espíritu lombardo — la necesidad de trabajar, de proyectarse en obras, y, por contraste, esa íntima tendencia al reposo meditativo y fantasioso, — parecería indicar una escisión de la personalidad, que no habría de resolverse sino abdicando una tendencia a favor de la otra. Pero esto sucede tan sólo en apariencia, contingentemente. En realidad, se resuelve, conciliándose, gracias a otra cualidad característica de los lombardos: el humorismo. El humorismo quita veleidades exclusivistas al ocio como a la actividad, “condicionando”, suscitando un sentido siempre atento de más allá al ensueño y a la acción. Humorismo melancólico, las más de las veces, nunca sarcástico, siempre bonachón y cordial, mezcla de buen sentido y de sentimiento y de pudor, y en ciertos casos casi un instinto de la imperfección o doble faz de las cosas del mundo. Esto mismo es, en el fondo, lo que dice Angioletti cuando define el romanticismo lombardo: la verdad transfigurada por la fantasía; pero, al mismo tiempo, la fantasía nunca desanclada de la realidad. Esta zona intermedia, entre la fantasía y la realidad, entre lo ideal y lo práctico, entre la aspiración y la necesidad, es la zona tornasolada en que se engendra, de un contraste romántico, el humorismo lombardo. Y no por nada el más grande de los románticos lombardos, Manzoni, es también el más representativo de los humoristas lombardos.

Los caracteres generales que hasta ahora hemos señalado, nos aproximan a Angioletti, en quien los mismos, en cierto modo, se resumen y organizan. Su europeísmo y su metropolitano no se explican solamente como consecuencias de su nacimiento en una gran ciudad europea de tráficos, como es Milán, sino que también son formas en que se resume su necesidad de “resistencias” que soliciten el empleo de su actividad; tratándose de un poeta, naturalmente, esta actividad se resuelve en forma de comprensión, de interpretación, de expresión, de representación artística. Su aspiración idílica, su “pereza”, no son solamente nostalgia de la paz aldeana, sino tendencias de su temperamento mismo, y se resuelven en lírica, en sentimiento, en dignidad humana.

El equilibrio y la ponderación, ¿qué son sino inhibiciones a abandonarse unilateralmente?

Necesidad de moverse, de vivir con el mundo; y ansia de reposo y soledad. Son los dos temas que siempre aparecen entrelazados en la obra poética de Angioletti, y que en su manifestaciones más inmediatas han hallado una materia bien objetiva, un drama bien actual: la transición entre la vida tradicional y la modernidad: otro argumento muy milanés. Milán, esta ciudad de gran trabajo, esta ciudad europea, este tumultuoso núcleo de energías y de intercambios, es también, en el fondo, la ciudad de ambiente más familiar y casero de Italia. Existe el culto de la tradición "meneghina". Los milaneses no retroceden ante ninguna iniciativa o innovación; antes bien, la buscan y la realizan, y en seguida se arrojan a otras. Pero esta fiebre no les impide acompañar con cierta nostalgia patética la más leve transformación. La desaparición del Naviglio, por ejemplo, ¿cuánto sentimentalismo no ha provocado? ¿Y las demoliciones en el centro? Este culto de las tradiciones, que se identifica en el espíritu milanés con el culto del hogar, tiene en los diarios su sección y sus especialistas. El milanés vive su ciudad, sus costumbres; ha hecho, del origen del "panettone", casi una leyenda; el ensayo de un sistema de señalizaciones para reglamentar el tráfico, se torna, para el buen milanés, en todo un espectáculo. En ninguna parte he visto tanta curiosidad desinteresada y afectuosa como en Milán. Una vez se desprendió de una aguja del Duomo un fragmento de mármol que cayó a tierra; fué un acontecimiento que conmovió a toda la ciudad; y todavía después de pasado un mes, he visto gente detenerse debajo del Duomo, absorta en la contemplación del hipotético lugar en que había caído el fragmento de mármol, el cual, por otra parte, no había dejado ninguna señal. Esta contradictoria manera de ser de los milaneses, hace que, siendo Milán la ciudad más laboriosa y progresista de Italia, parezca que se deja arrebatar de mala gana por el frenético progreso. En pocos años, empero, Milán se ha ensanchado, ha cambiado ritmo de vida y fisonomía; y el buen milanés casi no la reconoce, o hace que no la reconoce, y se lamenta con cierta coquetería, aunque íntimamente halagado por los adelantos de su ciudad, feliz de su nostalgia de la buena paz tradicional. Carlo Linati ha buscado.

debajo del tumulto urbanístico, la supervivencia de los caracteres tradicionales. Angioletti, menos folklórico — y más joven — ha representado ese tumulto, y el hombre de ese tumulto, y el suburbio novísimo, habitación del hombre nuevo. Léanse los primeros capítulos de *Ritratto del mio paese*, y particularmente el que se titula *Estate suburbana*: “Es el atardecer. Enorme y grotesca, oliendo a cal, húmeda y yesosa, la plaza suburbana ha visto a los niños bajar de los ascensores, salir de los portones y correr por la explanada central donde, según un proyecto, deberá surgir una fuente de falso mármol, pero donde ahora no hay más que pedregullo manchado de rojo-ladrillo por los botines de los albañiles que a mediodía vienen a comer. Pero los niños de las ciudades tienen inalcanzables fantasías: así apretujados, a empujones y a saltos parecen ir volando entre estos pocos metros obligados, entusiasmándose con juegos que requerirían prados y pistas inmensas; y el griterío exacerbado y argentino se oye desde lejos, se levanta en gritos de guerra, resuena en repentinos asaltos y coros de rueda. Los padres pasean por las avenidas, atentos a que sus perritos bastardos no se lancen, contagiados de la alegría infantil, a dar volteretas sobre el césped, porque los vigilantes rondan por ahí, lentos y súbdolos sobre sus silenciosas bicicletas; y las madres, sentadas de a cuatro en los bancos, charlan con una prisa tan vehemente, que a veces se sobreponen al clamor de los hijos.” Otro trozo: “Ciudad estival. Pasar todo el verano así, destino fraternal. Trabajar todo el día, relajados, nauseados en las oficinas, en las tiendas, en los talleres, para después gozar de todo un anochecer en la plaza suburbana... Y estas plazas son los paraísos de la ciudad. Paraísos de piedra y de betún, encerrados entre horribles arquitecturas, sin una luciérnaga, sin un grillo, llenos de maripositas enloquecidas contra faroles fulgurantes. Tristes paraísos, donde los niños, criaturas frágiles y pálidas, tienen una fatal belleza. Su exaltación es inocente, su genio tiene divinas fantasías. Acaso la vida los gastará, los volverá hombres mediocres y mezquinos, pero ahora son todos admirables. Tienen vestidos hermosísimos, rosados y celestes, color perla y color oro, cabellos rubios, negros o castaños, encantadores como en los retratos de los príncipes, ojos claros, atentos, de una inexpresable, inadvertida melancolía. Son una raza nueva, diversa de

la de las generaciones hoy viejas o maduras, una raza completamente urbana, flor de una civilización que logrará resolver el conflicto entre lo antiguo y lo moderno, que hoy nos tiene a nosotros, hombres, inciertos y sobrecogidos."

Ahora, Angioletti pertenece a la generación de estos hombres que, en rigor de verdad, no han conocido lo viejo y no se han formado enteramente en lo nuevo. Generación crecida en los años más intensos de la transformación. Por esto, Angioletti no puede refugiarse en el recuerdo, como Linati, ni puede, como los más jóvenes, dejar de añorar. Pero, en esta misma posición de transición se infiltra lógicamente la incertidumbre, la duda; por esto, a veces, el sentimiento se torna irónico, como en el capítulo "Addio acqua".

Pero *Ritratto del mio Paese* no es un libro regional, sino italiano. Diez y ocho capítulos por los que desfilan ciudades, campiñas, montes, ríos, gentes. "Cuanto más he conocido a este nuestro querido país — dice en el prefacio — tanto más me he forjado de él una imagen como de criatura humana y gentil. Algunos rasgos de esta imagen habría querido dar yo en los escritos reunidos aquí, como recordando la fisonomía de una grandísima y bellísima mujer." Pero una imagen total de Italia no resulta de estos escritos, sino apenas sugerida. "Viajar por Italia es una vocación que no desengaña. Contemplar luces siempre nuevas de estaciones en las llanuras y en los mares, en las ciudades y en los montes, conservando de todo un recuerdo como de ensueño, de deleitoso fantaseo." Esto sí, bien logrado en cada capítulo casi, a pesar del "continuo comentario de triste resonancia" — como el autor mismo define su insistencia sobre el tema de lo tradicional y lo nuevo — que "sofoca toda tentativa de descripción o de evocación."

*

* *

En la narración propiamente dicha, el tema de la ciudad y del hombre urbano, y el de lo tradicional y lo moderno, de lo natural y lo mecánico, cobra aspectos artísticamente más firmes y depurados, escueta plenitud y tensión de cosa imaginada. *II*

Giorno del Giudizio (unas ochenta páginas) aparece, no como la más perfecta, pero sí como la más significativa de las narraciones de Angioletti. Viene después *La fuga del leone* (treinta páginas) y *L'uomo qualunque* (diez y siete páginas). Pertenecen al primer volumen de cuentos. En *L'uomo qualunque*, con una precisión implacable narra la jornada de un hombre cualquiera, de un habitante de la gran ciudad, de un empleado, igual a otros cien mil, quien ni siquiera necesita tener un nombre para ser el verdadero héroe, el personaje-tipo del drama urbano. En "La fuga del leone" los protagonistas son un viejo león de circo que evade de su jaula y el aterrizado millón de habitantes de Danaria, ciudad del dinero, Milán. Este cuento es la expresión más completa de Angioletti humorista. Es la genial caricatura de una gran ciudad, lograda con una limpidez de dibujo y colorido, una variedad de episodios, una riqueza de expresiones y de contrastes y una felicidad representativa verdaderamente notables.

Il Giorno del Giudizio es el fin del mundo, narrado por un hombre que por extraño azar sobrevive a la catástrofe lo bastante para asistir a las escenas de pánico y a la muerte de sus semejantes, a la destrucción de su ciudad, a la aparición de los ángeles, al cielo de fuego, a la resurrección de los muertos, y que por último se siente arrebatado él mismo en la tiniebla del espacio infinito; y la narración termina en el momento en que Dios, sobre su trono de diamante, levanta su brazo y manda. En este cuento se ve al hombre acostumbrado por la vida cotidiana y los hábitos mentales hechos a ella, a medir al mundo según su propia medida, y que por un imprevisto acontecimiento sobrehumano, universal, se ve obligado a pasar a través de la dolorosa vanidad de sus pensamientos y sentimientos, de sus debilidades y aspiraciones y presunciones, y aun a través de su capacidad de horror, no a la nada, sino a algo más cruel que la nada. También aquí se mueven muchedumbres; y protagonistas son el hombre en su unidad solitaria y la ciudad multitudinaria. Lo cotidiano y lo real se mezclan con lo extraordinario y maravilloso, y todo se uniforma y se pierde luego en la infinitud misteriosa de lo absoluto. Más que cuento, querría ser poema; y, en efecto, llega un punto en que la prosa se torna verso. La narración, la visión, es entrecortada, fragmentada; un entrelazarse de temas, de senti-

mientos y de visiones, de contrastes y de movimientos; una sucesión de trozos breves, nítidos, que se presentan como estampas bien definidas al principio, mientras que en la última parte, perdiendo cuerpo, tienden a transmutarse en cantos.

En el segundo volumen de cuentos, *Il Buon Veliero*, la inspiración es más conciliante. El recuerdo, la sugestión real, lo solamente imaginado, experimentan una idéntica transfiguración, concretándose en visiones estáticas, cristalinas. La frase se ha hecho más medida, los planos están más compuestos, equilibrados, los ritmos son más elegantes y seguros. Esta prosa es pintura y es música. La personalidad sentimental y moral de Angioletti aparece siempre; pero como aplacada, mucho menos inmediata que en el *Giorno del Giudizio*. No quiere esto decir que haya menos humanidad; sino que la humanidad se halla como destilada, más vista en reflejos, más elaborada; en algunos cuentos, una humanidad abstracta. Por ejemplo, el consuelo o placer que produce en los hombres la vista de las mujeres hermosas, se convierte en personaje, encarnándose en Alcina, mujer simbólica. No menos simbólica, no menos construida de un sentimiento genérico es la Silvia, o la Diana: la mujer enamorada y la mujer triste. "Invención de Silvia": símbolo de la mujer innumerable, de las infinitas mujeres que el hombre, entre la multitud, mira con deseo, y con cada una de las cuales ve huir una posibilidad de amor. "Esta Silvia no es más que una mujer; muchas hay en la ciudad, igualmente tiernas y suaves. Desde eras innumerables, toda agua de río ha transportado fantasías amorosas de jóvenes mujeres; en cada pueblo del mundo, en esta misma hora tan recogida, revive en el recuerdo de su compañero. Estas mujeres son, pues, el corazón del mundo. Hay una necesidad de su presencia, recogen humanos afectos y los conservan; ignoras de la brutalidad que las rodea, a ellas confiamos los pensamientos felices, que de otra manera perecerían en nuestra árida jornada..." "Silvia, felicidad perdida, juego de sentidos y de afectos, desvanecido como juego de nubes cuando sopla el viento, llevabas un amor. Pero eres mi supérstite invención, y yo tendré que evocar tu imagen en cada fantasía. Porque solamente nuestra memoria es poética."

En la Diana, de "Fanciulla triste", se encarna la voluptuosi-

dad del dolor, la dulzura de la tristeza. En la Nerina, de *L'ultimo idillio*', la muchacha moderna, genéricamente. Y renunciemos a seguir detallando.

Este convertir en personaje concreto un aspecto, un carácter, un sentimiento genérico, es cosa de mucha dificultad y requiere una fineza sensibilísima de estilo; es esto, que unido a lo indirecto de los intereses humanos movidos, haría sospechar en ciertos momentos un exceso de virtuosismo estilístico.

Angioletti es un escritor joven, un escritor del novecientos, y su obra participa de los caracteres propios de la nueva literatura. Podrían descubrirse parentescos y afinidades, por ejemplo, con modernos franceses e italianos. Pero ello no nos conduciría a comprobaciones interesantes. Preferimos sugerir algunos caracteres menos aparentes, menos voluntarios, pero más profundos e instintivos. Por ejemplo, esa inclinación a convertir en personaje concreto cualidades genéricas, y el rasgo acentuado y tenso con que dibuja una figura, una acción, una mueca, una expresión, destacándolas simbólicamente del fondo confuso de la multitud, tienen algo de gótico. En otros momentos, ciertos modos de dar color y musicalidad a la escena, recuerdan impresiones de estilo barroco. Nos referimos especialmente a *Il Giorno del Giudizio*. No queríamos, empero, insistir demasiado sobre estas impresiones, que, de todos modos, no denotan maneras anacrónicas. Se trata de modalidades íntimas y substanciales, diluidas, transformadas en la manera de concebir y de realizar de un escritor que, como ya digimos, es perfectamente moderno, perfectamente novecientos; y en todo caso, no hacen sino confirmar su raíz profundamente europea.

ATILIO DABINI.

Roma, 1931.

LA NIÑA DE LA ROSA

I

El mar

CARACOL de rosado laberinto,
a tu oído aproxima el mar, la espuma.
Y te bebes la música, y un alba
de ancha sonrisa — cielo sin riberas —
te enciende el rostro de rubor furtivo.
Mi amor te sigue, en fuga y en deseo.
Desierta playa nos invita al mar,
y el caracol en manos temblorosas
nave y espumas nos regala, y viento.

II

Tu sueño

DIJISTE adiós al mundo y a la espera
con los párpados bajos, y una a una
se fueron apagando tus ciudades.
Yo te encontré dormida — río de oro
tu cabellera, sobre el hombro blanco —.
Y así te vivo. Guardia austera y muda
te harán mis días, sin tu luz, oscuros.
Dios me depare cosechar tu gozo
cuando olvidada de renunciás, vuelvas.

III

Soledad

SOLEDAD compartida, tu recuerdo,
cómo se puebla de ángeles y nubes.
Caballos blancos te han traído aquí.
Tú, en demorado sueño, irás abriendo
el color, y la rosa, y lo futuro.
El camino dirá nueva palabra
para ti y para mí, palabra y signo,
y habrá una estrella junto a Venus, sola.
Después despertaré, y tú, tan lejos...

IV

Los viajes

HOY en fuga veloz corri caminos
y de campos abiertos fué el aroma.
Bosques de pinos, calles flanqueadas
de adolescentes tamarindos verdes;
y era la hora muerta de la tarde
y estaba solo, en bullicioso grupo.
Mas por la abierta ventanilla, un fino
perfil venía a dialogar conmigo.
Y como siempre, te llevé en mi viaje.

V

La paloma

LA paloma te viene de los ciclos
y entre tus manos se fabrica el nido.
Un toque de campana — grito al viento —
la solivianta, y en volar ansioso
vuelve otra vez al ciclo y a la nube.
Tú te quedas soñándola y castigan
aires de mar tu falda azul-celeste.
Luego me acerco, y la terraza sola
se puebla con el eco de tu risa.

VI

El tiempo dormido

AHORA que está lloviendo, ven, sentémonos
junto a la llama del hogar. Dichosos
los días y las noches que vivimos.
Mira tu libro comenzado, mira
tu labor, y aquel ramo de jacintos
que en el espejo se duplica ¿Escuchas?
Afuera llueve y hace frío. Aquí,
— isla de soledad, dulce reposo —
detiene el tiempo su carrera, y duerme.

VII

Pájaro de colores

PÁJARO de colores tropicales
viene en el alba a recordar tu nombre,
y se columpia en merecida rama,
y luego se sumerge — hervor de vuelo —
en el acuario de las luces niñas.
Y qué epitafio, en mármoles de nubes,
para la muerta noche da su trino.
Tras de su fuga, inaugurado el día,
te acercarás, con una rosa blanca.

VIII

Gozo y dolor de amarte

AFÁN mío, que aquí, en lo más hondo
del corazón, me desconcierta y vive.
Gozo de construirte, noche y día,
y de verte después, ceniza y viento.
Tristeza de morir, y que mi muerte
sea playa brumosa en tu recuerdo.
Estar en ti constantemente, y ser
eco de cuanto vives y descubres.
Y descartar, como un don divino.

IX

Tu voz

EN conversada intimidad te logro,
y las palabras, en el aire inmóvil,
se visten de color y nuevo encanto.
Cosa que tú me nombras, nace en gracia
de una secreta, aquilatada música.
Y tu voz se proyecta a todo objeto,
y le regala — bendición de ángel —
esa luz de crepúsculo y de ámbar
que enciende el sol cuando se va del cielo.

X

Reloj de arena

LANTO, fatal y solo, el de la arena
que anuncia en el reloj muertes de tiempo.
Y se me van las horas de las manos,
y quiero lo de ayer, y ya se ha ido,
y todo es humo y comenzar anónimo.
Sólo tu voz imanta mi recuerdo.
La soledad trazó los siete círculos
y yo estaba en el centro, ya sin vida.
Alabada tu voz, que hizo el milagro.

XI

La estatua

DORMIDO mármol sueña entre cipreses,
contorno juvenil, línea precisa.
Carne blanca, de mármol y de luna,
blancor de cisne y luna, y un deseo
de hallar la gracia, el inefable goce,
junto al eterno amor, ya sin esperas.
Celeste ronda cantará a mi lado,
y tu palabra, mi última alegría,
la verá — luz de luna — sobre el mármol.

XII

El buho negro

EL buho negro se posó en la cruz.
El buho negro se bebió la noche.
El buho negro se incendió los ojos,
y ahora le brillan, como dos relámpagos.
El buho negro volará mañana:
yo le daré un mensaje para el cielo.
Puñal de Orión para la mano mía,
y una estrella, una sola, que me vele.
El buho negro se posó en la cruz.

XIII

Destino del poema

VELERA nave por mi mano escrita,
entre el cielo y el mar, cómo navega.
¿No viste anoche florecer el mar?
Flores de fuego en noche obscurecida.
Mañana, tal vez hoy, se abran las olas,
y quede sobre el mar, blanca, la vela.
Pero el mañana, ¿a qué? Hoy nos acercan
una misma ansiedad y un mismo cielo.
Velera nave hacia el país del sol.

XIV

Días de aventura

A días de aventura me encamino,
el brazo fuerte y la mirada lejos.
En la selva, en el mar, entre los vientos,
desataré mi grito de conquista,
hasta que llegue un alba y en tus manos
deje un mundo nacido de las olas.
Nueva canción, tesoro numeroso,
o la cruz del martirio, ansiado premio.
Por ti andaré, soñando mi regreso.

XV

La niña y la corona de laurel

CORONA de laureles para el día
tejen las manos de la niña rubia.
En los lagos dormidos de sus ojos
pasan sombras de nubes y de pájaros,
y abejea en sus labios entreabiertos,
cristal sonoro, la canción del agua.
¿La ves? Ajena al sol y a la mañana
ella vive en un círculo de músicas
trenzando la hoja del laurel eterno.

XVI

El beso

BAJO mis labios descubrí tus labios,
flor para el agujón de mi deseo.
Palidez de tu rostro, ojos cerrados,
y un callado temer, estremecido.
¡Glorioso resplandor! Y mi cariño
soñó crear la forma victoriosa.
En el minuto de la noche, el beso
fué un porfiado dulzor y un hondo abismo.
Pero hubo un ruisecñor entre los mirtos.

XVII

Oración

SEÑOR, ¿con qué palabra no nacida
te pediré por ella? ¿Puedo acaso
— llama fugaz — pedirte alguna cosa?
Fuera del templo, pero aquí, a tu lado,
a ti, que dabas a los muertos vida,
te grito que la salves. Si es preciso,
que sea yo el que se ausente ahora,
pero vuélzete a ella, y que tus ojos
den a sus días prolongados bienes.

XVIII

La convalecencia

COMO en el alba, tras el monte obscuro,
empieza a difundirse una luz pálida
y oculto sol va conquistando el cielo,
así mis días, de esperanza henchidos,
a tu convalecencia se consagran.
Qué firme el crecimiento de tu risa,
y el pasado peligro, ya qué lejos.
Como en el alba, tras el monte obscuro
vuelves a arder. Y esta es tu voz, la mía.

XIX

Cetrería

DESTINO vertical corta mi vuelo
y hay un azor de cascabel de plata
que baja con la presa hasta tus manos.
Pero ya he conocido el hondo espacio,
la nube tornadiza, el arco iris.
Pico voraz se obstina en mis entrañas,
— tú te quedas mirándome en los ojos —
y golpeo las alas, ya sin fuerzas
para subir al prometido cielo.

XX

Más allá de las nubes

OBSTINADO recuerdo, allá, en las nubes,
y este fluir de sueños fatigados
del hoy, y del ayer, y del mañana.
Tres gaviotas avanzan en el ciclo.
La nube las esconde, y las devuelve.
Allí no habrá medida para el tiempo,
ni voz inútil, ni prohibidos goces.
Un ángel, el clarín resplandeciente,
anunciará la hora de la muerte.

XXI

El puente

DICE la voz: "Y construirás tu vida,
y otra, además, que marchará delante.
En cuerpo joven vivirá tu esencia
y luego, en el momento de alejarte,
oirás tu misma voz en otras voces.
Tú eres el puente, y lo serán tus hijos;
el tiempo corre bajo eternas piedras".
Y voy a ti, que sólo tú me infundes
este fervor de prolongar mis sueños.

XXII

El peregrino

MINTIÓ el camino descansado albergue
y la luz diminuta se hizo estrella.
¿Seguir andando? ¿Para qué? El camino
— gran tramoyista — mentiría siempre.
Y el peregrino se sentó en la piedra,
y sin ver que lloraba, dijo al cielo:
—Alabado el amor, ya sin retorno,
que me ha dado la cruz y el paraíso.
Y anocheció sobre sus ojos fríos.

XXIII

Pálida luz

PÁLIDA luz nacida en mi destierro,
último resplandor, alto y distante,
que me señalas el camino, ¿en dónde
he de encontrar el fenecido impulso?
¿Qué haré sobre la tierra que me aguarda?
Pero queda lo nuevo, lo imprevisto.
¿Conquistaré algún día, con mis manos,
—viva otra vez— la estrella luminosa?

XXIV

Elegía

Gozoso nombre que escribi en el cielo,
¿dónde lo escribiré, si ya no es mío?
—Dáselo al agua, y que lo lleve el río.
—Recuerdo de su voz, música de ángeles,
¿qué haré con él, si no se va del todo?
—Dáselo al viento, y que lo mate pronto.
—Amor, único amor — dicha y tristeza —
¿quién lo traerá si se voló tan alto?
—Cierra los ojos, y estará a tu lado.

XXV

La ventana abierta

EN la espiral del humo te has fugado,
tú, la que desde lejos todo alientas.
Pájaro de aluminio, y cielo claro,
y esta abierta ventana, tan amiga.
Por ella vienen los recuerdos mansos,
y por ella se van. Me queda el humo
y el libro eterno en que te encuentro, sola.
La tarde está guardando los colores,
y pienso en ti, como quien va a morirse.

XXVI

Volver a ti

VOLVER a ti, recuperado mundo,
cada vez que la estrella palidece.
Salobre mar me llevará a lo lejos,
y en resignado tedio, oculta lágrima
te dirá mi tristeza impenetrable.
A tu perdida sombra voy sujeto,
y una voz — de sirena o de alborada —
dice tu nombre, como un fiel sosiego.
Perdida sí, pero ganada siempre.

XXVII

Viaje al fondo del mar

UNA escafandra, y en el agua dócil
bajar — sueño oscilante — hasta el abismo.
Flores de esponja y de coral sangriento,
y este fluir de lenguas luminosas
en el marino viento. Los delfines
en viaje oblicuo giran en la esfera.
La estrella de ceniza está en el agua
—cielo perdido — y el vaivén sonoro
hace oscilar el sueño entre las luces.

Destino

XXVIII

EL mundo, no. La línea no trazada,
el vacío estelar, siempre fecundo,
caminar en la sombra, abrir la noche,
y manejar la espada rutilante.
Muerte de los sentidos, sin tristeza,
y nadar en el agua de los siglos.
¿Qué luz será la que veré en lo alto
—siempre cerca de mí, siempre distante —
cuando decida ir hasta tu olvido?

XXIX

Las iluminaciones

EN el color más puro, en él te sueño,
y te trabajo en minuciosa estampa
los días y las noches de mi vida.
Tiembla la mano al alumbrar tus ojos
y en el azul distante de los cielos
quedas, como la Virgen de mi infancia.
Rosa y celeste, y un fulgor divino,
sonrisa fugitiva entre los labios.
Tú, como ella, salvarás mi muerte.

XXX

Treinta años

BAJO el cielo de lluvia, estatua blanca,
y este recuerdo gris de otras ciudades
—calle sin nombre — en humo dibujado.
Lo amado, lo sufrido, en el silencio
se fué acostando, hasta quedar dormido.
Sólo una luz persiste en el crepúsculo.
Sueño de mirtos, y un futuro sueño
junto al ciprés de verdinegra sombra.
Y una rosa tal vez: la de tus manos.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

INTERPRETACION DEL COLAPSO BRITANICO

Soy, tal vez, a quien menos sorpresa pueda haber causado el colapso gubernativo de setiembre en la Gran Bretaña, episodio de la carrera al abismo económico a que aquella nación se precipita, por cuanto previamente había expuesto en estas páginas (1) mi convicción de que la fijación de los salarios y horarios obreros por imposición gremial y legislación "protectora" del trabajo, la gravitación de enormes deudas públicas, la tributación excesiva sobre las actividades industriales mediante el "income tax" y, como último y más decisivo factor, la acción corrosiva del subsidio a los desocupados, estaban alcanzando "a colmar la crisis, acelerándola hacia un colapso poco menos que inevitable", haciendo pensar si es que no marchaba "a su extinción irremediable la hasta hoy esplendente y poderosa nación británica". (loc. cit. págs. 290 y 288).

La caída del gabinete laborista no ha sido una de las usuales crisis políticas motivadas por la fluctuante competencia de los partidos, pues su singularidad consiste en haber sido causada directamente por efecto de los hechos económicos. Significa la quiebra de un concepto del gobierno económico de la sociedad, bajo el cual todos los partidos han cooperado y de cuyos efectos son igualmente responsables. Por eso la situación ministerial se resolvió en un gabinete de concentración.

Ese concepto puede resumirse diciendo que la mentalidad de los gobernantes modernos, en aquél como en los demás países, ha sido moldeada sobre el supuesto de que las actividades económicas en general pueden ser mejor desarrolladas bajo el principio de la constante ingerencia reglamentista del gobierno y de

(1) *El destructor subsidio a los desocupados*. NOSOTROS, núm. 266, julio, 1931.

los comités gremiales que bajo el principio de la libre concurrencia individual. Actúa además allí, y mundialmente, el principio de que los gobiernos pueden y deben hallarse facultados para contraer deudas públicas a cargo de las generaciones presentes y futuras, asumiendo carácter de dogma supersticioso la creencia en que dichos compromisos deben ser sacrosantamente respetados y pagados por los pueblos. La deuda pública es un fetiche devorador al que sus creyentes, (todos los pueblos modernos), se ofrecen voluntariamente en sacrificio.

Deudas y más deudas.

Este convencional postulado de la facultad gubernativa para contraer deudas se llevó a extensión absurdamente ilimitada durante la gran guerra. Apremiadas las naciones beligerantes por las necesidades militares, *debieron haber confiscado* de los ciudadanos cuanta parte de su riqueza fuera necesario. En lugar de ello se la solicitaron *en préstamo*, mientras que las vidas de los movilizados fueron *confiscadas*. Los gobiernos lanzaron empréstito tras empréstito, y los habitantes de las respectivas o de otras naciones prestaron gran parte de sus riquezas disponibles en base a la promesa de alta retribución y a la ausencia de dudas sobre la infalibilidad del cobro puntual y exacto de los prometidos intereses y amortizaciones. ¿Quién habría de dudar, dada la tradicional e indiscutida fe en la santidad inviolable de las deudas públicas, de que aquélla era una forma de inversión absolutamente asegurada?

En loca despreocupación se fueron elevando dichas deudas a cifras astronómicas y quemando en la contienda los ahorros presentes de los pueblos, lo cual sería un mal menor si no implicara la esclavización económica de los trabajadores en el porvenir (hoy presente) incluyendo a las futuras generaciones.

Quedaron así los pueblos endeudados hasta más allá del máximun de su capacidad de pagar, por un número de años prácticamente ilimitado; y en las naciones no beligerantes el ejemplo fué seguido, más o menos de cerca, con variados motivos o pretextos, pues los gobiernos de aquéllos hicieron perder el miedo a las cifras fabulosas. Se perdió el sentido del cálculo, parecien-

do tan natural endeudarse por billones como antes lo pareciera el deber modestos millones de unidades monetarias.

Pero una cosa es anotar deudas e intereses de deudas y otra poderlos pagar efectivamente. Una cosa es, también, fijar precio caprichoso a los salarios y otra es que su pago sea económicamente posible en determinadas circunstancias. Una cosa es gravar sin medida la actividad industrial y otra es que ella pueda proseguirse en tales condiciones. Una cosa es hacer beneficencia en favor de los trabajadores desocupados y otra evitar que, a causa de ello precisamente, el número de desocupados aumente cada día.

Los resultados de la aplicación de tan desatinados principios está a la vista en el colapso desintegrador que hoy sufren, como ejemplos más resaltantes, los pueblos alemán y británico: uno de los que perdieron la guerra y otro de los que la ganaron.

Habiendo explicado de modo suficiente, yo creo, en mi anterior ensayo citado, los caracteres y efectos del subsidio a los desocupados, conviene que aquí nos detengamos algo más en analizar la situación determinada por la inflación de las deudas públicas.

La imposibilidad de que los pueblos vencidos paguen las indemnizaciones de guerra que les fueron impuestas por el tratado de paz ha sido tan notoria, que ha dado lugar a sucesivas reducciones y prórrogas, según es públicamente conocido; y así se ha ido formando conciencia general de que dichas deudas de carácter internacional, entre gobiernos, requieren mayores reducciones, y hasta general condonación, para que dejen de sofocar las actividades productivas tanto en las naciones deudoras como en las acreedoras.

Pero debe considerarse que igualmente agobian, por ejemplo, al pueblo inglés, los tributos exigidos al ciudadano inglés para servir deudas en que son acreedores prestamistas ingleses, como los exigidos al pueblo alemán para servir las deudas en que son acreedores prestamistas franceses o norteamericanos. Siempre y en todos los casos tenemos un trabajador o capitalista pagando intereses por un capital de que no disfrutan, y que en realidad no existe; por un capital que fué quemado y consumido *por otros*

en la guerra. Son entregas de valores sin retribución de ningún género.

Por ejemplo, el papel del Estado no es capital, ni siquiera su representación. Lo que recibió el gobierno al emitirlo ha sido consumido sin producir: disparado por las bocas de los cañones, empleado en los buques de guerra, gastado en mantener tropas, en marchas y ejercicios militares, matando y destruyendo. Dicho papel no representa tampoco capital. Es solamente una declaración solemne del gobierno, comprometiéndose a tomar algún día en contribuciones, del capital existente en el país, una cantidad de riqueza equivalente, para devolverla al tenedor de la obligación, y a tomar entre tanto periódicamente y de la misma manera, lo necesario para proporcionar al tenedor el aumento que obtendría el capital que ha de serle devuelto, si estuviese actualmente en su poder. Las cantidades inmensas que así se sacan de la producción, en todo país moderno, para pagar el interés de la deuda pública, no son ganancias o incrementos del capital — no son realmente interés, en el significado estricto de la palabra sino tributos exigidos al producto del trabajo y capital, mermando realmente los salarios, así como el verdadero capital (1).

Y en gran parte puede decirse lo mismo de todo tributo para pagar servicios de deudas públicas en cualquier país, *aun en los casos en que ellas fueron contraídas para inversión en obras públicas reproductivas*, por cuanto ordinariamente no es el pagador del tributo quien recibe el beneficio de la obra (2).

Muchos pasados y presentes gobiernos europeos y americanos y de otras partes han pagado y pagan mediante empréstitos los déficits de gastos ordinarios de la administración pública; y el servicio de los mismos queda como una contribución feudal e indefinida de las clases productoras en favor de las clases plutocráticas. La separación entre esas dos grandes clases sociales se ha hecho así acentuada al máximo en su esencia, socialmente considerada, bien que, desde el punto de vista individual existe ambigüedad, sobre todo en el caso de los pequeños prestamistas, dado que un mismo ciudadano es a la vez receptor de tributos, en cuanto tenedor de títulos de deudas públicas, y pagador de tributos en cuanto contribuyente del Estado. Para el mayor número de los tenedores ingleses y franceses, por ejemplo, seguramente pesa más lo que tienen que pagar que lo que tienen que cobrar. La abolición total de las deudas públicas sería más ventajosa que perjudicial para las conveniencias de éstos (y, desde luego, para los trabajadores que no poseen títulos)

(1) HENRY GEORGE: *Progreso y Miseria*, cap. IV, lib. III. 1879.

(2) C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ: "Ciencia y finanzas", en *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, oct. 1924.

pero no para los grandes tenedores, a pesar de las cifras tan elevadas a que ha llegado en ambos países el "income tax" o "impôt sur le revenu."

Cuando la exacción de tributos a un ciudadano británico es para pagar intereses de deudas contraídas por su gobierno ante acreedores norteamericanos, cada uno de estos acreedores recibe los intereses sin la merma del "income tax" británico; pero como las normas que se siguen son universales, no queda libre dicho ciudadano de pagar al gobierno norteamericano el correspondiente "income tax"; y así considerado, desde el punto de vista del "cuerpo económico mundial", siempre queda el fenómeno caracterizado como una arbitraria distribución de la riqueza por los Estados, tomándola de sus productores para entregarla a quienes no la producen, y recabando a su vez de éstos una parte no menos arbitraria.

Que este artificial enfeudamiento y distribución antinatural de la riqueza cause trastornos graves en el cuerpo económico social, no tiene nada de extraño. Lo sorprendente sería que no los causara. Cuando la viciosa concepción actuaba, antes de la guerra, en cuantía relativamente moderada, sus perniciosos efectos eran relativamente soportables; pero cuando, como actualmente sucede, esa cuantía ha sido llevada a una exagerada proporción, el absurdo del concepto salta a la vista porque se palpa la imposibilidad de su funcionamiento.

La degradación de la moneda.

La decretada inconvertibilidad a la par de la libra fiduciaria significa la imposibilidad para el gobierno británico de continuar pagando los intereses de las deudas más los subsidios de desocupados conjuntamente con los gastos efectivos de la administración. Desvalorizar el papel moneda no es sin embargo un medio honesto ni racional ni eficaz de resolver la situación, como no lo sería para un tendero suponer que aumentaba sus existencias de telas por el arbitrio de cortarle un pedazo al metro de madera con que las mide.

Arbitrios de ese estilo crean trastorno aún más caótico y falso en la distribución de los valores, con lo que algunos pueden

recibir beneficio más o menos temporal, pero la mayor parte, y todos a la larga, salen perjudicados, porque no puede haber beneficio general en la nistificación y la anarquía.

Como medida de urgencia, habría sido más fundamental y lógica la suspensión parcial o total del servicio de las deudas públicas, que insumen cerca de la mitad de los ingresos fiscales, y no desvalorizar la moneda con que son pagados no sólo esas convencionales obligaciones sino también el efectivo trabajo y las mercancías.

Seguramente no es sólo el prejuicio supersticioso sobre la inviolabilidad (ya bastante vulnerada actualmente) de las deudas públicas, lo que ha determinado a obrar así a los gobernantes británicos. El motivo político significado por el hecho de que todos los súbditos, tanto los cobradores como los pagadores de esos convencionales intereses, participan de igual superstición, habrá bastado para inducir a aquellos a apelar al medio indirecto de reducir las obligaciones reduciendo el valor de la moneda, aun cuando sea un método tan lleno de perturbadoras repercusiones; porque, de otro modo, el solo anuncio de que el gobierno cesaría de atender los servicios de las deudas públicas, *incluso las internas*, habría parecido un horrible sacrilegio; mientras que la reducción del valor de la moneda fiduciaria se la acepta como una fatalidad... cósmica.

Un serio corte en los servicios de las deudas públicas habría hecho más para nivelar el presupuesto que las necesariamente exiguas rebajas de sueldos, gastos y subsidios; pues debe advertirse que si bien el subsidio de desocupación es un cáncer artificialmente creado por la ley, no puede ya ser eliminado por amputación sino mediante la creación a base de sanos principios, de un régimen económico tal que permita la paulatina derivación del mal hacia nuevas fuentes de ocupación productiva, para lo cual el alivio de los tributos a la producción ya sería un factor eficiente.

La cancelación de la Deuda — decía Stuart Mill — no sería destrucción de riqueza, sino transferencia de ella: una injusta sustracción de riqueza a ciertos miembros de la sociedad en provecho del gobierno o de los contribuyentes.

El que hubiera injusticia en la cancelación es una opinión de Stuart Mill que, por lo demás, no es sostenible. Pero queda

por él reconocido *el hecho económico* de que no habría en ello pérdida alguna de riqueza efectiva para el conjunto social.

Más ampliamente se expresa Henry George:

Por decreto del Poder político soberano, las Deudas pueden ser canceladas, los privilegios abolidos o adquiridos por el Estado, los esclavos emancipados, la tierra restituida a la general propiedad usufructuaria del conjunto del pueblo, sin que la suma total de la riqueza sea disminuída ni en una partícula de su valor, porque cuanto unos perdieran sería ganado por otros. No habría más destrucción de riqueza que lo que hubo de creación de ella cuando Isabel Tudor enriqueció a sus cortesanos favoritos por las concesiones de monopolios, o cuando Boris Godunoff hizo de los campesinos rusos una propiedad vendible. (1).

La desvalorización de la moneda fiduciaria como expediente para disimular la real bancarrota del Tesoro, — recurso ya de antiguo conocido en sus tiempos — fué enérgicamente condenado por Adam Smith:

Un pretendido pago de esta clase, en lugar de aliviar, agrava la mayor parte de las veces las pérdidas de los acreedores del público, y sin ventaja alguna para el público extiende la calamidad a un gran número de otras personas inocentes. Ocasiona una general y muy perniciosa subversión de las fortunas de las personas privadas, enriqueciendo en muchos casos al ocioso y pródigo deudor a expensas del industrioso y frugal acreedor, y transporta una gran parte del capital nacional desde manos aptas para acrecentarlo y mejorarlo a las que más propias son para disiparlo y destruirlo. Cuando se hace para un Estado necesario declararse en bancarrota, del mismo modo que cuando ello es necesario para un particular, una franca, leal, abierta y confesada bancarrota es siempre la medida menos denhonrosa para el deudor y menos perjudicial para el acreedor. El honor de un Estado es seguramente muy mal salvaguardado cuando, para cubrir la desgracia de una real bancarrota, se recurre a una artimaña de esta clase, como fácilmente se comprende, y al mismo tiempo tan extremadamente perniciosa"... Arrastrado por la desorganización económica general que causa la alteración del valor de la moneda, el mismo acreedor del Estado se encontrará más arruinado de lo que de otro modo habría llegado a estar, "sin darse cuenta de ello". (2) .

El caso de la Argentina y otras naciones que no participaron en la guerra.

Como los mismos principios producen análogos efectos en todas partes, el desbarajuste económico de países como la Argentina, que estuvieron apartados de la gran contienda bélica, obedece esencialmente a causas semejantes, más o menos agudas,

(1) HENRY GEORGE: *La Ciencia de la Economía Política*, lib. III, cap. XV.

(2) ADAM SMITH: *Riqueza de las Naciones*, lib. V, cap. III.

además de las repercusiones con que la dolencia de unas partes del cuerpo económico mundial afecta a todas las demás.

Se habla ya abiertamente en las naciones europeas que fueron beligerantes, de la conveniencia en adoptar moratorias o cancelaciones de las deudas de guerra; pero, a mi ver, puede con iguales fundamentos tratarse de la eliminación de todas las demás deudas públicas. Si el gobierno argentino, deliberadamente, como ya forzosamente lo hicieran el chileno y boliviano, resolviera cortar a la mitad, digamos, los servicios de su deuda, que le insume un tercio de los ingresos fiscales, daría un grande y eficaz paso hacia la razonable normalización de sus finanzas.

Si tal medida hubiera sido planteada hace unos años, lo menos que se temería sería un bombardeo de los puertos e invasión del territorio por ejércitos de los países donde residen acreedores. No supongo que hoy prevalecieran esas aprensiones, pero sí la de que con tal medida se perdería el crédito nacional; es decir que en el caso de desear los gobiernos presentes y sucesivos contraer nuevos empréstitos, no encontrarían quienes les prestaran.

Esto es una efectiva verdad; pero ¿qué mayor ventaja para el pueblo argentino, sea el caso, que la de quedar seguro de que sus gobiernos ya no habrían de entramparlo en lo sucesivo?

La dificultad para obtener empréstitos es de todos modos cada vez mayor, debido al recelo en que van cayendo los prestamistas de que ese género de inversiones no es tan seguro como se lo ha supuesto en vista de las experiencias del pasado. Insensible pero fatalmente se irá comprendiendo que la manera lógica y sana de invertir capitales, aun cuando ciertamente no sin los naturales riesgos, es dedicarlos a industrias productivas y no a los parasitarios enjuagues de las finanzas oficiales.

Actualmente está ya virtualmente más que triunfante la tesis levantada por el partido de Adolfo Hitler, puesto que si él pretendía que fuera cancelada la deuda de guerra alemana, hoy ya se admite (2 de octubre) hasta por representantes políticos franceses, norteamericanos e ingleses, que todas las deudas de la guerra deben ser canceladas; idea que yo apunté en esta revista (mayo de 1918) al aprobar el repudio de las deudas del Estado ruso.

Pero la medida debe ser más amplia, sin limitarse exclusivamente a las deudas de la guerra o de los países que participaron en ella. En realidad todos los gobiernos de todos los países están moralmente autorizados para repudiar en absoluto todas las deudas nacionales. Basta tener en cuenta el argumento de que ellas fueron contraídas a expensas de ciudadanos aún no nacidos y que, en consecuencia, no pudo ser legitimamente invocada la representación de los mismos por los gobernantes que contrajeron el compromiso de que *aquellos las pagarían*.

Yo reconozco y afirmo que si algún principio es indispensable a la ordenada y próspera convivencia social, lo es sin duda el de la inviolabilidad de los contratos libremente suscritos. Si yo he contraído un compromiso debo cumplirlo o purgar la pena correspondiente. *Pero no hay razón para que yo cumpla un compromiso contraído por otro a costa mía, sin mi consentimiento o delegación.*

Hace falta una nueva mentalidad.

Las sociedades modernas se hallan en la situación de un buque en trance de naufragio. El viejo sistema económico liberal, podía aparentemente, no obstante sus graves defectos, haber funcionado indefinidamente; pero la introducción de la ideología socialista en el gobierno de los pueblos ha intoxicado más aún el organismo económico, mediante sus principios colectivistas, que son más falsos que los peores del régimen tradicional.

En la aplicación rígida e intensiva de los principios socialistas, como ha sido hecho en Rusia, han probado que sus efectos son de extraordinaria miseria y tiranía; pero la aplicación parcial, oportunista y empírica, como ha sido hecha en Inglaterra, Alemania y un poco en todas partes, los ha demostrado también como erróneos y perniciosos, determinando el actual colapso para el que, ciertamente, no sería solución empujar la sociedad hacia el sistema ruso. El sistema socialista ha fracasado sin alternativa posible dentro del mismo, y ha arrastrado con su desprestigio el de los hombres que como Macdonald, Snowden, Henderson y otros lo apoyaron durante sus largas vidas. Ni de ellos ni de los liberal-conservadores puede el pueblo inglés esperar

orientaciones salvadoras, a menos, lo que es poco probable, que puedan y se decidan a renovar completamente su mentalidad. La revista londinense *Land and Liberty* decía muy lúcidamente hace tres meses:

La perturbación que aflige a nuestra civilización es el deseo y la pretensión de los representantes que elegimos de decretar discrecionalmente las leyes de los fenómenos económicos, y les es difícil comprender por qué no acceden ellos a sus buenos deseos. En sus interminables intentos, siempre abortados, para luchar con los estragos de la desocupación, actúan evidentemente bajo la ilusión de que las oportunidades para trabajar están en manos de ellos proveerlas y no en las de la Naturaleza. Y por eso, en las candentes cuestiones de la época, tropiezan y caen a cada paso; y así sucede que en lugar de resolver los problemas sociales son éstos los que están "resolviéndolos" a ellos.

En el apartar sus corazones y sus mentes de los elementales hechos de la producción, los políticos no son peores que los hombres universitarios. En un mar de perturbación económica que amenaza la estabilidad del Estado, esos caballeros no pueden ofrecer ayuda alguna. Ellos siguen con sus estadísticas y subterfugios bizantinos; una jerga que la prensa hace suya o trata de que el público la adopte, para dárselas de eruditos. La verdad es que sus charlas sobre el problema del trabajo y los salarios y cómo puede o no ser encarado, demuestra la necesidad no de un nuevo corazón sino de una nueva cabeza!

Philip Snowden en Inglaterra, lo mismo que John Dewey y Nicholas Murray Butler en Estados Unidos, han tenido el coraje de expresar con palabras y con actos, más o menos definitivamente, que la salvación sólo puede hallarse en los principios del nuevo liberalismo georgista; pero es preciso que esto se haga más general y abiertamente. Gran reato es para Snowden, por ejemplo, el antecedente de la actuación socialista de toda su vida, y lo mismo es el caso de sus compañeros de partido. Pero cuando un buque naufraga no es el momento de las convencionales contemplaciones para las susceptibilidades personales.

Allí, como en todo el mundo, subsisten partidos que fingen fidelidad tradicional a convicciones socialistas o liberales que no pueden ya ser sustentadas sinceramente, a menos de confesarse ineptos para el ejercicio de la capacidad de entender.

En la correspondencia póstuma de Wilson se expresa con gran acierto que es necesario adoptar la concepción de Henry George para reemplazar a los viejos, caducos partidos políticos existentes.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

orientaciones salvadoras, a menos, lo que es poco probable, que puedan y se decidan a renovar completamente su mentalidad. La revista londinense *Land and Liberty* decía muy lúcidamente hace tres meses:

La perturbación que aflige a nuestra civilización es el deseo y la pretensión de los representantes que elegimos de decretar discrecionalmente las leyes de los fenómenos económicos, y les es difícil comprender por qué no acceden ellos a sus buenos deseos. En sus interminables intentos, siempre abortados, para luchar con los estragos de la desocupación, actúan evidentemente bajo la ilusión de que las oportunidades para trabajar están en manos de ellos proveerlas y no en las de la Naturaleza. Y por eso, en las candentes cuestiones de la época, tropiezan y caen a cada paso; y así sucede que en lugar de resolver los problemas sociales son éstos los que están "resolviéndolos" a ellos.

En el apartar sus corazones y sus mentes de los elementales hechos de la producción, los políticos no son peores que los hombres universitarios. En un mar de perturbación económica que amenaza la estabilidad del Estado, esos caballeros no pueden ofrecer ayuda alguna. Ellos siguen con sus estadísticas y subterfugios bizantinos; una jerga que la prensa hace suya o trata de que el público la adopte, para dárselas de eruditos. La verdad es que sus charlas sobre el problema del trabajo y los salarios y cómo puede o no ser encarado, demuestra la necesidad no de un nuevo corazón sino de una nueva cabeza!

Philip Snowden en Inglaterra, lo mismo que John Dewey y Nicholas Murray Butler en Estados Unidos, han tenido el coraje de expresar con palabras y con actos, más o menos definitivamente, que la salvación sólo puede hallarse en los principios del nuevo liberalismo georgista; pero es preciso que esto se haga más general y abiertamente. Gran reato es para Snowden, por ejemplo, el antecedente de la actuación socialista de toda su vida, y lo mismo es el caso de sus compañeros de partido. Pero cuando un buque naufraga no es el momento de las convencionales contemplaciones para las susceptibilidades personales.

Allí, como en todo el mundo, subsisten partidos que fingen fidelidad tradicional a convicciones socialistas o liberales que no pueden ya ser sustentadas sinceramente, a menos de confesarse ineptos para el ejercicio de la capacidad de entender.

En la correspondencia póstuma de Wilson se expresa con gran acierto que es necesario adoptar la concepción de Henry George para reemplazar a los viejos, caducos partidos políticos existentes.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

LAS VICISITUDES DE LA LIBRA INGLESA (*)

Los sensacionales acontecimientos surgidos recientemente en Inglaterra han puesto en discusión una vez más las cuestiones referentes al *gold standard*, y en particular las razones y circunstancias que dieron origen a la reforma monetaria de 1925. Intentamos en el presente estudio exponer los varios elementos del problema que se trató de resolver y la solución que le fué dada.

El poderío... pretérito de la libra

La situación preeminente de Inglaterra como centro bancario, antes de 1914, resultaba de varios factores. Dueña de los mares, disponiendo de una flota comercial formidable, disfrutando de un comercio muy desarrollado, Inglaterra se había hecho el "acarreador" de las demás naciones. Habiéndose asegurado desde temprano el monopolio de los transportes marítimos, Londres servía de almacén a las mercaderías provenientes de las cinco partes del mundo. De donde su posición como centro de ajuste de pagos internacionales. Servida por la aptitud natural de su pueblo para los negocios, en particular los bancarios, habiendo desde antiguo creado un perfeccionado organismo de crédito con alta especialización de sus operaciones, Londres se había convertido en la ciudad bancaria por excelencia; de hecho, el banquero

(*) La Dirección no participa de las radicales conclusiones a que llega el autor de este artículo — distinguidísimo publicista inglés residente entre nosotros — respecto del papel desempeñado por la democracia obrera en la actual quiebra del sistema económico británico; pero como ésta es una revista de libre discusión de ideas, la Dirección no tiene por qué imponer las suyas a quien, experto en la materia que trata, las sostiene con brillo, cultura y abundante documentación. Puede sin embargo — y lo hace en esta nota — consignar su discrepancia por parecerle que toca a una cosa esencial. N. DE LA D.

del mundo. Atesoraba inmensas sumas depositadas por los comerciantes y banqueros de todos los países (1). Estos sabían que en todo momento sus saldos estaban inmediatamente a su disposición y que si faltaban las divisas, Londres podía entregar su equivalencia en oro. La firma de un banco londinense daba a una letra curso internacional. Ni en derecho ni en el hecho era puesta en duda la convertibilidad de la libra, y una letra librada en esterlinas valía oro. La rigidez absoluta del estatuto legal del Banco de Inglaterra le otorgaba la ventaja de una moneda siempre intacta, y el efecto moral de tal sistema, unido a unas finanzas sanas, no sólo daba a la nación solidez en el campo financiero sino también en el político. En el reparto de la Tierra que se efectuó en el siglo XIX, la famosa "caballería de San Jorge" ganó quizá tantas batallas como las bayonetas inglesas. Y luego de la conquista vino la financiación de sus dominios y colonias y la de todos los países nuevos que comenzaban su desarrollo económico. Así como se depositaba el dinero, así le era prestado, y Londres distribuía los capitales y los dividendos. (2).

Pero Londres era también distribuidor del oro, pues era el principal mercado libre del mismo. El Imperio Británico, tan rico en minas de oro, hacía afluir a Londres más de la mitad de la producción anual de dicho metal; y su redistribución era una operación delicada que echaba una seria responsabilidad sobre los organismos que se ocupaban de ella. (3).

(1) En 1930 se estimaban en 300 millones de libras los depósitos extranjeros en los bancos de Londres.

(2) Aun hoy los capitales exportados por Inglaterra son más importantes que los capitales norteamericanos.

(3) Dos organismos se ocupan de esta operación: el Banco y el *bullion-market*. Este último, que está compuesto por un círculo muy reducido de casas muy antiguas, se reúne todos los días a las 11 para proceder a las compras y ventas del oro disponible. Pero el mercado principal tiene lugar los martes, porque todos los lunes por la tarde llegan de las minas del Transvaal grandes cantidades de oro, el cual es vendido al mejor postor, pero los precios no pueden salir de los que practica hace 300 años el Banco de Inglaterra, al comprar cualquier cantidad por 77 chelines, 9 peniques la onza de 22 quilates, y vender por 77 ch., 10 ½ peniques. Cierta cantidad de ese oro es comprado para los usos de las industrias y artes, pero los más importantes compradores son los representantes de los bancos extranjeros que desean aumentar sus reservas. Si no hay compradores, el oro es vendido al Banco de Inglaterra a los precios estatuidos. En 1930, las importaciones de oro se elevaron a 86 millones de libras, y las exportaciones a 82 millones. El peso del metal implicado por estas operaciones alcanzó a 1500 toneladas!

Ahora bien, esta posición de principal mercado del oro daba a la plaza de Londres una sorprendente preeminencia sobre la economía de todos los países. Hemos dicho que Londres era un vasto *clearing-house* internacional. Una buena parte de los ajustes internacionales se realizaban sin requerir envíos directos de metal; se hacían por medio de letras aceptadas por los bancos de Londres. Pero los saldos se liquidaban naturalmente por envíos de oro, y según que la tendencia fuera o no favorable al mercado inglés, se hacía sentir de inmediato una superabundancia o una penuria de oro en las reservas, con las consiguientes repercusiones sobre la circulación y los precios en el país, de manera que el Banco de Inglaterra era llamado a intervenir para restablecer el equilibrio. La tasa del descuento entraba en acción e influenciaba las condiciones del crédito a los Estados en relaciones financieras con el mercado inglés. Por contragolpe, eran afectadas las reservas y circulación en dichos Estados. Resultaba así que Inglaterra conducía al mundo en la expansión y contracción del crédito y que en fin de cuentas gobernaba la variación de los precios, es decir, el poder de compra del oro y de las monedas que tienen al oro por base. *El mundo estaba unido a la libra esterlina, y el oro regía los sistemas monetarios y los precios en el mundo, porque el oro regía a la libra esterlina.* (4).

Financiación de la guerra e inflación

La irrupción del conflicto europeo acarrió la suspensión de la *Bank Act.* de 1844, es decir que el Banco de Inglaterra fué autorizado a sobrepasar el límite legal de la garantía metálica. A pesar de esta autorización, el Banco no aumentó jamás su circulación. Mientras que en casi todos los países se decretaba el curso forzoso y la prohibición de exportar oro, a fin de proteger los encajes contra el pánico, en Inglaterra no se hizo más que restringir la exportación del metal y hacer un llamado al patriotismo del público. Ni se impuso el curso forzoso ni los ingleses fueron nunca a pedir el reembolso de sus billetes.

Pero el gobierno necesitaba dinero para la financiación de la guerra, y se decidió a crear un papel moneda del Estado —los

(4) *Boletín de la Midland Bank*, set. 1927.

Currency notes o *Treasury notes*— dirigiéndose no ya al Banco de Inglaterra sino a los demás bancos del país. (5). El 10 de agosto fué promulgada la “Ley sobre la circulación monetaria y los billetes de banco”, autorizando la creación de ese nuevo papel moneda que debía tener curso en el Reino Unido “tan plenamente como los soberanos de oro.” En principio, era convertible en oro, pero prácticamente, como en el caso de los *Bank notes*, su conversión era imposible.

Se trataba, en suma, de una inflación pura y simple, es decir, que había creación de nuevos medios de pago sin correspondiente crecimiento de las riquezas reales. Esta multiplicación del poder nominal de compra acarrea inevitablemente la depreciación del instrumento monetario y el alza de los precios. Pero durante toda la guerra los efectos de esta inflación no se hicieron sentir sino levemente. (6).

Bajo la presión de las circunstancias, esta inflación se prolongó más que la guerra, y fué entonces (1919) cuando los efectos se hicieron sentir. Ante esta inflación de los medios de pago los precios aumentaron consecuentemente. En el interior, la destrucción del poder de compra de la libra determinó las perturbaciones económicas y sociales de que todos los países sufrieron después de la guerra. En cuanto al valor de la libra en el exterior, habiendo los Estados Unidos puesto término a la apertura de crédito, perdió la libra el 30 % de su paridad.

Lo curioso es que los poderes públicos y la opinión no se inquietaron gran cosa por el alza de los precios, es decir, por la depreciación de la moneda en el interior, pero veían con ansiedad la baja del cambio de la libra. A causa de la importancia de las relaciones inglesas con el extranjero, los inconvenientes de la inestabilidad del cambio eran quizá más ofensivos: agravación de

(5) Los bancos adelantaban al Estado las sumas que necesitaba, contra obligaciones del Tesoro, a favor de la posibilidad de aumentar sus encajes en el Banco de Inglaterra con dichos nuevos billetes emitidos por cuenta del Estado.

(6) La depreciación de la libra no alcanzó a tanto como pudiera esperarse, debido a que durante la guerra tuvo Inglaterra un constante cuidado de proteger su cambio. Ella no vaciló en desprenderse de su oro para cubrir el déficit de su balanza comercial; y cuando este medio no pudo ser proseguido sin peligro, se hizo abrir créditos en los Estados Unidos, que la dispensaban de saldar en efectivo las deudas que se le acumulaban.

los débitos con el extranjero, incertidumbre de las transacciones y perturbación de los contratos con el exterior. Las inversiones extranjeras en Londres sufrían una pérdida que atentaba al prestigio y crédito de la plaza. En fin, estaba en juego la preponderancia del mercado financiero de Londres. Si esta preponderancia es una fuente de ganancias directas para una corporación, ella es también una fuente de beneficios indirectos para la nación entera. Todos estaban unánimes en reclamar la vuelta a la normalidad, es decir, a la estabilización de la moneda, a la estabilidad de la unidad de cuenta con relación al oro, en otros términos, al *gold standard*.

El retorno a la normalidad

Pero esta vuelta al oro se podía realizar de dos maneras. Se habría podido admitir que la libra-papel no representaba tanto oro como un "soberano" de antes de la guerra, y en consecuencia se le habría asignado un menor valor en oro, de acuerdo con el nivel de precios existente a la sazón; o, alternativamente, se podía devolver a la libra-papel su valor de la anteguerra, es decir, cambiar el billete por el mismo peso de oro que contenía un "soberano" antes de la guerra. La primera de estas políticas es la desvalorización; la segunda, el retorno a la paridad, es la que se adoptó.

Se rechazó la solución del menor esfuerzo, el reconocimiento de los hechos consumados — es decir, la desvalorización de la libra— pero no, como tantas veces se ha dicho a la ligera, por razones de orgullo nacional o de respeto místico a la libra. El reconocimiento de la depreciación de la moneda equivale a una forma de expropiación de las fortunas adquiridas y al repudio de una parte de las deudas interiores. Bien vemos que hoy la deshonestidad financiera de los estados es cosa corriente y que ni siquiera aparece ya la pérdida del crédito. Sin embargo, en Inglaterra, al terminarse la guerra, salvo entre elementos políticos y economistas de la izquierda, había una corriente muy fuerte contra toda estabilización que no habría sido otra cosa que una quiebra disfrazada. Fué como una persistencia en los descendientes de los que fueron súbditos de los Tudores y de los monarcas angevinos, del instintivo horror a "la alteración de la moneda." Los ingleses preferían pagar los débitos a sus acreedores en mo-

neda íntegra. Y como, por un favor especial y singular, la Providencia siempre permitió a Inglaterra aliar a un bello gesto los intereses bien entendidos del país, la libra vuelta a la paridad podía volver a ser la moneda preferentemente estipulada en los contratos de fletamento, el patrón por excelencia de las operaciones financieras, la unidad de medida tipo del comercio internacional, una fuerza, en fin, de la economía del mundo entero, una pieza de primer orden en el tablero político internacional. (7).

Se ha dicho, con esa fuerza de afirmación gratuita que caracteriza los discursos demagógicos de ciertos hombres de izquierda, que la revalorización de la libra fué decidida por los burgueses y los banqueros porque ella servía a sus intereses propios. Quizá, en efecto, los banqueros de la City, como la extensa corporación de los armadores británicos tenían una esencial ventaja en que la moneda inglesa conservara su valor intacto. Pero del crédito de que disfruta la banca inglesa se benefician todas las clases de la nación. El beneficio que el capitalismo inglés obtiene del dominio que su crédito explota, es participado por toda la nación. ¿De dónde provienen, por ejemplo, los recursos que han permitido a Inglaterra pagar esa renta a sus desocupados, que ha venido a ser el fardo aplastador del Estado? Sobre todo del comercio más próspero de Inglaterra: el comercio del dinero. Pero es curioso constatar la dificultad que tienen los que pretenden defender los intereses de la clase obrera, para percibir la conexión íntima entre el crédito nacional y la prosperidad nacional. Si los líderes revelan en sus palabras y actos que no comprenden nada de la interdependencia de los hechos económicos, si no hallan otras explicaciones para los reveses y crisis económicas que la "conspiración de los banqueros" y las "maniobras del capitalismo", no es de extrañarse que la masa no advierta cuánto es afectada por la depreciación de su moneda, y no comprenda que ese fenómeno engendra un encarecimiento de la vida, un caos económico, una perturbación general de las transacciones que a todos afecta y perjudica.

Se ha dicho también con apariencia de mayor verosimilitud, que los ingleses, para mantener a toda costa la primacía del mer-

(7) *"The hand that grants the credit is the hand that rules the world."*

de Londres, han ido hasta comprometer la existencia de la industria y comercio; que el retorno al *gold standard*, ha tenido por consecuencia aniquilar el desenvolvimiento económico del país, y que si por el retorno a la moneda sana la finanza ha vuelto a reinar, ella ha reinado sobre un dominio completamente devastado. Es la cuestión que vamos a examinar.

La restauración monetaria

Desde antes de terminar la guerra (8) un comité de peritos dirigido por el gobernador del Banco de Inglaterra, Lord Cunliffe, había elaborado un plan de restauración financiera y monetaria. Pero 1919 fué un año de incertidumbre y vacilaciones. Sólo en presencia de la agravación de la crisis manifestó el gobierno su firme decisión de sanear la situación. Como antes hemos dicho, el objetivo directamente considerado no era tanto la baja de los precios como la valorización de la libra. Era la declinación del valor de la moneda nacional lo que sobre todo preocupaba. Como hay una interdependencia, una reversibilidad entre las variaciones del cambio y las de los precios interiores, los hombres de Estado ingleses creían que siguiendo el movimiento de alza de la libra, se produciría una acción casi automática de los cambios sobre los precios. Era, pues, necesario —y les parecía suficiente— acudir en socorro de la libra, es decir, retornar al patrón de oro, a la *paridad de la anteguerra*, según el anhelo de la mayor parte de la opinión.

Los medios que aplicaron el gobierno y el Banco de Inglaterra fueron los preconizados por el Informe Cunliffe. Ellos consistía en: poner término a los empréstitos del Estado, que habían sido la causa de la inflación; —limitar la circulación de los *currency notes* y reabsorberla gradualmente; —restablecer el equilibrio presupuestario, es decir, cerrar la grieta por la cual habrían podido deslizarse inevitablemente nuevas emisiones de billetes y, mejor aún, tratar de crear un superávit, a fin de reducir la deuda, especialmente la flotante, elemento de incertidumbre presupuestaria que podía provocar de nuevo la inflación; —rehacer una reserva de oro para defender el cambio. Del mismo modo

(8) El depósito del Informe Cunliffe es del 28 de Octubre de 1918.

que se esperaba que el cambio obraría sobre los precios, se creía que la amortización de la deuda pública reduciría la circulación fiduciaria, por un mecanismo simplemente inverso al que habría producido la inflación. En suma, se adoptaban los medios clásicos para detener la inflación, reducirla y, en fin, asegurar el mantenimiento de la paridad del papel, actuando sobre la tasa del descuento.

¿Esa era una política de deflación? Hay toda una escuela de economistas y una gran parte de la prensa inglesa que hablan del experimento deflacionista a que fué sometida Inglaterra, atribuyéndole todo el malestar y en parte, la desocupación que el país padece. Vale, pues, la pena detenerse un instante para examinar los resultados de dicha restauración financiera. Ciertamente es que se hizo una política tendiente a la deflación. Pero si entendemos por deflación la reducción del poder *nominal* de compra con relación a la riqueza real, era preciso —simultáneamente con las medidas adoptadas— seguir resueltamente una política de *compresión de los precios*, la cual, por los motivos que diremos, nunca pudo ser seguida. A esto se debe que la política de deflación no pudo ser cumplida sino de modo muy insuficiente. Pero lo que oculta la realidad de los resultados y suscita las mencionadas críticas es que, por una parte, su aplicación coincidió con una crisis que en ciertos ambientes es representada como su directo efecto, y que, por otro lado, el resultado que se buscaba —la valorización de la libra— se produjo a pesar de haber sido insuficiente la deflación.

Examinemos los hechos. La política de deflación, tal como fué determinada por el Informe Cunliffe, fué aplicada de una manera sistemática y perseverante de 1920 a 1922. Fué elevada la tasa del descuento (9); se realizó un enorme esfuerzo fiscal: desde 1920 se saldaron los presupuestos con superávit (10); se hizo empeño en reducir la deuda flotante (11); mediante adqui-

(9) 7 % del 20 de abril de 1920 al 28 de abril de 1921; 6½ % desde esta fecha al 13 de julio de 1922.

(10) 1919-20: déficit 226 millones de libras; pero inmediatamente comienzan los excedentes: 1920-21: 234 millones; 1921-22: 45 millones; 1922-23: 101 millones; 1923-24: 48 millones; 1924-25: 3,6 millones.

(11) Entre el fin de 1919 y de 1922, se redujo la deuda flotante de 1.349 a 941 millones de libras; y la deuda interna, de 8.079 a 7.116 millones. La deuda externa fué reducida de 1.357 a 1.087 millones.

siones directas en el mercado libre y exhortaciones al público, reforzó el Banco su encaje de oro. Y bien: a pesar de todos estos esfuerzos, no hubo propiamente deflación o, en todo caso, su entidad fué insignificante: entre 1920 y 1922, la contracción global de los depósitos y de la circulación no excedió a un 10 % (12).

Y sin embargo, a despecho de la nimiedad de la reabsorción de las disponibilidades, dos fenómenos aparecieron: baja de los precios y alza de la libra. Eso era lo que se buscaba y se trató de provocar. Pero estos hechos no deben ser considerados como resultados de la política de deflación, puesto que la deflación apenas estaba esbozada y la inflación subsistía. ¿De qué, pues, procedían los resultados?

El descenso de los precios en 1920 no estaba vinculado a una disminución de los medios de pago. Mientras que en esa época la inflación no estaba completamente detenida, los precios al por mayor bajaron en un 27 % (13). De ese modo la caída de los precios precedió por mucho a toda especie de deflación y se mostró desproporcionada con la reabsorción de las disponibilidades. Su origen está en la crisis que se padeció en 1920 y 1921 (14); la depresión económica precedió a la contracción del crédito y se produjo aparte de toda deflación. Así que lejos de ser el origen de la crisis, la deflación no hizo más que seguirla. Además la depresión contribuyó a restringir el volumen de las transacciones y por consecuencia la cantidad de los pagos. El Banco pudo así retirar de la circulación los instrumentos monetarios sin empleo (15). En este sentido la deflación —en lo poco que tuvo lugar— lejos de ser la causa de la crisis, como se pretende, habría más bien sido su consecuencia. El prof. Baudin escribía recientemente: “la política de deflación fué semejante a un plan de ataque contra un enemigo que se batía en retirada.” (16).

(12) De fin de 1920 a fin de 1922 los depósitos pasan de 2.481 a 2.436 millones, o sea el 2% de reducción; la circulación pasa de 481 a 428 millones, o sea el 11 % de reducción.

(13) De marzo de 1920 a diciembre de 1922, los precios al por mayor bajaron de 325 a 170; y los al por menor de 232 a 199.

(14) Y que comenzó en los Estados Unidos y el Japón en 1920, por sobreproducción y restricción del crédito bancario.

(15) Es lo que explica que la reabsorción de los billetes fué más fuerte que la de los créditos, como se ve en la nota 12.

(16) *La Nación*, 8 octubre de 1931.

¿Qué aconteció con la libra? Hasta marzo de 1923, la libra se elevó casi ininterrumpidamente (17), a pesar de una balanza comercial desfavorable (18), a pesar también de la rebaja de la tasa del descuento desde abril de 1921 (19); y aun cuando la circulación de billetes apenas disminuyó. Lo que en realidad reafirmaba la libra era la balanza de cuentas *invisibles*, es decir, el movimiento de los capitales que venían a emplearse en los bancos ingleses, quiere decir, la confianza de los extranjeros en la situación financiera inglesa. Ese era el merecido resultado de la manifiesta voluntad de la nación inglesa por sanear sus finanzas y restablecer su crédito.

Toda la historia de las últimas experiencias monetarias ha puesto en particular relieve este factor determinante de los cambios: el factor psicológico que regula el movimiento de los capitales. Nada es más probatorio a este respecto que el proceso de la experiencia inglesa. En el movimiento del alza de la libra se produjo una detención que coincidió exactamente con las vacilaciones que se advirtieron en la política monetaria del gobierno, durante el segundo semestre de 1923; fenómeno puramente psicológico, pues en aquel momento no había inflación, había excedentes en los presupuestos, la deuda flotante había disminuído (20), los precios eran otra vez estables, el encaje de oro había aumentado (21), y hasta la balanza comercial visible era menos contraria que anteriormente; y el movimiento continuó a pesar de la elevación de la tasa del descuento (22). Y más significativo fué que el advenimiento del Partido Laborista al poder, determinó, con la inquietud de los depositantes y la amenaza de la inflación, un movimiento de los capitales en sentido inverso que condujo a una caída de la libra en enero de 1924 (23). Demasiado se sabía que el "disfrutar" del socialismo es a costa de la ruina del tesoro público y la destrucción de la moneda. Sólo cuando se

(17) Con relación al dólar: de 3,78 en enero de 1920 a 4,72 en marzo de 1923.

(18) Excedente de importaciones: en 1920, 375 millones de libras; en 1921: 275; en 1922: 180.

(19) El 28 de abril de 1921: 6½; el 13 de julio, 1922: 3 %.

(20) Hasta 774 millones de libras.

(21) 126 millones de libras en enero de 1924.

(22) 4 % en julio de 1923.

(23) 4,25 dólares.

supo que el Gobierno laborista no procedería a ninguna intemperancia financiera es cuando la caída se detuvo. Pero fué necesaria la vuelta de los conservadores al poder para que la libra retomara su movimiento de alza.

Alentada por la política del gobierno y la diestra conducta del Banco, que mantenía su tasa de descuento a un punto por debajo de la practicada en Nueva York, la confianza retornó y aumentó el cambio. Ya habían vuelto al patrón de oro Australia y el Africa del Sud. Inglaterra estaba impaciente por recuperar su puesto en la finanza internacional. En fin, el 28 de abril de 1925, el Ministro de Hacienda anunció la próxima vuelta a la paridad y, para fin de año, el levantamiento de la prohibición de exportar oro; y el 13 de mayo fué promulgada la "Ley destinada a facilitar el retorno al patrón de oro."

La "Gold Standard Act" de 1925

Según el nuevo estatuto legal dado al Banco de Inglaterra, el sistema monetario pasaba del *gold standard* puro al *gold bullion standard*. Esta transformación, sin alterar el principio del patrón oro (convertibilidad y libertad de exportación) ponía prácticamente una traba a la convertibilidad en el interior del país, pues, en lugar de la obligación de reembolsar los billetes, libra por libra, en monedas metálicas, como antes de 1914, el Banco sólo estaba obligado a entregar lingotes de oro. Esta restricción con respecto al interior del país mismo no altera en nada la estabilidad de la libra en términos de oro y no impidió que Londres continuara siendo el centro financiero del mundo. En detalle, he aquí las principales disposiciones de la ley:

1. *No son* convertibles en monedas de oro los *bank notes* ni los *currency notes*.

2. *Pero* son convertibles en lingotes que no pesen menos de 400 onzas (24) que el Banco entregará al mismo precio de antes: 3 libras, 17 chelines y 10½ peniques, por cada onza (28 gramos) de oro de 22 quilates.

(24) Más de 11 kilogramos; es decir que no se podía convertir menos de 1530 libras a la vez!

3. Cantidades de oro, sin limitación, pueden ser ofrecidas al Banco, el cual está obligado a adquirirlo al precio de antes: 3 libras, 17 chelines y 9 peniques por onza.

4. La acuñación de moneda metálica está reservada al Banco.

5. El oro puede ser exportado .

6. Los *soberanos* y *medios soberanos* permanecen como moneda legal, pero no pueden prácticamente ser obtenidos.

7. El Banco se hace cargo de la circulación fiduciaria del Tesoro y asegura la convertibilidad de los *currency notes* lo mismo que la de sus propios billetes, preparándose a incorporar el resto de aquellos a su propia emisión en fecha posterior (fin de 1927).

8. La circulación fiduciaria de los *currency notes* quedó establecida en 248.200.000 libras para 1925 y no podrá cada año siguiente exceder la circulación que se haya alcanzado durante el año.

9. La circulación fiduciaria, propiamente dicha, de los *bank notes* es fijada en un máximo de 19.750.000 libras.

Este sistema, como se ve, conserva las imperfecciones del de 1844, del que apenas difiere. Se basa en una circulación fiduciaria que está más desprovista de elasticidad que antes de la guerra; queda así inapto para seguir la expansión de la economía nacional, estando además amenazado por una deuda flotante de 728 millones de libras. Está dañado por una política del crédito que es puesta al servicio de la defensa del cambio en lugar de serlo al de la industria y el comercio.

Las causas de la crisis inglesa

Han sido imputados a esta restauración monetaria los males de que sufre Inglaterra en los presentes momentos: la crisis industrial y la desocupación; y estas críticas han resurgido vivazmente con ocasión de los últimos acontecimientos. Mr. G. D. H. Cole se expresaba recientemente así: "La deflación ha elevado el precio de todo lo que queremos vender al exterior, pues cuando pedimos a un extranjero tantas libras por tal mercadería, le pedimos en efecto más oro. Esto ha causado el desastre de nuestro

comercio de exportación, que hubo de vender menos o bien reducir los precios a fin de conservar el mercado. De aquí la desocupación y la reducción de los salarios en nuestras industrias de exportación. Todo el equilibrio del sistema económico quedaba trastornado. Otro efecto de esta política de deflación fué el de hacer perder oro al Banco de Inglaterra, pues con la paridad de la libra nuestro nivel de precios era muy alto y el público tenía interés en retirar el oro de este país, a fin de llevarlo a otros donde podría comprar mercaderías más ventajosamente... La tasa del interés tuvo que ser aumentada a fin de atraer el oro y los bancos tuvieron que retraer el crédito, pues el volumen de la circulación está limitado por la ley a la reserva de oro del Banco" (25). Esta opinión no puede ser sostenida sino por el descuido del estudio de los hechos y de su encadenamiento, tal como los hemos expuesto. Pero el estudio de los hechos parece tener hoy poca importancia en Economía. Del mismo modo que en la política, basta, para hacerse célebre, emitir teorías económicas y sociales absurdas y sin sentido común. De ahí el éxito de Malthus, de Carlos Marx y, en nuestros días, de Mr. Keynes, quien ha adquirido fama universal haciendo cálculos falsos y pronósticos que nunca han resultado confirmados.

La crisis de 1920-21 ha sido, no la consecuencia, sino la causa de la baja de los precios. La contracción del crédito ha sido un efecto y no una causa de la depresión económica. En cuanto a los males que se han sufrido y se sufren en Inglaterra, lejos de ser debidos a la deflación son debidos, por el contrario, a que no ha habido deflación; y esa ha sido la falla evidente de la restauración monetaria, que no fué sino una restauración del poder de compra de la libra *en el exterior*. Amortizando la deuda, manteniendo muy alta la tasa del descuento se procuraba disminuir las disponibilidades y de ahí hacer presión sobre los precios interiores; los bajos precios interiores debían a su vez favorecer la exportación, reducir la importación y así mejorar los cambios. En realidad las cosas no se encadenaron en modo alguno de tal suerte, y el resultado final, que interesaba a la libra,

(25) Artículo en el *Daily Herald*, reproducido en el *Buenos Aires Herald* del 22 de agosto de 1931.

se produjo aun cuando no habían sido alcanzadas las etapas intermedias, y ese fué el origen de la crisis.

El alza de la libra fué rápida y artificial, ayudada por la atmósfera favorable creada por el gobierno, por la energía de su política presupuestaria, por la confianza de los ciudadanos, por la especulación extranjera que determinó un movimiento de capitales y un relevamiento de la balanza de pagos, las mismas causas que produjeron el relevamiento del franco en 1926. Fué obra de factores psicológicos, mientras que los demás elementos de la vuelta a la normalidad no estaban aun presentes en la economía inglesa.

La deflación fué tan poco efectiva, que existe una circulación incomprensible de los *currency notes* de los cuales 250 millones están inmovilizados, sobre una masa de 290 millones de libras. La masa total de las disponibilidades está fuera de proporción con la cantidad de las mercancías. Los precios no se comprimieron: la libra, restaurada en su integridad en el exterior, no recuperó su poder de compra *en el interior* (26).

Hémos aquí llegados al nudo del problema: la disparidad entre los poderes de compra exterior e interior. La libra se cambia contra mucha mercancía en el extranjero, pero en el país no puede comprar sino pocas mercancías o trabajo. En otros términos, como los precios y el trabajo se cifran en Inglaterra muy altos en términos de libras, en los mercados extranjeros las mercancías inglesas, el producto del trabajo inglés, difícilmente encuentran adquirentes porque representan *demasiadas* libras o, en otros términos, *demasiado oro*. De ahí el obstáculo a la exportación y la desocupación en la industria. Inglaterra que, para salvaguardar su comercio mundial de dinero, encontraba una ventaja *material* en devolver a la libra su valor en oro de antes de la guerra, habría debido emprender resueltamente una política de compresión de los precios —es decir, una verdadera deflación— a fin de reasumir con éxito sus demás actividades exportadoras.

Pero comprimir los precios de venta significa reducir todos los elementos del precio de costo, entre los cuales el salario es el más importante. La política de revalorización imponía la obli-

(26) En mayo de 1925, el índice de los precios ingleses era de 175; en de los precios americanos. 149.

gación de hacer presión sobre los salarios, pero se chocó inmediatamente con la oposición sistemática de las masas obreras. A medida que de 1915 a 1920 se depreciaba la moneda inglesa, los salarios fueron deliberadamente elevados. Cuando la moneda se revalorizó no se halló modo alguno de obtener un reajuste de los salarios. Por el contrario, no solamente siguieron elevándose de año en año, bajo la presión del Partido Laborista, sino que además los obreros decidieron trabajar menos que antes. Hasta estos días, a pesar de la revalorización de la libra, los salarios son en Inglaterra un 90 % más altos que su nivel de la ante-guerra. Por paradójal que ello parezca, son los obreros mismos los que, en gran parte, han creado la desocupación. Sus exigencias han hecho altos los salarios, los altos salarios han hecho incompresibles los precios y crearon la desocupación. Una vez admitido el subsidio a la desocupación, los altos salarios tuvieron como natural corolario más altos subsidios. Pero, a su vez, el subsidio elevado influye en elevación del salario, pues si se quiere impedir a un obrero abrazar la cómoda profesión de desocupado, es preciso que al mismo tiempo se deje un margen suficiente entre la retribución del trabajo y la de la ociosidad: es preciso ofrecer al que trabaja una remuneración mayor que la del desocupado. Así el aumento del subsidio acarrea un alza de los salarios. Los índices se empujan mutuamente y, respaldándose el uno con el otro, marchan de consuno hacia una ascensión ilimitada. Observemos también que el subsidio de desocupación que el Estado distribuye generosamente, está formado por las contribuciones directas e indirectas del industrial y el comerciante. De tal modo es un error creer que estos se libran de una carga licenciando una parte de sus personales, pues no sólo pagan el trabajo de los empleados y obreros que ocupan sino que además pagan una renta, casi igual a los salarios, a los que licencian. No hay manera de poner término a tal sistema (27). Los precios son incompresibles porque los salarios resistirán a toda tentativa de compresión. Y sin embargo, sin la deflación de los precios de costo no hay restablecimiento económico posible.

(27) Véase sobre la cuestión del subsidio a los desocupados un estudio del Sr. C. Villalobos Domínguez en *Nosotros*, julio de 1931, en el cual están expresadas lo que podríamos llamar vistas proféticas, pues los acontecimientos le han dado plenamente razón.

Inglaterra tuvo el coraje de hacer finanzas sanas; aseguró de antemano la amortización de su deuda, sustituyéndose a sus propios deudores; no quiso amputar a su moneda de todo lo que la guerra le costó, pues le parecía sacrificar el porvenir para facilitar un período transitorio. La reforma de 1925 fué de un alcance considerable: marcó la reconquista del prestigio financiero que había hecho su riqueza y su honor. Era un acto de grande, de alta política digna de las seculares tradiciones de Inglaterra... y a pesar de todo no pudo beneficiarse de la restauración de su crédito. ¿Por qué? Lord Rothermere decía hace poco: "Se nos reprocha el haber buscado ventajas internacionales en el retorno al patrón de oro, *sin aceptar el inevitable sacrificio nacional que era su contraparte.*" La verdad es que hay una clase en la nación que se rehusó al sacrificio que todos los demás miembros de la nación estuvieron dispuestos a hacer. El origen de los males que sufre Inglaterra, *desde que su pueblo se divorció de la tierra*, dedicándose a una industrialización intensiva, estriba en el *acceso al poder de la democracia obrera.*

Inglaterra no ha sido capaz de combatir ese Estado creado dentro del Estado. Pero ¿podía hacerlo? Ella ha confundido la Representación y el Gobierno; ha permitido la coalición legal de los intereses particulares; 40 millones de personas no pueden protegerse contra 4 millones y medio de otras personas decididas a defender sus exclusivos intereses. El Soberano ha sido reemplazado por el Estado soberano, y actualmente ya no hay Estado soberano: su Parlamento ha degenerado como los demás parlamentos; y por encima del Parlamento está el Congreso de las *Trade Unions*, constituido fuera de él, frente a él y finalmente contra él.

El socialismo oportunista y moderado, bajo el nombre de Laborismo, ha paralizado el trabajo, ha instalado la desocupación perpetua e intangible, arruinado y saqueado la riqueza de la nación, ha minado la independencia y la virilidad del pueblo inglés y le ha hecho imposible el mantenimiento de su posición en las condiciones de la vida moderna (28). "*To heirs unknown descends the unguarded store*" (Pope).

MICHAEL INNES.

(28) Palabras de Lord Hailsham en la Cámara de los Lores.

UN CENACULO SALTEÑO DE 1918

ESTAMOS en Salta. Es la bella ciudad adonde con particular estilo ha quedado la huella del fasto histórico. Recostada al pie del San Bernardo, — guardián celoso de su simplicidad — semeja el caserío diseminado en su falda, un bandada de gaviotas en la comba de una ola enorme, de un verde intenso, que se pronuncia al crepúsculo y se enciende de luz en la alborada.

Pocas ciudades provincianas tienen rasgos más típicamente pronunciados, que se advierten en sus callejas estrechas y tortuosas que se pierden en los aledaños entre tipas, lapachos y algarrobos; en el pavimento de pedrones desiguales; en los viejos casones bajos, de corredor a la calle y techo de rojizas tejas; en los espaciosos balcones cubiertos donde florecen claveles y malvones; en los amplios patios enlajados donde a la sombra de un naranjo o de una parra, la alberca guarda la frescura del agua y hace resaltar sus azulejos claros sobre el fondo de una Santa Rita cuajada de flores rosadas; en las escaleras cubiertas, de madera tallada; en los recios enrejados voladizos de los grandes ventanales donde las enredaderas se abrazan voluptuosamente; en los caminos y parques soleados y abiertos, animados a toda hora por una caravana pintoresca; en la vetustez de sus templos cuyas torres rompen la uniforme impresión de chatez del pueblo y, en suma, en la maravilla de sus panoramas eglógicos.

Atalayando la ruta de los conquistadores vive la evocación de su esplendor pasado. Le basta su ascendiente para invocar títulos de consideración. La historia encontró ancho escenario y, como Grecia, creó personajes de epopeya que afirmaron su fisonomía con rasgos propios e inconfundibles. Es la cuna del gaucho fiero y noble, tesonero y valiente, sin más guía que su instinto y sin más ambiciones que su libertad. Es el escenario de las ac-

ciones heroicas afirmadas en porfiada ejecutoria. Y ese espectro de la gloria es su argumento de mayor consistencia para salvar sus situaciones menos propicias; perdido el gaucho en la maraña de la selva de Anta, diseminado en las haciendas del Chaco septentrional, frente a la tragedia de los últimos representantes de la raza vencida; adormecida en la contemplación de sus viejos escudos de armas y recitando los crónicas de sus épicos antecedentes, ha conformado su alma en la pasta de las amantes confiadas, que suspiran en sus contrariedades o que claman en los reclinatorios la confianza divina.

Es en esta ciudad de Salta de hoy, donde vamos a asistir a la realización de un rito, si es que así puede llamársele a un hecho vulgar, de significación importante, que tiene la virtud de poner agitación en los espíritus de algunas beatas, de muchos envidiosos y de ciertos personajes ignorados que pasean sus rencores y agravios en una orfandad silenciosa. Y en que una decena de mozos se reúne en un *symposio*, celebrando algún acontecimiento de trascendencia para el cenáculo. Son ellos los intelectuales y la organización que les identifica en sus ideales la "Junta de Numismática e Investigaciones Arqueológicas".

Cuando esta reunión se anuncia, — que es en oportunidad de la visita de algún intelectual de fuste, despedida de soltero de alguno de los congregantes o cualquiera otra causa que reclame la solidaridad del núcleo, — se nota cierta inquietud entre las viejas matronas sobre todo, que arguyen la locura de los muchachos y disculpan de esta manera las misteriosas reuniones profanas.

Por aquel entonces eran sus más conspicuos sostenedores, Abel Ortiz, Juan Carlos Dávalos, Daniel Ovejero, Miguel Solá, Ernesto y Adolfo Aráoz, el vate Peñalva, Rodolfo Borzone, Tomás Zwanck, Víctor Ortiz, los Frías, los Alderete, Herrera Gigena, Guardo y algunos otros jóvenes, en su mayoría universitarios. Actuaba de hierofante D. Manuel Carlés, accidentalmente en Salta, destituido después de su elevado rango por "falta de aptitudes numismáticas", oficiando, a la sazón, de Gran Maestro oficiante, Abel Ortiz. Era menester acreditar ante el concurso de la reunión numismática un rasgo de ingenio para ser admitido como miembro activo, y, si mal no recuerdo, por esas situaciones

pasaron Manuel Gálvez, Ricardo Güiraldes, Josué Quesada, Jorge Bermúdez y Alberto Mendiروز, entre los muchos intelectuales que desfilaron por aquellas comarcas en busca de luz y de sugerencias espirituales...

No podría afirmarse a qué punto era exigible el conocimiento de tan áridas ciencias que daban origen a la corporación; ni tampoco cuál el grado de conocimiento que les acreditara como tales. Investigaciones sin vinculación con dichas ciencias habían efectuado algunos de sus miembros, sin que esto fuera motivo para aplacar la furia de doña Crisanta, doña Eulalia, doña Prediliana, matronas que con sólo saberlos "numismáticos", ponían el grito en el cielo y pedían asistencia al propio Señor del Milagro, el del pollerín carmesí. Tal vez por ello tiene justificativo el razonamiento de la última de las matronas nombradas, cuando aseguraba en confianza a un caballero:

—¿Qué saben de arqueología?... ¡Nada! No saben ni la definición y créame que el pretexto es aprovechado para vincular alguna de las historias que en el tiempo pasado complicaron la pureza de los blasones familiares que lustró el oro y las dignidades y que pretenden opacarla con alguna historia plebeya. Vea sino el caso de nuestra Prediliana...

Y contaba una historia bastarda. Acaso aquel razonamiento sea más claro que cualquiera explicación destinada a destruir falsas creencias.



Son las ocho de la noche. El viejo restaurant alemán de la plaza que ocupaba el histórico edificio del Cabildo, Justicia y Regimiento, hoy desaparecido, se viste de fiesta; cambia sus manteles cuadriculados, se adorna de palmeras y triplica su iluminación por medio de farolillos chinescos unidos por guirnaldas de papel de colores. Reina una quietud casi misteriosa. En el silencio pueden evocarse los manes gloriosos de los cabildantes. En la puerta, bajo la arcada que forma la clásica recoba, hay una farola descomunal, antigua, en forma de pirámide; en uno de los vidrios de su flanco enarca un gato negro su cuerpo en una curiosa interrogante, mientras en otro un buho de cuencas vacías

recorta su figura misteriosa. Arde dentro de la farola una bujía de esperma que llora gruesas lágrimas cuando el viento se cuele y hace oscilar la llama. Es uno de los emblemas numismáticos y no es exagerado descubrir en su significado la indicación a los cofrades de que la alegría debe reinar "hasta que las velas no ardan".

En el interior ha sido arreglado un saloncillo con detalles de circunstancias. Sobre la mesa que da capacidad hasta veinte personas, hay bonetes multicolores frente a cada asiento y correspondiente a la jerarquía de cada comensal. El alemán diligente, nervioso y confundido, pasa de aquí para allá; no habla con nadie. Y nuestra curiosidad aumenta a medida que el tiempo transcurre. Algunos parroquianos beben cerveza y *coquean*. El piano eléctrico destroza la alegría desafinada de los vales vieneses en boga, epilogando su ruidaje con los compases firmes de *Tanhauser*...

El reloj de la catedral desgrana ocho graves, largas, pausadas campanadas, que resbalan en el silencio de la tarde en vibraciones sostenidas. La concurrencia del bar ralea. Dos alemanes sisean, gesticulan y beben: son los últimos clientes. En la calle ha disminuído el tráfico; hay parados en la puerta varios opas: Apua, Pataenredadera, el Sume-bollas, conocidos en el pueblo, que contemplan la soledad y muestran sus dientes de marfil gastado y que sonríen cuando se les mira. Y cuando todo está en silencio, irrumpe la avalancha de numismáticos. La alegría ha entrado por la puerta de este sórdido barracón. Por sobre el bullicio de las conversaciones el gran maese imparte órdenes y designa a uno de ellos para que marque el comienzo de la ceremonia. Avanza el aludido cargando un viejo y descomunal arcabuz y dirige sus pasos hacia la puerta. Este prodigio de ferretería antigua causa la admiración de los curiosos que se apiñan en la puerta de calle, quienes no pierden detalles de la carga del arma que el escopetero verifica por el caño; prende luego la mecha y un estampido seco e instantáneo resuena en el silencio. Repite la operación de carga y, cuando se dispone a hacer el disparo, un agente del orden público, advertido por el estrépito de la detonación, intercede a pesar de lo cual el estampido se produce. El calmoso servidor del orden público cree oportuno intervenir:

—Me va a acompañar a la polecía...

—Pero, amigo agente; ¿acaso no se dá Vd. cuenta de que se trata de un disparo de bombas? — arguye sin inmutarse el motetón.

Y el agente, comprendiendo racionalmente que había sorprendido en flagrante al sujeto, pone orden en sus ideas conviniendo que ese asunto, de su incumbencia, debía solucionarse por los propios merecimientos y respetos de la justicia. Y dijo:

—Mire qui no soy zonzo; eso es una escopeta...

—Esto es un arcabuz, caro servidor público; es un arma en desuso que tuvo su historia, su actualidad y sus glorias legítimas; arma por muchos conceptos respetable por lo que ella ha definido un ciclo histórico magno, apuntalando la hegemonía de aquel maravilloso imperio de...

Y el agente, petrificado ante tan sesudo razonar, interpretó que aquellas aducciones ponían confusión en su magín, por lo que creyó oportuno interrumpirle el discurso:

—Vea, señor; será mijor que me acompañe...

Los compañeros del tirador intervienen en ese momento. Cada uno de ellos brinda al modesto policía, una explicación de lo que aquellos disparos significaban. El agente, sin convencerse de aquella dialéctica para él inaccesible, pensaría que era más prudente aceptar como posible que aquel aparato que parecía una escopeta, no lo era. Y resolvió retirarse; con las manos a la espalda, caviloso pero no convencido, se deslizó bajo las arcadas de la recoba...

Adentro comenzó la fiesta con la solemnidad adecuada y era esa juventud como el alma de la ciudad que se transfigura por el milagro, cuyo ritmo es el que le marcaban aquellos corazones generosos...

*
* *

Un amigo numismático, con quien tuve la ocasión de departir en una de las tardes sonoras de aquel pueblo hermoso, me habló de esta manera:

—“Ser intelectual en Salta cuesta sacrificios e ingratas experiencias, tal como ocurre en la mayoría de las provincias, en

escala de relación con la cultura ambiente. Los núcleos de juventud inteligente y estudiosa que se agrupan en esquemáticas corporaciones, buscan la transmisión de impresiones, la conversación instructiva, el contacto espiritual, no en el club de butacas apoltronadas, ni en la biblioteca de silencio austero, ni en las reuniones privilegiadas gratas a las expansiones puramente anímicas de los temperamentos románticos que se van y mucho menos en lugares apropiados que revistan la austera severidad del Ateneo. No; allí se reúnen en la cigarrería de la plaza, — antes en la extinta y mentada *Don Quijote* del vate Peñalva — en la peluquería más concurrida donde se desmenuza el comentario de actualidad, en el bar acreditado donde se agita el cascabeleo engañoso de la murmuración que pasa, en los bancos de la plaza. Son lugares éstos donde existe la probabilidad de eludir al descreído, personaje difundido en los ambientes como el nuestro, especie de polilla que todo lo destruye y anula. Para él, hinchado de suficiencia, toda manifestación que tienda a diseñar un carácter, un temperamento que revele al ensayista de porvenir, es motivo de mofa y de desprecio. Como a los *clubmen*, interésale más la crítica de las acciones ajenas, el comentario de las bajezas políticas o futelezas tales como el resultado de la jugada de la noche anterior o la belleza de las artistas que traen hasta aquí el desequilibrio que ha invadido el arte teatral nativo.

“Pensar que el interés incline la preferencia de las discusiones hacia el plano de lo positivo, es sencillamente utópico, lo cual hace suponer que, con mayor razón, la vida intelectual debe desarrollarse en balbucesos y a tropezones.

“Entre nosotros, vale decir, en todos los núcleos intelectuales que incipientemente se observan en casi todas las provincias, — en unas con mayor vida activa que en otras — el aislamiento es la característica que nos condena a ahogarnos en nuestro propio esfuerzo. Por eso es alma gitana el alma del cenáculo provincial. Ansía el conforto espiritual, lejos de las conveniencias que ahogan las pasiones y que envilecen los sentimientos. Busca y aspira una conquista: la paz. El espíritu no para mientes en desecher los reparos de detalle, tal como el de considerar la poca estética del salón donde se discuta la filosofía, donde se comente un verso o las emociones nuevas que han despertado las escuelas

musicales, las escuelas de arte, donde se aprenda a valorar y a definir el verdadero concepto de arte sin mistificaciones y sin artificios.

“Analizando la tiranía que en materia literaria ejercita la metrópoli sobre las dispersas corporaciones de ensayistas provincianos, se deduce fácilmente la consecuencia, la clave a que obedece este aislamiento. Todas las dificultades posibles cierran irreductiblemente el paso de nuestras aspiraciones; no hay emulación de ninguna naturaleza que fomente la realización de obras de aliento; vivimos como en una isla de infecciosos perdida en la inmensidad del mar de donde es imposible establecer ningún intercambio por el peligro de que alguno pueda surgir por sobre la mediocridad que todo lo subordina. De allí tenemos claramente que, si es egoísta el prejuicio que rige las aspiraciones de nuestra vida simple en el orden localista, más egoísta y calculado es el que anula estas tentativas por sugerencias externas. Y basta para ratificar estas opiniones citar en concreto todos los casos en que los intelectuales de provincia se han encontrado, soportando luchas sin cuento, hasta poder trasladarse a la metrópoli en procura de una atención mendigada que le abra luego el camino de la consagración justiciera. Por lo demás se me ocurre preguntar: ¿quiénes han sido los que en realidad han consolidado las formas de nuestras actividades artísticas en todas sus manifestaciones? ¡Provincianos, amigo mío! ¡provincianos luchadores y tenaces que no se han amedrentado ante las innúmeras dificultades que obstaculizan los comienzos.

“De todas estas dificultades ha surgido la idea de agruparnos en esta sociedad que Vd. ha visto. De las dificultades ambientales, primero, se entiende. Lo demás lo hace el arte, el ingenio y, más que nada, amigo mío, la buena voluntad...”

Habíamos caminado sin advertirlo hasta las proximidades del viejo puente sobre el río Arias, en un barrio chato, misérrimo. Y en la tarde quieta; frente a un panorama estupendo, el San Bernardo a la espalda y la sangrienta huella que en las nubes imprimía una maravillosa puesta de sol; todo en la tibieza de un ambiente grato, pensé que mi amigo habíame obsequiado, con pretexto numismático, con un puñado de verdades...



No guían a las reuniones de la "Junta de Numismática e Investigaciones Arqueológicas", propósitos de torcida moral. Todo lo contrario. Más que asociados de una corporación sin mayor rol aparente que llenar, son miembros de una hermandad que en los momentos de satisfacciones, en las horas de pena, saben gozar o recogerse ante el dolor. Y fuera de esa solidaridad, es de justicia reconocer que su existencia ha sido, en cierto modo, la fuente reconocida de difusión de todo lo que se relacionara con el arte incaico. No es, sin embargo, materia de estudio de las profundas e indiscutibles huellas que iba esparciendo como buena semilla en quienes iban en busca de nuevos materiales, el propósito de hacer esta crónica desaliñada, sino patentizar algunos rasgos que puedan sugerir la importancia de la vida que irradiaba. Varias fueron las reuniones que se sucedieron en aquellos días.

Una de ellas, dedicada no recuerdo a qué escritor de paso por Salta, asimiló en el espíritu una emoción de las que se adentran en el sentimiento y difícilmente se olvidan. Faltaba uno de los numismáticos en torno del mantel cordial; los circunstantes así lo comprendían a juzgar por la expresión que ensombrecía sus rostros. Era Nicolás López Isasmendi, escritor talentoso, con esa desorganización que es la característica del genio, a cuyo paso dejó huellas inolvidables, trasuntadas en sus composiciones poéticas populares en el pueblo. No podía dar comienzo el *symposio* sin la recordación del caso. Juan Carlos Dávalos se puso de pie y con voz velada hizo la despedida:

*No para llorar tu muerte,
sino a recordar tu vida
nos juntamos;
pues más que tu injusta suerte,
tu presurosa partida
lamentamos.*

*La infame desnarigada
de tu ingenio peregrino
nos privó;
y al silencio de la nada
en mitad de tu camino
te llevó.*

*Iracunda con tu farsa,
la solemne, tal vez quiso
demostrar
que del mundo en la comparsa
sus fueros era preciso
respetar.*

*Con tu sátira corrida
y tus epitafios churos
recelosa,
arrastró tu alegre vida
a los misterios oscuros
de la fosa.*

*En los macabros rincones.
de tu risa los acentos
resonaron,
cuando la marcha de Jones
tantos cotos descontentos
escucharon.*

*Bullian en tu cabeza
de tus dramas los risibles
personajes;
ahuyentaron la tristeza
los relatos imposibles
de tus viajes.*

*En este valle de Lerma
y de lágrimas reiste
sin piedad,
de lo apocado y enferma
que nos hace triste
la ciudad.*

*Por romántico y poeta
te hostigó con duros trances
la fortuna,
mientras que tu mente iniquita
le cantaba sus romances
a la luna.*

*Decidor y estrafalarío
pasmabas con tus maneras
al patán;
y fueron tu goce diario
las eróticos quimeras
de Don Juan.*

*La parca tronchó tu vida,
pero tu espíritu flota
sobre la mesa tendida,
donde perdura la nota
de tu risa, Nicolás;
como eco dulce y simpático
que el corazón numismático
no podrá olvidar jamás...*

Había en esta despedida un sentimiento indecible; la sinceridad había traído hasta la mesa cordial el espíritu del viajero y se quiso reverenciarle a la manera numismática, no por ello desprovista de profunda y particular significación...



Otro día, según rezan las crónicas que conservo fielmente, apareció en los diarios vespertinos una invitación que decía: "Esta noche, en la venta de Maese Gavilán, — el nombre del figonero — esta muy ilustre Junta, efectuará su *symposio* reglamentario. Quedan invitados todos sus miembros".

Ahora el motivo era agradable. Uno de los congregantes había osado vulnerar lo preceptuado en los reglamentos sociales con referencia al matrimonio. Esta actitud creaba a la Junta diversas exigencias de ritual. La reunión, con los mismos caracteres simpáticos y pintorescos, se produjo presto. Se cumplieron los oficios de rigor para la consagración de los neófitos y se pasó a la tenida. A los postres se leyeron las siguientes composiciones poéticas, homenaje de la Junta a la novia:

*Los numismáticos, gentil señora,
el reír y el gozar dejando aparte,
deciros quieren con la voz del Arte
que bella sois como la bella aurora.*

*De sombra y luz en vuestros ojos mora
la incierta claridad del día que parte,
y Primavera su frescor reparte
con vuestra adolescencia seductora.*

*¿Qué mucho que hagáis don de gracia tanta
si en vos amor está como un perfume
que entre las rosas céfiro levanta?*

*Y así, mujer y flor, en vos resume
amor su natural desprendimiento,
dándole al hombre dicha aroma al viento.*

II

*Menguada suerte no poder enviaros,
sobre su engaste de bruñido acero,
el de la tarde cándido lucero,
gala fulgente de los cielos claros.*

*Para vos fueran los destellos raros
que cierne el iris en su tul ligero;
y el nívoo manto con que cubre Enero
los almendros en flor, para adornaros.*

*A vuestros pies tendiéramos galantes
la alfombra de esmeraldas y diamantes
donde el alba sutil deja sus huellas.*

*Y qué bien sentaría en la tersura
de vuestro pecho, la brillante y pura
joya imposible de un collar de estrellas.*

III

*Señora: aquestas flores que os envía
la Junta Numismática en ofrenda,
son augurio feliz, lirica prenda,
nupciales mensajeras de alegría.*

*Para humillar nacieron este día
sus rostros de carmín en vuestra senda,
y a que vos, como un hada de leyenda,
la crueldad mitiguéis en su agonía.*

*Mustias las frentes, pálidas y hermosas,
en vuestras manos las fragantes rosas
con su perfume exhalarán su vida.*

*Y vos, piadosa, quedaréis mirando
el plácido morir doliente y blando
de su beldad a vuestro amor rendida.*

Se acallan los aplausos y el numismático galán, sorprendido tal vez por aquel derroche de armonías, contesta emocionado:

*"Egregios consocios: la Junta
de Historia y Numismática barrunta
que el socio que os dirige la palabra
estará más miedoso que una cabra,
al sentir que ya el tiempo se apresura
en que ha de cometer esa locura,
y la que, al decir de San Antonio,
es locura sublime y muy deseada,
para toda persona aún no casada.*

*Si así pensáis, consocios numismáticos,
estáis en un error; son los apáticos
los que temen la vida y sus dolores,
mas no yo, que sueño en los amores
del ideal que forjó mi fantasía,
y convirtióse en realidad un día
para ser de la vida la esperanza
y de mi alma la sola bienandanza.*

*Reclamo solo, como ese Don Alfonso
de Ercilia, que en nada fué zozzo,
me permitáis decir esta cuarteta
que viene presta a manera de careta:
"Aquí llegó donde otro no ha llegado
don César Alderete, el muy demonio,
que el primero entregóse al matrimonio
y por ello os declara está encantado..."*

El cenáculo se anima. Empiezan las disertaciones sobre los temas más interesantes. Así van cumpliendo, bajo la apariencia de una máscara grotesca, la labor más conceptuable, modelando el esquema de los futuros temperamentos capaces de producir la obra esbozada por numerosos escritores, inspirada en los motivos regionales ricos en sugerencias reales, preparando el espíritu de la juventud para la germinación fácil de la semilla del arte dentro de la limitación nativa; fijando los moldes netamente propios; escrutando el misterio de las leyendas autóctonas; cantando la belleza sublime de las montañas; haciendo resaltar la maravillosa contextura moral del temple indio; provocando, en una palabra, la realización de la obra argentinista sin las influencias perniciosas de las literaturas de trasplante.

Esa es la obra cuya finalidad tenían esas reuniones que sobresaltaron a las personas que temían, en su ingenuidad, la divulgación de los ritos profanos de la juventud, en contraste con la fé religiosa que todo lo absorbe en la tranquilidad de aquel ambiente vetusto de la vieja ciudad que, atalayando la ruta de los conquistadores, vive la evocación romántica de su pasado esplendor...

JACINTO A. FIGUERERO.

FILOSOFIA

Un catálogo de traducciones. — *La Introducción a la Filosofía*, de Külpe. — *Filosofía natural*, de Lipsius y Sapper. — Otros libros. — Las Revistas. *Erkenntnis*, *Scientia*, *Der Philosophische Unterricht*, *Der Russische Gedanke* y *Literarische Berichte*.

Un catálogo de traducciones

LA aparición reciente, ya saludada por esta revista (1), del catálogo titulado *Libros alemanes traducidos a la lengua española*, permite ahora echar cómodamente una ojeada a la bibliografía alemana filosófica traída en los últimos años a nuestro idioma. Utilizado con ciertas precauciones, este catálogo, editado con propósitos de intercambio y difusión cultural por una institución científica de Berlín, será un buen auxiliar para cualquier estudioso, y principalmente para el de filosofía, dominio en que la producción germánica ocupa el puesto de excepción conocido. El examen de la sección correspondiente depara más de una sorpresa, por aparecer allí libros cuya publicación en español no es conocida por muchos, títulos a veces del más alto interés, poco advertidos por pertenecer a editoriales que no cultivan con asiduidad el tema filosófico.

Que a un curioso de libros, y hasta especialista en determinada materia, se le escape una edición de importancia, es cosa imposible en países de cultura densa y organizada, y siempre probable en los demás. Lo que ha hecho para el libro alemán traducido al castellano la "Notgemeinschaft der deutschen Wissenschaft", lo realiza en Alemania para el libro nacional el gremio de libreros, con esos excelentes catálogos comunes y especializados, que registran las publicaciones referentes a cada ciencia o asunto ge-

(1) NOSOTROS, N^o 268, pág. 104.

neral, y en los que rara vez se tropieza con una omisión considerable. Los comerciantes del libro saben allí conciliar sus intereses, sirviendo al mismo tiempo los del lector y los del espíritu. Nuestros libreros, empeñados en una competencia encarnizada y mezquina, nunca superan un individualismo en el cual el fracaso del compañero de oficio es un ingrediente del éxito propio. Y mientras tanto, está por hacer la obra de difusión y extensión bibliográfica, que redundará en provecho de todos.

La "Introducción a la Filosofía", de Külpe (1).

Desde hace tiempo se echaba de menos una traducción española de este libro de iniciación filosófica, uno de los mejores en su línea. Traducido ahora en el país y editado por una firma local, aunque impreso en España, puede señalar el comienzo de un interés de nuestros editores hacia el libro de filosofía, que no nos vendría mal.

Oswald Külpe (1862-1915), principal representante del llamado "realismo crítico", expuso su doctrina gnoseológica en su obra capital, *Die Realisierung (La Realización)*, de la que sólo alcanzó a publicar el primer tomo (1912), aunque dejó el material de otros dos, que luego publicó Messer. Ha influido poderosamente en la renovación cumplida en la psicología durante los últimos decenios, más que por el *Grundriss der Psychologie* que dió en 1893, por los trabajos del grupo de investigadores que reunió a su alrededor en Würzburg, en los primeros años del siglo. La *Introducción a la Filosofía* es de 1895, y sus doce ediciones alemanas — aunque distantes de las treinta y tantas del libro de igual título de Paulsen — demuestran el éxito que ha obtenido, sancionado por juicios casi unánimes de alto elogio por parte de la crítica más autorizada.

Distinguen a Külpe una habilidad didáctica poco común y una claridad de expresión, que hasta hacen recomendables sus escritos en el original para quien intenta los primeros pasos en la lengua alemana, llevado a ella por curiosidad de estos estudios.

(1) Trad. directa del alemán, de la 12ª edición publicada por A. Messer, por Carlos Jesinghaus, doctor en filosofía (Leipzig), prof. de la Facultad de Filosofía y Letras de B. A. Editorial Poblet. Madrid-Buenos Aires, 1931.

Forzoso es decir que sus limitaciones mismas resultan virtudes, vistas del lado de la iniciación, porque nunca nos salen en él al paso esas complicaciones que desconciertan al principiante.

No aprobamos del todo el criterio con que el traductor ha establecido la bibliografía, aunque le asistan razones atendibles. Conviene que en las ediciones sucesivas sean mejor aprovechados muchos libros ya existentes en español que son recomendables para los comienzos de una formación filosófica, y se distinga con más cuidado entre lo traducido y lo no traducido.

“Filosofía natural”, de Lipsius y Sapper (1)

Este tomo de la *Labor* reúne dos volúmenes de la colección alemana *Jedermanns Bücherei*; su propósito es una comprensión unitaria y filosófica de los problemas que plantea el conocimiento de la naturaleza en lo inorgánico y lo orgánico. Si siempre es lícito el esfuerzo de unificación que estructura los resultados parciales y los pone en circulación con vistas a integrar con ellos la visión de la realidad, ahora la reflexión filosófica se aplica a estas cuestiones con una intensidad y un sentido nuevos. El libro de Lipsius y Sapper, como primera incitación al examen de esos problemas, no podrá ser reemplazado por ninguno de los que ya teníamos en nuestro idioma, si bien sobre puntos parciales se cuenta con una bibliografía relativamente abundante, que el traductor podría haber destacado organizándola, en vez de contentarse con transcribir la dada por los autores para el lector alemán.

Otros libros

Ha comenzado a salir una traducción italiana de las lecciones de Hegel sobre historia de la filosofía (2). Es bien sabido la influencia de estas lecciones en la constitución de la historia de la filosofía como disciplina filosófica. El tomo publicado contiene

(1) F. Lipsius y K. Sapper, *Filosofía natural*. Traducción directa del alemán de Moisés Sánchez Barrado. Editorial Labor, 1931.

(2) G. G. F. Hegel, *Lezioni sulla Storia della Filosofia*. Trad. Codignola y Sanna. Vol. I. "La Nuova Italia Editrice", Perugia, Venezia.

material introductivo de bastante importancia para el curioso de filosofía, y la historia de la filosofía antigua hasta Anaxágoras.

En los *Quellen-Handbücher der Philosophie*, que dirige Arthur Liebert con participación de la *Kant-Gesellschaft*, acaba de aparecer el volumen consagrado a la pedagogía (1). Cada tomo de esta bella serie es una cuidada antología de los fragmentos más significativos para cada ciencia filosófica; una breve introducción proporciona al lector algunas nociones orientadoras, que en algún caso constituyen una buena historia sintética de la disciplina en cuestión. Antes habían aparecido los tomos de sociología (Sombart), psicología (Ziehen), filosofía de la religión (Wobbermin), ética (Liebert), filosofía política (Sternberg) y estética (Utitz).

La colección *Philosophische Forschungsberichte* (2), que ha sabido convertirse en instrumento auxiliar de manejo casi indispensable para el investigador o estudioso de filosofía actual, anuncia un volumen titulado *Französische und spanische Philosophie der Gegenwart* (*Filosofía francesa y española contemporáneas*), a cargo de Gerhard Hess. La inclusión del pensamiento español ha de ser un reflejo de la atención con que se ha seguido en Alemania durante estos años últimos la labor de Ortega y de Unamuno, que ha ocupado a traductores y comentaristas, de alguno de los cuales se ha hablado en NOSOTROS. Después del desdichado capítulo del Ueberweg (*Grundriss*, V, 357), no sé que se haya intentado en Alemania una visión del movimiento filosófico español.

Los volúmenes de esta serie, que serán veintidós en total, ofrecen una especie de itinerario en cada dominio especial de la investigación filosófica contemporánea. Más que una exposición, dan una indicación sumaria y precisa sobre direcciones, autores, doctrinas y libros, con el propósito de orientar al lector. Quien busque en ellos un resumen de lo que se piensa o se hace en

(1) HANS SCHLEMMER: *Pädagogik*. Pan-Verlag, Berlin, 1931.

(2) Junker und Dünnhaupt Verlag, Berlín.

cada región del mapa filosófico, poco sacará en limpio si no sabe de antemano muchas cosas. En cambio, prestarán servicio inapreciable a quien los tome por lo que son, instrumentos auxiliares para el trabajo, guías para el estudio. Han salido ya los tomos de filosofía de la historia del arte, filosofía natural, filosofía de la religión, filosofía de los valores, lógica y teoría del conocimiento, filosofía del lenguaje, psicología juvenil, pedagogía, filosofía del derecho y política, filosofía de la historia y caracterología; se anuncian, además del citado al comienzo, los de psicología, filosofía de la matemática, estética, filosofía de la vida, ética, filosofía de la literatura, filosofía italiana, filosofía inglesa y norteamericana y sociología. Y siempre para lo actual, lo contemporáneo.

Acaso estas útiles guías se traduzcan pronto al español. Pero para que cumplan su oficio entre las gentes de nuestro idioma, conviene que a cada volumen agregue el traductor una nota tomando en cuenta la bibliografía en español, francés e italiano de mayor significación. Nuestros traductores revelan en esta parte a veces un abandono inaudito, que llega hasta a citar, en las versiones de libros alemanes, la bibliografía francesa *en alemán*. Nada sería de extrañar que si se tradujese el tomito de filosofía de la historia, en cuya bibliografía se cita la edición alemana de *El Tema de Nuestro Tiempo*, apareciera allí Ortega como autor de un libro titulado *Die Aufgabe unserer Zeit*. Cosas por el estilo hemos visto no hace mucho.

Las revistas

A su tiempo, hace años, me referí en NOSOTROS (Nº 187) a la revista *Annalen der Philosophie*, que fundó en 1919 Hans Vaihinger para que sirviera de vehículo y órgano a su propia doctrina, y que luego (con el título ampliado: *Annalen der Philosophie und philosophischen Kritik*) se convirtió en revista de programa general, acaso por la acogida poco entusiasta que hallaba la "Filosofía del Como-Si", tan interesante como organización sistemática del pragmatismo finisecular, pero tan poco acorde con las nuevas preocupaciones del pensamiento contemporáneo. Desde hace unos dos años, esta publicación ha entrado en una nueva etapa, tan distinta de las anteriores que la continuidad sólo se

justifica por razones editoriales. El cambio es total: cambio de título: se llama ahora *Erkenntnis*; cambio de dirección: la gobiernan en su nuevo avatar Rudolf Carnap y Hans Reichenbach; cambio de propósitos: se limita al problema del conocimiento científico, en matemáticas y ciencia natural. Lo que era una buena revista común de filosofía se ha transformado en una excelente revista especializada, que no podrá en adelante dejar de lado quien se ocupe de estas cuestiones. Los apasionantes problemas que plantea en estos años, y cada día con mayor intensidad y urgencia, el conocimiento matemático y científico-natural, han hallado en *Erkenntnis* su propia tribuna para la exposición y la controversia, ya prestigiada por la publicación de trabajos valiosos y por los números dedicados a los congresos del conocimiento científico de Praga (1929) y Königsberg (1930). (1).

Tarea algo parecida, pero de ningún modo semejante, continúa realizando *Scientia*, la revista internacional de síntesis científica que dirigió Rignano desde 1915 hasta su muerte en 1930, con actividad y entusiasmo encomiables. Los números que tenemos a la vista traen artículos de filosofía de las matemáticas, astronomía, geografía política, física, biología, psicología y lingüística, todos de firmas responsables y de interés para quien sienta una curiosidad un poco universal. La abundante bibliografía y la traducción francesa de los artículos publicados en idioma original, contribuyen a la utilidad y comodidad de manejo de esta meritoria publicación mensual.

Especializada en temas de enseñanza de la filosofía, aparece desde el año anterior otra revista, *Der Philosophische Unterricht*, órgano de la sociedad de título semejante. Asunto éste casi virgen entre nosotros —y doblemente: por lo de enseñanza y por lo de filosofía— nos dará pretexto para algunas reflexiones más adelante. La dirige Arturo Liebert, inquieto inspirador de tantas empresas de este orden, a quien el movimiento filosófico debe

(1) De ambos congresos y de otros recientes en otras ramas de la filosofía, se hablará próximamente en NOSOTROS, en esta sección.

iniciativas que rebasan las fronteras de su país con su alcance internacional; le acompaña en la dirección Kurt Krippendorf. La revista mantiene cierta relación con la *Kant-Gesellschaft*, entidad que se perfila cada vez más como gran organización filosófica mundial, en parte considerable por los esfuerzos del mismo Liebert.

Con el título *Der Russische Gedanke (El Pensamiento ruso)*, se publica desde 1929, bajo la dirección de Boris Jakowenko, una "revista internacional de filosofía, ciencia de la literatura y cultura rusa", radicada en la editorial Friedrich Cohen, de Bonn. El idioma oficial de la revista es el alemán, que no excluye la aparición de trabajos en otras lenguas. Abunda en material adecuado para enterarse del movimiento intelectual ruso reciente, que se desarrolla en gran parte, como es sabido, en la emigración, y para la comprensión e interpretación del alma rusa. (Recuerdo que Jakowenko es autor de un libro muy instructivo que circula en edición italiana: *Filosofi russi, Saggi di Storia della Filosofia russa*, La Voce, Roma, 1927).

El centenario de la muerte de Hegel, que se cumple el 14 de noviembre, da ocasión a que las revistas publiquen numerosos artículos sobre el filósofo mismo y sobre aspectos del movimiento cuyo representante sumo fue. Destaco por hoy dos preciosos aportes bibliográficos aparecidos en la última entrega de *Literarische Berichte aus dem Gebiete der Philosophie*: un estudio donde analiza F. J. Brecht las investigaciones en torno a Hegel de los posteriores cinco años, y la bibliografía hegeliana alemana de los últimos cien años (1828-1928), establecida por Janko Janeff.

FRANCISCO ROMERO.

iniciativas que rebasan las fronteras de su país con su alcance internacional; le acompaña en la dirección Kurt Krippendorf. La revista mantiene cierta relación con la *Kant-Gesellschaft*, entidad que se perfila cada vez más como gran organización filosófica mundial, en parte considerable por los esfuerzos del mismo Liebert.

Con el título *Der Russische Gedanke (El Pensamiento ruso)*, se publica desde 1929, bajo la dirección de Boris Jakowenko, una "revista internacional de filosofía, ciencia de la literatura y cultura rusas", radicada en la editorial Friedrich Cohen, de Bonn. El idioma oficial de la revista es el alemán, que no excluye la aparición de trabajos en otras lenguas. Abunda en material adecuado para enterarse del movimiento intelectual ruso reciente, que se desarrolla en gran parte, como es sabido, en la emigración, y para la comprensión e interpretación del alma rusa. (Recuerdo que Jakowenko es autor de un libro muy instructivo que circula en edición italiana: *Filosofi russi, Saggi di Storia della Filosofia russa*, La Voce, Roma, 1927).

El centenario de la muerte de Hegel, que se cumple el 14 de noviembre, da ocasión a que las revistas publiquen numerosos artículos sobre el filósofo mismo y sobre aspectos del movimiento cuyo representante sumo fué. Destaco por hoy dos preciosos aportes bibliográficos aparecidos en la última entrega de *Literarische Berichte aus dem Gebiete der Philosophie*: un estudio donde analiza F. J. Brecht las investigaciones en torno a Hegel de los posteriores cinco años, y la bibliografía hegeliana alemana de los últimos cien años (1828-1928), establecida por Janko Janeff.

FRANCISCO ROMERO.

EL SALON NACIONAL

LA pintura moderna avanza, pero el arte se impone. Causa placer comprobarlo, no sólo por lo que representa en sus valores actuales; la esperanza de mayores promesas es todavía más halagüeña.

La primera medalla y el primer premio Municipal son dos aciertos, para quien los ha ejecutado y para quien los ha discernido.

En el Salón del año anterior, Tessandori parecía un reto a la designación del primer premio; no había llegado la hora de fijar en él la atención, libre de tendencias, como este año se ha hecho. Fiel a sí mismo, a su arte, a su sensibilidad, se ha superado, sin desviarse un momento, en las dos telas que le han valido la máxima recompensa.

Junto a él, *Maternidad*, de Lorenzo Gigli, habla otro lenguaje y dice de otra escuela. Como un milagro salva esta obra a su autor de las titánicas tentativas para crear un arte propio, y salva también el alma bucólica de Italia, que nos quiere presentar en su rusticidad más objetiva que psicológica, sin lograrlo. En su larga y concienzuda labor de colorista y de técnico, hay una perfección que no se relaciona con el fin. Pero *Maternidad* ofrece una concordancia perfecta entre el sentimiento y la forma, expresa toda el alma de una raza, en sus funciones más simples y naturales.

Gigli ha sentido la belleza de la vida rústica de Italia, y ha comprendido su tragedia. ¿Por qué no logra expresarla? Porque no reside en su tosquedad. Ha creído interpretarla exagerándola y se ha equivocado. *Maternidad* lo elimina de esta desviación, aunque podríamos hacerle algún reparo.

Tessandori siente tan hondamente como Gigli el alma nuestra

no en la raza, en el ambiente, y es mucho más subjetivo; ha comprendido cómo el arte procede de lo íntimo a lo externo, de lo esencial a lo concreto, y su alma se espacia en los temas que anima y viven ante nosotros. *Bueyes* es de una sugestión tan profunda, que pocos habrán de superarlo en ese género.

El tema del cuadro premiado, *El Guardamonte Overo*, tiene además un valor tradicional; el caballo ha sido el primer vehículo de la Pampa, y el primer cuadrúpedo importado, morador de estas tierras vírgenes, y así parecen más que dos bestias dos símbolos de algo lejano. Sin embargo Tessandori no ha querido expresar esto; son los amigos familiares del hombre, los compañeros de la vida ruda.

La pintura

Decir en qué consiste el Salón no es poca responsabilidad. A manera de charla amistosa van mis impresiones sinceras, inspiradas en el deseo de difundir y favorecer el empeño ya sostenido de los expositores.

Las tendencias son muchas, los ensayos también; hay artistas y pintores, viejos conocidos e iniciados, pero en general hay laudables esfuerzos.

Tras una revisión detenida e imparcial, surgen notas dispersas que no siempre cosecharon aplausos y esperan tácitamente.

Se dividen los géneros en paisajes, desnudos, naturalezas muertas, composición, retratos, calles, motivos urbanos, flores.

Entre los paisajes: *Palermo*, de Eugenio Daneri, honrado con segunda medalla, arte moderno con algo de acuarela, pero muy sentido; *Tranquilidad en el Lago*, de Atilio Malinverno, tela de gran tamaño, vigorosa, encendida de color; *Paisaje de "Dos Marias"* de Próspero López Buchardo, vibrante de luz, algo achaparrado, pero fresco, joven, con una interpretación muy personal; *Viejos Sauces* de Fidel de Lucia, tan sugestivo y melancólico; se diría que los sauces mueren vencidos por la opulencia de la sierra incorruptible y azulada; *El Rancho Azul*, de Italo Botti, inferior a otros cuadros suyos, algo desvaído, demasiado natural, sin el vacío de la soledad.

Enrique Policastro se presenta con dos maneras muy distin-

tas; se aproxima en *Primavera* al modo de otros cuadros anteriores, pero en *Dora leyendo*, cambia completamente. Policastro trabaja con sentimiento y conciencia, conoce los recursos de la paleta; todavía no se aventura a tratar temas complejos. *Tarde Diáfana*, de Luis Aquino, en sinfonía azul violado; *Paisaje Toscano*, de José Aguilera, gráfico más que sugestivo, pero con buena técnica; *Ordeñando*, de Salvador Stringa, tela muy amplia, de mucho efecto, laboriosa técnica, opulencia de matices; a la manera de Mancini luce el motivo de lejos, — Mancini no pintaba así—; *Quietud*, de José de Tomás, bien ejecutado; *Fin de jornada*, de Lorenzo Gigli. Este artista merece un estudio especial; el paisaje forma el fondo de sus cuadros y lo trata con gran maestría. *Gris de Otoño*, de Pescetto Isoleri, con una interpretación muy nueva.

Desnudo, de Ricardo Jolly, es el mejor entre la producción masculina, representada por Alfredo Williams, Domingo Lazzareschi y Edgardo Arata; este último se singulariza por otro cuadro que ahora veremos entre los costumbristas.

Estos forman un grupo especial, no sólo por los argumentos dignos de atención sino por el valor de las obras. Edgardo Arata se supera en *Regreso de Boyero*; es ya un artista definido y maduro, posee una técnica y una comprensión propia, analítica, plena. Después Mario Anganuzzi con *El Chango Aguatero* y *El Chango Amancio*, laborioso colorista, más objetivo que Arata, amante del detalle, abundoso, complejo. Alfredo Gramajo Gutiérrez, *Troperos Descansando*, *El chico del ojo Azul*, digno del mayor interés, por su labor de composición en el primero y por la expresión y la firmeza en el segundo; he aquí un artista que sabe interpretar el alma infantil, muy típicos entrambos; Abel Laurens en *El corral* y *La fiesta de los Chunchos*, ya sobresaliente en el Salón de Acuarelistas por el ambiente singular de sus cuadros y la emoción de paisaje que sabe vivamente sentir. Aunque los tipos están plasmados con una visión muy propia y más le importa el movimiento del grupo que la proligidad de la forma, sus obras tiene fuerte relieve y una diafanidad que hace presentir la magnitud y belleza del medio.

En los retratos: *Retrato de Chica*, de Victor Roverano, tercera medalla, tiene una plástica difusa de fina psicología, algo

que quiere aparecer y no se define, pero se diferencia de todos los demás; *Cholito*, más acabado, más en posición, no tan artístico; *Sentimiento*, de Francisco Ramoneda, con alguna incorrección en las líneas fisonómicas, más estudio que obra terminada; *El pintor de Muñecos*, de Edelmiro Volta, un poco a la antigua usanza.

¿Cómo elegir y sentenciar entre las treinta naturalezas muertas? Sin embargo, después de *Cristales*, de Margarita Lagos Portela, es necesario mencionar *Los Mirasoles* de Augusto Schiavone y *Naturaleza muerta*, de Arturo Guastavino y Adán Pedemonte, aunque algo recargado el último.

Los cuadros de "composición", forman un arte nuevo e independiente del estilo general, poco difundido entre nosotros, que no puede tratarse con el mismo criterio. Demetrio Yramain en *Día del Carmen* (Famaillá) y *Don Emiliano se festeja* (Famaillá) tiene viveza de colorido y arte de composición, más para encarnar el afán de la multitud que la psicología de un pueblo, al contrario de lo que hiciera en el Salón de Acuarelistas, Gaspar Besares Soraires, que traducía más el alma primitiva y el ambiente de los simples. Cayetano Donniss, con *Interior del Mercado de Abasto*, nos da una nota más local y de muy otro carácter. Todo su cuadro es una apreciación de conjunto, en una media luz, que él a su modo matiza, abigarrada, como quien ha visto algo que no se puede singularizar, confuso y tumultuoso. Camilo A. Lorenzo *En el Circo*, de otro género más estático y *Carnaval Madrileño*, de Enrique Larrañaga, el más movido, el mejor ejecutado, el más artístico, el que trasciende más penetración y sentimiento, con figuras de mayor tamaño. Este pintor se singulariza con *El Mudo*, donde expresa un sentimiento muy recóndito, que palpita en el cuadro sin poderse precisar en qué consiste.

Fray Guillermo Butler encabeza la serie de motivos urbanos, con *Una calle de Estampes*, tela de una gran suavidad de matices, concebida como un recuerdo esfumado, casi vista al pasar; entre los demás expositores de este género, ninguno alcanza su sensibilidad y su perfección técnica. Pero Antón Gutiérrez y Urquijo, interpreta en *Después de la Lluvia* otro aspecto muy poético y bien realizado; luego *Mañana en Taxo*, de José Malanca, tan luminoso, tan concluído, tan distinto a todos los demás, como si

quisiera ofrecernos la ciudad, para que la habitásemos; en seguida motivos nuestros, exentos de magia, pero nuestros, algunos con buena perspectiva.

Gavazzo Buchardo se presenta con *Flores*, agraciado con el premio Jockey Club, original, inspirado en escuela extranjera, con algo de antaño, no ya materia viviente, reflejo de la visión que la retina sutiliza.

Manuel Suero, *Calle de Jujuy*, narrador de bocetos nortños, con un aguatinta, muy característico, ya expositor en el Salón de Acuarelistas, firmeza en el dibujo, buena composición; Mario Corretger, de tan extraño temperamento, atormentado, desconocido, pero de innegables cualidades artísticas, siempre influido por la naturaleza, que siente a su manera, se evidencia una vez más en *Otoño*, aguafuerte de tinte azulado.

Para terminar *Burritos*, de Antonio Pedone, animalista, cuadro de mucho relieve, sin el concepto y la emoción de Tessandori.

¿Podemos decir que la pintura ha llegado a las cimas del arte? ¿Podemos determinar una línea definida? No; es una legión en marcha hacia la meta, y, antes de que llegue a las alturas, habrá de escalar mucho todavía.

La escultura

La escultura forma un capítulo aparte, en general superior a la pintura. Sin los recursos múltiples y variados de su hermana, parece haberse concretado más a profundizar, a pulir, a crear, y los resultados son reales.

Remero en descanso, de Aquiles Sacchi, comunica su fatiga y su abandono, en la contracción del semblante y toda su actitud. La primera medalla nunca estuvo mejor adjudicada, y en esta obra que no se aproxima por su técnica a las grandes esculturas, la vida y la forma se funden con igual equilibrio.

No así el primer premio Municipal, *Desnudo de Mujer*, de Ricardo Musso, inferior a *Juventud*, de Roberto J. Capurro que no obstante la ligera desproporción de talla, que hace aparecer los miembros inferiores demasiado cortos, acaso por la estatura mediana del modelo, lo aventaja en gracia, belleza y expresión. Ninguna mención lo señala.

Con excepción del segundo y tercer premio nacional, las recompensas secundarias han recaído sobre las nuevas tendencias, al igual de la pintura, sin reparos por el arte y la dedicación. Bueno es estimular, pero los artistas conscientes, se malogran muchas veces por carencia de aplauso.

Aérea, de Antonio Donato Proietto, segunda medalla, y *Atleta lanzando la jabalina*, de Héctor Rocha, tercer premio municipal, interpretan dos estados de nuestra vida presente, actividad y movimiento, impulso y destreza. Concepción puramente ideal la primera, con su rigidez aparente, semeja la desmaterialización del hombre, en los planos todavía inexplorados del éter; es extraña y casi indescifrable; mucho debió madurarla su autor antes de darle forma. La segunda, más anatómica y naturalista, es por el contrario la objetivación de "mens sana in corpore sano" sin el anhelo de belleza griego, la vida por la vida, la destreza para la acción.

Un premio estímulo para *Alma vencida*, de José Chierico, tan plástica y elocuente; sin una palabra para *Ensueño*, de Enzo Giusti, cabeza emergente de la piedra, tan fina y emotiva; con absoluta indiferencia por *Príncipe de paz*, de Juan B. Leone, notable bajorrelieve, que ha pasado como los mejores ejemplos de belleza, a funciones secundarias.

Job, de Antonio Stoll, fuertemente sentido, y mejor expresado, forma con *Maternidad* y *Desnudo* de Juan Carlos Oliva Navarro otro grupo; tenemos en el primero una estatua vestida, de sabor clásico, tan raras entre nosotros, donde el drapeado en el mármol se desconoce, y la piedra ha de exhibir necesariamente las líneas del cuerpo, buenas o malas, lo mismo da. Pero *Maternidad* parece algo "desusado", con su gracia encubierta, en el certamen adamítico del Salón. El olvido ha relegado también *Dolor*, de Juan B. Supervielle y *Esperando*, de Antonio Gargiullo.

Son todas ellas manifestaciones del arte que cava en la materia bruta, para hacer surgir al ser viviente, para llegar como lo realizara Miguel Angel a esa maravilla que hizo exclamar al grande artista mientras contemplaba su Moisés: —¡ Habla!

Los retratos de niños y de hombres, los símbolos como *Intillay*, de Luis Perlotti, las figuraciones para fuentes, las alegorías como *Composición*, de José de Luca, —segundo premio

Municipal, inferior a otras obras del mismo, particularmente el *Desnudo*— son una afirmación del arte escultórico y una prueba del dominio que nuestros artistas han adquirido de la plástica.

Muchas son las maneras de singularizarse también aquí; la gloria de los grandes artistas italianos se ha fijado en un carácter único: o la gracia como en Canova; o el movimiento, —no atlético— como en Bernini; o la fuerza y la energía —tampoco atléticas— subjetiva, espiritual, como en Miguel Angel.

Nada de esto pretendo que imiten nuestros artistas; quiero que la sientan y comprendan para descubrir la propia y ser fieles a su genio.

Gérmenes de todo ello hay en el Salón, pero como en su vecina de la tela, más externos que íntimos, menos espirituales que formales.

*

La contribución femenina es copiosa: treinta y siete pinturas, ocho esculturas, y cuatro dibujos o monocopias. Cincuenta obras que rivalizan valientemente con la producción del sexo fuerte, por su carácter. De éstas, quince son retratos o figuras. Priman Carlota Stein, *Camelias*, y Luisa Colombo, *Retrato*, ambas con dos retratos tamaño natural, de considerable mérito.

La figura en general suele ser la piedra de toque del artista; es curioso que la tendencia femenina se incline preferentemente a este género para destacarse con obras de aliento; bueno es consignarlo y bueno estimular este fervor por la psicología humana, encarnada en todo retrato.

Las chicas del verdulero, de Hildara Pérez de Llansó, con alguna inseguridad técnica, pero muy sentidas, penetrantes, animadas las figuras; *Retrato*, de Lola Lusarreta, no tan excelente como sus dos colegas Carlota Stein y Luisa Colombo; *La Mi-caela*, de Antonia Ventura, muy verista y bien ejecutado y *Niñas*, de Romilda Ferraría.

Varios son los retratos de niños, y ninguno alcanza la expresión peculiar de la infancia, que no es psicológica como en los adultos; las características de esta edad son la alegría y la gracia picaresca o ingenua.

Romilda Ferraría presenta tres figuras bien logradas, pobres

de vida y movimiento; sus estimables cualidades de técnica pierden eficacia, no anima ella con su emoción, rápidamente, el instante que debe sorprender en sus modelos, para transmitirlo al lienzo. Algo semejante podría objetar de los retratos de María Elisa Argento, Dalmira Calcagno y Ruth Schlieper, pero aquí la profundidad psicológica plantea al pintor un problema mucho más complejo.

Es loable como ejemplo de laboriosidad y amor a lo bello, lo es más como superación humana en los campos del arte, pero la sensibilidad femenina, de suyo tan intimista, debe dar por lo mismo que comprende y siente más profundamente la vida, otros frutos en obras de más enjundia. Reflejarse en las obras, con más vigor, más pasión y más inquietud, penetrar en el drama o el misterio de las almas, antes de reflejarlas.

Después flores, naturalezas muertas, algún paisaje, una calle o una iglesia, entre las que se destaca *Vieja iglesia Toscana*, de Olimpia Payer, herrumbrosa, con los típicos cipreses. Todo el sabor de una región tiene esta iglesia solitaria sobre una colina, pobre y mustia en su abandono, como es característica de nuestros alrededores; *Invierno*, de María Elena Marcó, pequeñito, casi escondido junto a grandes telas, no por eso escapa al buen observador.

Entre las ingratas naturalezas muertas, hay muchos aciertos que se trocarán en más sugestivos argumentos; no comprendo por qué los artistas se empeñan en multiplicar ejemplos de cosas rara vez culminantes en el arte. Amigas mías, lo que destinamos a nuestro uso común, dice muy poco en un cuadro.

Pero son dignos de mención, además de *Cactus*, de Lola Lusarreta, *Naturaleza muerta*, de Adela Rabuffi, semejante a un interior, y *Cristales*, de Margarita Lagos Portela.

Con *Invierno*, de Margarita Lagos Portela, se acompaña *Contra luz*, de Arminda E. Espul; muy moderno por su estilo, técnica y color, pero con mucho ambiente y buena perspectiva. Esta paisajista, incipiente y muy joven sin duda, siente la luz y ve el paisaje deslumbrado, una tendencia que se encamina por buena senda hacia lo nuevo. A su lado *Tarde Tranquila*, de Raquel Ferreres, también con mucha sensibilidad y vigoroso colorido. Todos los comienzos tienen incertidumbres y fallas, pero si seña-

lan un temperamento, las violencias y las asperezas serán después atenuadas por la propia evolución.

Otras estudian el desnudo: Elsa Klapembach y Julia Peyrou se especializan en nuevas... actitudes, muy poco femeninas. Los expositores que lo tratan se muestran mucho más recatados y artistas; ¡lástima! porque la mujer degenera en su propio desmedro; se las ve trabajar con acierto, pero la impresión producida por sus cuadros es muy desagradable. El arte, señoritas, es ante todo belleza; ¿quiénes más empeñadas en propagarla, si ustedes mismas son la obra más perfecta de la naturaleza?

Raquel Gristzman y Violeta Skelton, presentan flores, con buena técnica y acertado colorido.

María Teresa Valeiras de Gigli con *Intimidación*, (punta seca) y Esther Rotea, *Ella*, (pastel), exponen entre los grabadores dos notas artísticas de valer. Se alejan de la concepción y la técnica general, realizan con breves toques y poca minuciosidad, lo que suele ser en el dibujo y el arte unicolor, más estimado; estas artistas están ya en posesión de su manera y tienen un conocimiento real de los secretos del diseño.

La escultura, más árdua que su similar, sobresale con Elena Altamira Guarnaccia en *Imploración*, *Julietta* y *Pureza*. Revela ser esta escultora una artista en plenitud y la primera del grupo; la expresión anima el metal y supera a la forma, es decir la fuerza íntima del arte sella la obra y la comprensión de la autora fluye de cada pieza, penetrante y serena.

Amelia Crivellari, afronta en *Púgil* la fuerza y el movimiento; todo lo que en Elena Altamira es subjetivo, lo exterioriza ella en la acción y el ímpetu. He aquí a una mujer, que sale de los moldes comunes, para vaciarse en la representación moderna del brío y la juventud. Pero sabe ofrecerse también bajo otro aspecto; como en *Germana*, expresiva cabeza de mujer.

Augusta Tarnassi de Palma, concentra en *Torso* una obra de aliento y una delicada comprensión de la belleza; suavidad y armonía, pureza de líneas, expresión contenida.

María Carmen Aráoz Alfaro, estudia en el *Borgiesco*, un tipo original, representativo y algo dramático. Después Hilda Ainscugh con *Nubilidad* y *El Atleta*, Julia Koun, *Los niños*, y Dora Arning Krause con *Esclava*.

Si la pintura ofrece campo más variado y medios más eficaces para animar las obras, la escultura pone a prueba con mayor dificultad, su pericia y comprensión. Hacer hablar la piedra sin el recurso de la luz y los colores, significa vivir más intensamente en el momento de crear.

Junto al grupo de pintoras el de escultoras, en menor número, rivaliza por su excelencia, no sólo con sus compañeros del pincel, sino también entre sus colegas masculinos. Con excepción de los premiados (no siempre los mejores), la equivalencia es sorprendente.

*

La escultura presenta más que la pintura un conjunto homogéneo y afirmado; para el arte argentino en general, es un beneplácito el Salón; las dos corrientes se acentúan y fructifican, las nuevas tendencias son tentativas que no han formado escuela y no penetran en la conciencia de los artistas. A los ya numerosos que se han singularizado y realizan muestras personales, se unen los que sostienen aquí su prestigio, su personalidad y su técnica, los que han llegado o están muy próximos a la madurez, los que crean porque sienten o adivinan la belleza.

En general falta pasión, entusiasmo, profundidad; el sentimiento del arte, como lo observara ya en el Salón de Acuarelistas, es superficial; la obra parece nacida más por razonamiento o por oficio que por emoción; el arte es un deleite pasivo, no un impulso, una necesidad. Sin embargo los que llegan al pínaculo de la pintura argentina, se han sumergido plenamente en el deslumbramiento de su visión interior.

Si el Salón no es una muestra de arte, es un exponente de promesas; algunos se han definido, otros se buscan todavía. No importa cuáles escuelas o épocas hayan influido; fácil es verlo junto a los tres pintores que envían desde Italia y a las frecuentes muestras de extranjeros que exponen aquí.

El arte argentino posee ya un sello propio que se completa con la nota local nativa o lugareña, un modo suyo de sentir, una manera singular de ver, caracterizada por la tibieza que desmejora tanto la producción nacional.

MARTA SERANTES.

CRÓNICA

LA DIRECCION DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

PARA ocupar la dirección de la Biblioteca Nacional, vacante por muerte del Dr. Carlos F. Melo, ha sido designado por el Gobierno Provisional, el Dr. Gustavo Martínez Zuviría.

Esta designación ha sido recibida con unánime sorpresa en el mundo de la cultura, sorpresa de la cual se hace eco NOSOTROS en esta nota.

Entre los escritores argentinos, el Dr. Martínez Zuviría es aparentemente de los menos aptos para el desempeño de la tarea que se le ha confiado. Novelista popular, bajo el seudónimo de Hugo Wast, representa en la Argentina ese fácil arte narrativo, accesible a las masas por obra de las ediciones de tiradas numerosas, que cultivan con tanto éxito económico en Inglaterra, Estados Unidos y demás países de población densa, innumerables escritoras y escritores. El oficio ciertamente lo conoce este escritor culto y talentoso, y tanto que acaba de formular sus recetas en una especie de arte nuevo de hacer novelas; pero él no acredita de por sí condiciones suficientes para dirigir una biblioteca de la importancia de la Nacional de Buenos Aires, no habiéndolas probado el Dr. Martínez Zuviría con ningún trabajo de otro orden, y menos que nada en materia de biblioteconomía.

Hay otro aspecto de la cuestión y es el siguiente: cargos como éste de que tratamos: si bien modestamente rentados, representan en todos los países cultos, sumas dignidades intelectuales que sólo merecen alcanzar unos pocos escogidos. Es la dirección de la Biblioteca Nacional de Madrid, que, después de haberla desempeñado un Menéndez y Pelayo, sólo puede pasar dignamente a investigadores del valor de un Rodríguez Marín; es la cátedra de italiano de Bolonia que, muerto Carducci, no podía ser heredada sino por dos grandes, o Pascoli, que le sucedió, o D'Annunzio — y el mundo entero participó en la emoción de aquella oposición famosa —; es, entre nosotros, la tradición de Groussac que había que mantener. El más alto honor para un escritor argentino: sucederle. Lo había alcanzado el doctor Melo, si no porque su nombre se impusiese con autoridad indiscutible, siquiera con dignidad de estudioso y de universitario; no puede decirse lo mismo del Dr. Martínez Zuviría por más respeto que nos merezca su persona. Con libros como El Vengador y Pata de Zorra es ridículo pretender la dirección de nuestra Biblioteca Nacional — aunque ésta no sea lo que debiera ya ser, sin que se nos olvide Groussac al emitir este severo juicio —; y no son Fuente sellada ni Desierto de piedra los libros que podrían justificar esa pretensión, por mucha que sea su amenidad.

LA DIRECCIÓN.

HISTORIA

Compendio de Historia Argentina, por F. A. Kirkpatrick. Con una Introducción por Harold Temperley. Traducido del inglés por Joaquín Casaldueiro y Juan Mascaró.

LA aparición de un Compendio de Historia Argentina en Londres y en Buenos Aires, simultáneamente en dos ediciones, una inglesa y otra española, debido a la pluma de un historiador tan destacado como el señor F. A. Kirkpatrick, Profesor de la Universidad de Cambridge y miembro

correspondiente de la Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires, es un síntoma muy halagador que revela el interés que nuestra patria y nuestra historia inspiran en el extranjero.

Las lujosas ediciones de la obra del Prof. Kirkpatrick han de divulgar en Europa y en ambas Américas el nombre de la Argentina y de sus hombres más notables, y este hecho, unido al cariño con que al autor ha escrito su hermoso libro, merecen todo el reconocimiento de los argentinos.

El *Compendio* que nos ocupa es, como dice su mismo título, un estimable resumen de nuestra historia — que ha de ser de una utilidad inmensa para los lectores extranjeros —, y representa para los argentinos un explicable motivo de interés, pues no hay duda que a todos los historiadores de este país tiene que interesar el modo con que un historiógrafo inglés ha interpretado nuestro pasado y enseña a sus connacionales nuestra historia.

El Prof. Kirkpatrick ha visitado Buenos Aires, estudiado en sus archivos y bibliotecas y tratado personalmente con nuestros más destacados historiadores, a muchos de los cuales menciona en su Prólogo para hacer público su agradecimiento.

Entre los nombres citados adviértese que algunas lo han sido de memoria, como por ejemplo, el Dr. Ramón C. Cárcano, que es Ramón J. Cárcano; el Dr. Luis Terán, que es Juan B. Terán; el Sr. Ricardo Freyre, que es Ricardo Jaimes Freyre, y el Dr. Mariano Vedia y Mitre, que es Mariano de Vedia y Mitre; pero son estas menudencias tan insignificantes que casi ni valdría mencionarlas.

Una obra como la presente, que abarca un período histórico tan extenso como el nuestro, desde el descubrimiento del Paraná Guazú hasta los últimos presidentes argentinos, debe ser necesariamente sintética y en ella no se puede hacer gala de abundante bibliografía y novedosa documentación. El profesor Kirkpatrick no se ha propuesto tampoco realizar ningún descubrimiento histórico, sino dar a conocer a los lectores ingleses el desarrollo de nuestra patria y demostrarnos el aprecio —que tanto agradecemos— con que ellos estudian nuestro desenvolvimiento.

No obstante, nos consta que el autor ha hecho profundos y extensos estudios para redactar este libro. No es una improvisación, sino el trabajo de un historiador y filósofo que ha penetrado en la corriente de nuestra historia y sabe interpretarla con un criterio científico y moderno.

Los orígenes se hallan tratados de un modo sumarisimo; pero a medida que se avanza en el tiempo, los capítulos van ampliándose y reforzándose, demuestran una mayor seguridad y conocimiento del tema y, en algunos casos, un dominio absoluto, que nosotros hubiéramos querido también para el período de la conquista, cuya falta de profundización contrasta con la última parte del libro.

A fin de que no se vea en nuestras palabras una observación injusta, vamos a apuntar algunos pequeños errores, cuya corrección tal vez pueda ser útil al mismo autor en una segunda edición —que no tardará en imprimirse— de su bello libro.

Escribe el señor Kirkpatrick que "habiendo logrado (Caboto, no Gaboto como usa el autor) de los indígenas algunas alhajas de plata, dió al Río de Solis el nombre sonoro del Río de la Plata..."

No es éste el origen del nombre de nuestro Río, aunque así lo hayan supuesto los primeros cronistas jesuíticos y lo siga repitiendo la casi totalidad de los historiadores nacionales. Antes de que Sebastián Caboto y Diego García de Moguer regresaran a España, a fines de 1529, "codiciando lo que no hallaron y deseando lo que no vieron" —como escribía Fernández de Oviedo—, y antes de que Hernando Calderón y Jorge Bailo, despachados por Caboto en busca de auxilios, se presentaran al Rey, en Toledo, a fines de octubre de 1528, con una relación y algunos metales,

ya se llamaba de la Plata el Río de Solís, lo cual demuestra que no fueron los escasos adornos indígenas que los enviados de Caboto, primero, y luego este último y Diego García, llevaron a España, lo que dió origen al nombre del Río de la Plata.

En nuestra *Historia Crítica de los Mitos de la Conquista Americana* (Capítulo "La Sierra de la Plata", páginas 177 a 180) creemos agotar todo lo referente a esta cuestión y demostramos que desde 1526 los portugueses ya llamaban Río de la Plata al Río de Solís (cf. los procesos de Caboto, originales en el Archivo de Indias, copiados en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y publicados por Medina en *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España*) porque tanto los náufargos de Juan Díaz de Solís que vivían en la costa del Brasil, como los indígenas de aquellas regiones, tenían la absoluta certeza de que el Paraná Guazú era el único y más directo camino que conducía a la Sierra de la Plata — a las minas del alto Perú — cuya fama, antes de la llegada de los españoles, había cruzado el Chaco y las inmensas selvas del Paraguay y del Brasil hasta la costa del Atlántico, determinando las distintas migraciones guaraníicas que dieron origen a los chiriguanes de los primeros contrafuertes andinos, y el aventuroso viaje de Ajejo García, entre los años 1521 y 1524, cuya historia, repetida por los náufargos de Santa Catalina y los portugueses de Pernambuco, hizo olvidar a Caboto y a Diego García la ruta de las Molucas y de Ofir.

Proceso complicado y lleno de misterios, éste, que nosotros creemos haber resuelto en nuestra obra ya citada y que hubiera podido exponer en pocas líneas el señor Kirkpatrick si la hubiera conocido.

También anotaremos, sólo a título documental, que el 4 de enero de 1527 fué la primera vez que se escribió el nombre "Río de la Plata", en la declaración de Francisco Dávila, compañero de Loaisa.

A las pocas líneas, el señor Kirkpatrick anota que fué Caboto quien "llevó a España las primeras muestras del tesoro peruano." Es ésta una consecuencia lógica de las fallas anteriores. El 26 de julio de 1529 —antes de la conquista del Cuzco y de que se soñara con el rescate de Atahualpa— Pizarro firmó con la Reina su capitulación para la conquista del Perú, y ella obedecía no sólo a las noticias de un país maravilloso que los hombres que avanzaban por la costa del Pacífico tenían de los indios peruanos, sino a los rescates —muestras bien positivas por cierto— que el mismo Pizarro exhibió en España. Además, también antes del viaje de Caboto, en 1526, Diego García presentó una *Memoria*, en la cual decía: "Item, sabe vuestra alteza que en esta corte truxe plata y señal de oro e cobre una pieza de metal con dos obispos y padre santo señaladas las figuras en la dicha pieza e yo fui muy bien informado del medio que me dió la dicha pieza que de donde la había havido e me dixo que lo havia habido de la parte del sur y yo sé bien de la parte que lo hubo e estoy bien ynformado para en su tiempo e lugar e más me obligo que descubriré todo lo suso dicho e creo que no havrá hombre en españa que ose tomar tal cargo como este porque sé los secretos altos e bajos que (hay) en esta navegation..." (Arch. de Indias, de Sevilla, 144-1-10). Estas muestras de plata oro y cobre, y la "pieza de metal con dos obispos y padre santo señalados" —simple idolo o adorno peruano—, las había habido Diego García en el Paraná Guazú en el año 1516, cuando fué con Juan Díaz de Solís al descubrimiento y exploración de aquellas regiones. Véase bien que más de doce años antes del regreso de Caboto a España ya se había exhibido en la Corte muestras de las riquezas del alto Perú, que de tribu en tribu habían descendido a través del Chaco y a lo largo del actual Río de la Plata, hasta la costa del Atlántico.

A] hablar de la expedición de Mendoza, afirma el señor Kirkpatrick que "fué la más grande que hasta entonces había enviado España a las Indias." No es así como supone el ilustre profesor inglés, pues expedi-

ciones de varios miles de hombres se dirigieron antes que la de Mendoza a distintos puertos del Mar Caribe.

En la Capitulación de Mendoza no se le ordena —según cree el señor Kirkpatrick— “fundar tres ciudades”, sino que el Adelantado se comprometió a construir “tres fortalezas de piedra” (en un país donde no había ninguna), lo cual es muy distinto, pues cambia totalmente los fines de la expedición. Mendoza no vino a colonizar y, conforme hemos demostrado en distintas ocasiones y tratamos a fondo en nuestra *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay*, en vías de publicación, su objeto principal era el de custodiar la Raya de Tordesillas que en el continente Sudamericano dividía las posesiones españolas y portuguesas. Pero las circunstancias no permitieron estos planes utópicos, calculados sobre datos inciertos, ni tampoco se halló ningún Príncipe o Señor de la tierra, cuyas riquezas poderse dividir —como también se preveía en la misma Capitulación— y así la gente de Mendoza, de conquistadora se hizo colonizadora, más por la fuerza del destino que por sus primeras intenciones.

La cuestión de las naves y de los hombres de la expedición de Don Pedro de Mendoza, es otro punto que el señor Kirkpatrick toca de un modo superficial, acercándose relativamente a la verdad al decir que “Mendoza se dió a la vela con once barcas, unos mil hombres y algunas yeguas y caballos.”

Groussac —a quien cita el señor Kirkpatrick— creía que Mendoza llegó al Río de la Plata con once naves, basándose para ello en los datos de Herrera y Oviedo y en un documento del año 1539, en el cual el piloto Juan Pérez declara que “entró en este puerto en el galeón de la Anunciada... e ansimismo vido entrar la nao capitana y la nao sant antón... y otras de a menos, que fueron once navios...”; pero estudios posteriores (cf. Rómulo D. Carbia, *Manual de Historia de la Civilización Argentina*) demuestran que al Río de la Plata llegaron catorce navios: once que salieron de Cádiz y tres que se agregaron en las Canarias. En nuestra ya citada *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay* confirmamos el número de catorce naves (que a nuestro juicio es la cifra que también indica el piloto Juan Pérez), y creemos que los tripulantes, en consecuencia, no fueron un millar, como anota el señor Kirkpatrick, sino un algo mayor: mil doscientos, conforme declaran algunos de los expedicionarios (cf. *La historia documental y crítica* de Clemente L. Fregeiro y la *Crónica* de Alonso de Santa Cruz, no utilizada ni por Madero ni por Groussac), o con más probabilidades, a nuestro juicio, mil quinientos que es la cifra que indican Isabel de Guevara en su *Carta* del 2 de junio de 1556, y también Juan de Salazar de Espinosa, fundador de la Asunción, en el año 1546, en la respuesta a la tercera pregunta de la “Probanza hecha en la villa de Madrid por Alvar Núñez Cabeza de Vaca...”

También debemos hacer constar —aunque el detalle carezca de transcendencia— que el señor Kirkpatrick supone que según Groussac los hombres que vinieron con Mendoza fueron ochocientos, mientras que en cambio, el autor de *La expedición de Mendoza* sostiene que la armada se compuso de mil doscientos hombres. El número de ochocientos expedicionarios no fué calculado por Groussac, sino por Eduardo Madero en su *Historia del Puerto de Buenos Aires*.

La primitiva ubicación de la ciudad de Buenos Aires habría sido, según el señor Kirkpatrick, en “la costa baja al suroeste del estuario”, es decir, en los terrenos bajos del Riachuelo, donde Madero, Groussac y todos los que aceptan sus conclusiones sin ahondar en el tema, creen que se llevó a cabo la fundación de Buenos Aires.

Este punto no podemos tratarlo detalladamente en estas páginas por constituir él solo un breve estudio monográfico. Los señores Anibal Cardoso, en un trabajo publicado en el año 1911, titulado *Buenos Aires en*

1536, y posteriormente D. Antonio A. Romero (*Fundación de la Ciudad de Buenos Aires*, en los "Atti del XXII Congresso Internazionale degli Americanisti", celebrado en Roma en el año 1926) han demostrado lo absurdo de la primera fundación de Buenos Aires en los terrenos pantanosos del Riachuelo, con numerosos datos y deducciones que sintetizamos en nuestra *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay*, próxima a aparecer. En este libro, nosotros agregamos nuevos elementos de prueba: testimonios documentales hasta la fecha desconocidos que demuestran que el lugar en que se asentó el real de Mendoza fué en lo alto de la meseta, frente al puerto en que anclaban los navíos que por su calado no podían penetrar en el "río pequeño", el Riachuelo: lugar escogido después de atentas exploraciones por los prácticos y pilotos de la armada y que evidencia a todas luces el error en que incurrió Ruy Díaz de Guzmán, el cual es la única fuente y prueba que tienen los defensores de la primitiva ubicación de Buenos Aires en las márgenes del Riachuelo.

Otro tema que no podemos dilucidar a fondo en estas páginas, es lo relativo a los querandi, que según el señor Kirkpatrick fueron los que atacaron a Buenos Aires. La especie proviene de Schmidel y de Francisco de Villalta, quienes, después de oír en una excursión por el Paraná el nombre de los querandi, lo aplicaron luego a los garaní de las islas del Delta y a los pampa. Esta demostración ya fué hecha por Groussac en *La expedición de Mendoza* — páginas CXXXVI a CXXXIX — y la ampliamos nosotros en una monografía que se halla en prensa y trata la etnografía del Río de la Plata en los primeros tiempos de la colonia.

Otra leyenda que en su rápida exposición no se detiene a deshacer el señor Kirkpatrick, es el incendio de algunos barcos por las flechas incendiarias de los indios. También Schmidel es el origen de esta fábula que no se halla probada por ningún documento de la época, existiendo, por el contrario, muchas afirmaciones de que los navíos anclados permanecieron frente a Buenos Aires largos años sin sufrir ningún desperfecto.

Más grave que los detalles anotados, es lo relativo a los orígenes de la Asunción del Paraguay. En la historia de la fundación de esta ciudad, se le atribuyeron sucesivamente tres fundadores: Juan de Ayolas, Domingo de Irala y Juan de Salazar. Los estudios hechos por el doctor Manuel Domínguez, en sus réplicas al doctor Cecilio Báez, aceptados por Groussac y ampliados por nosotros en nuestra *Historia del Gran Chaco* y en la *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay*, ya han demostrado — de un modo que sería absurdo el pretender discutirlo — que Juan de Salazar fué el único fundador de la Asunción. A Irala se le atribuyó alguna vez la fundación de la Asunción, y también a Ayolas, en aquellos tiempos heroicos de nuestra crítica histórica cuando no había otras fuentes de documentación que Schmidel, Guzmán, Lozano y Guevara. Hoy se sabe perfectamente que Ayolas pasó de largo frente al lugar en que tiempo después Salazar fundó la Asunción y que Irala no vino al fuerte de Salazar hasta que éste lo hubo fundado.

Refiriéndose luego a la entrada que Ayolas hizo hacia el Occidente, afirma el señor Kirkpatrick que el aventuroso conquistador "pereció allí con todos sus compañeros."

Tal vez sea pedantería de nuestra parte el analizar estos párrafos, pero en nuestros libros citados hemos llegado a demostrar de un modo indiscutible, con una documentación en gran parte no utilizada hasta la fecha, que Ayolas regresó de su entrada hacia el Occidente y no murió en las selvas lejanas, sino en el Puerto de la Candelaria, que él había fundado antes de partir, donde fué muerto por los indios a causa de no haberlo esperado allí su lugarteniente Domingo de Irala, el cual desamparaba el puerto para irse con sus hombres río arriba y río abajo a la conquista amorosa de las bellas indias guaraníes, indudablemente con la premeditada intención de producir de esta manera la muerte de su superior y quedarse — como en efecto ocurrió — como jefe supremo de aquel puñado de conquistadores.

Por último dice el señor Kirkpatrick que Irala murió en el año 1557, mientras que en cambio es sabido que "el patriarca del Paraguay" falleció el 3 de octubre de 1556. La diferencia sería baladí si no se tratara más que de la cuestión de fechas; pero ella demuestra que el señor Kirkpatrick no conoce los estudios de Eduardo Madero, Clemente L. Fregeiro y Groussac, que en extensos trabajos especiales discutieron ambos años, hasta que Groussac llegó a determinar la fecha exacta. Nosotros resumimos la cuestión en nuestra citada *Historia del Gran Chaco*.

Hablando de Juan de Garay, comete el señor Kirkpatrick una pequeña inexactitud que es común entre los historiadores que no han profundizado los orígenes del segundo fundador de Buenos Aires, asegurando que Garay era sobrino de "Ortiz de Zárate, rico vizcaíno, vecino de Chuquisaca", es decir, del Adelantado Juan Ortiz de Zárate. Este error proviene de la creencia, por lo visto aun no suficientemente disipada, de que Juan Ortiz de Zárate era hermano de Pedro Ortiz de Zárate, llamado en la gran mayoría de los documentos Pedro de Zárate, nacido asimismo en Orduña, lo mismo que Juan Ortiz de Zárate, conforme hemos demostrado en nuestros libros *Dónde nació el fundador de Buenos Aires*, y *Nuevos datos para la biografía de Juan de Garay*. No obstante, Pedro y Juan Ortiz de Zárate no eran hermanos y en consecuencia, Juan de Garay, sobrino carnal del oidor Pedro de Zárate, con el cual fué a vivir a Villalba de Losa, en Burgos, cuando la ciudad de Orduña, en la cual ambos nacieron, fué destruida por un incendio, pasando luego a América en la armada de Blasco Núñez de Vela, era tan sólo "pariente de deudos" del Adelantado Ortiz de Zárate. En nuestros *Nuevos datos para la biografía de Juan de Garay* hemos intentado explicar en qué consistía este parentesco y sobre ello tenemos una monografía en preparación con materiales inéditos.

No creemos necesario seguir insistiendo sobre otras pequeñeces semejantes, harto explicables en un historiador extranjero que no entra a discutir los pormenores eruditos, conforme lo hacemos los especialistas nacionales, sino que contempla nuestra historia en toda su amplitud, tratando de interpretar la génesis de los sucesos y conocer el desarrollo de nuestro pasado, sobre el cual, indudablemente, se basa la condición de nuestro presente.

Así la historia económica y social durante el período municipal, entre los años 1580 y 1776, y el Virreinato, es tratada con un conocimiento de causa y una comprensión acertada de los hechos que revelan un estudio personal sobre las bases de la *Investigaciones acerca de la Historia Económica del Virreinato del Plata*, debidas al Dr. Ricardo Levene, que si bien no ha agotado este tema, de suyo inmenso, lo ha tratado en una forma completa que a nuestro juicio no podrá superar ninguno de los historiadores contemporáneos.

En esta parte del libro insértase un mapa del Virreinato del Río de la Plata, tomado del Atlas Histórico de la República Argentina, de José Juan Biedma y Carlos Beyer, en el cual la Intendencia del Paraguay hállase limitada al Oriente por su propio río. El señor Kirkpatrick no hace sobre este punto ninguna observación; no comete por lo tanto ningún error, pero permite que subsista un hecho discutible, que según nuestra opinión es completamente erróneo. La Intendencia del Paraguay, conforme hemos estudiado en nuestra *Historia del Gran Chaco* y ha demostrado últimamente el Dr. Efraim Cardozo en su libro sobre *El Chaco en el régimen de las Intendencias*, no estuvo nunca limitada por el río de su nombre, sino que se extendió hasta los confines alto peruanos, incluyendo todo el Chaco Boreal. Trátase simplemente de la eterna cuestión de límites entre Paraguay y Bolivia que si bien puede discutirse diplomáticamente, no lo será en ningún momento con documentos históricos, pues éstos, conforme se ha probado numerosas veces, demuestran que el Chaco es eminentemente paraguayo. Convendría que el señor Kirkpatrick se interiorizara de esta

cuestión, tan cautivante para los enamorados — como lo es él y lo somos nosotros — de la historia del Río de la Plata y del Paraguay.

Todo lo dedicado a los preliminares de la Independencia, al nacimiento de nuestra República y la historia de nuestra patria como nación independiente, revela un estudio mucho más profundo y meditado que el de los primeros tiempos de la conquista, en que hemos tenido que hacer algunas pequeñas correcciones. La tiranía de Rosas es desvelada por el señor Kirkpatrick con una sola frase, cuando dice que "la palabra Confederación no significaba para Rosas un esfuerzo hacia la unión y la organización, sino despotismo provincial y supresión de los unitarios".

La era de nuestra historia moderna, que podría comenzar con la implantación del ferrocarril y llamarse también la era de los caminos de hierro, comprende la guerra del Paraguay, que el señor Kirkpatrick estudia desde el punto de vista antilopista, sin penetrar en la psicología de Carlos Antonio López y de Francisco Solano López, a quienes llama respectivamente López I y López II: terminología impropia e inadecuada que emplearon algunos historiadores brasileños, como, por ejemplo, el Barón de Rio Branco, y otros argentinos.

La guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay es sintetizada en pocas páginas, pero que demuestran una acertada comprensión de las causas y efectos que constituyen tan interesante, grandiosa y, a la vez, inútil epopeya. El señor Kirkpatrick reconoce que la culpa de la guerra con el Paraguay corresponde al Presidente Francisco Solano López y hace a este respecto un claro resumen de los hechos que determinaron la ruptura de relaciones entre la Argentina y el Paraguay.

Los últimos capítulos de este *Compendio de Historia Argentina* parecen escritos por un autor nacional, pues demuestran un conocimiento íntimo de los sucesos políticos ocurridos desde el 1880 hasta la fecha, pues también se hace mención del golpe de estado producido recientemente, sin mencionar a ninguno de los miembros del gobierno provisional. Sorprendente, aun para los mismos argentinos, es la historia de las presidencias de Irigoyen, que el lector, que ha vivido los acontecimientos, no reconoce a través de estas páginas, pues sólo se han puesto en evidencia los hechos elogiables, callando un sin fin de sucesos, corrupciones y tendencias que más vale que no pasen a la historia y caigan en un eterno olvido para evitarnos una vergüenza.

En definitiva, la historia de nuestra patria que ha escrito el profesor Kirkpatrick, a pesar de los contados lunares que hemos señalado en las primeras páginas, es un trabajo de profundo estudio, mucha meditación y originalidad en la exposición. El autor no ha improvisado, sino que por el contrario, sus capítulos demuestran que ha estudiado largamente el tema y que ha llegado a dominarlo de un modo casi perfecto, superior a muchos profesores nacionales.

Este libro, como dijimos al comenzar este artículo, ofrece gran interés al lector extranjero y más aun a los propios argentinos, pues en él podremos ver no pocos acontecimientos que nosotros mismos, por innúmeras circunstancias, no sabríamos apreciar tan bien como vistos desde Europa y por un extranjero de tan grande cultura como el eminente Profesor Kirkpatrick.

ENRIQUE DE GANDÍA.

LETRAS ITALIANAS

Perfetta Letizia, por *Pietro Mignosi*. *I Giorni Incantati*, por *Luigi Fallacara*. Libreria Editrice Grazzini. Pistoia, 1931.

BAJO el rótulo "Nostro Novecento" la Editorial Grazzini de Pistoia publica los primeros tomos de una nueva colección (poesía, teatro, género narrativo) cuya tendencia espiritual queda consignada en las declaraciones

programáticas de los iniciadores, quienes afirman la necesidad de volver en arte — y so pena de hacer fragmentarismo, "dilettantismo", subjetivismo arbitrario y peligroso — a una expresión integral del individuo, con miras a los valores morales y religiosos, además de los meramente intelectuales, según lo reclama nuestra aguzada sensibilidad moderna.

No hemos de detenernos en el análisis de tales afirmaciones, respetables siempre que se las considere trasunto de una convicción personal, pero discutibles si se pretende elevarlas a verdades absolutas. En arte, y en todo, el determinismo programático es sinónimo de limitación, aun cuando aparente ensanchar el campo experimental.

Nos place en cambio destacar los méritos de la novela *Perfetta letizia*, que con ser la primera de la flamante colección, no es la primera obra de Pietro Mignosi, prestigioso escritor siciliano, que desde hace una década cultiva con un mismo afán de búsqueda y un mismo espíritu batallador la lírica y la tragedia, el ensayo filosófico y polémico, vertiendo en todas sus páginas, y a través de un estilo escueto a la par que cálido, sus convicciones de católico militante.

En *Perfetta letizia* Mignosi ha logrado un ambiente: un olvidado pueblo de Sicilia, que vegeta al margen de la tumultuosa vida contemporánea y del cual parecen acordarse, para azotarlo, sólo los vientos ásperos de la montaña. En ese ambiente ha animado un mundo de pequeñas intrigas, de hipocresías y vulgares egoísmos alrededor de una figura, que, pese al desamparo de su hollada humanidad, domina a sus hostigadores con la heroica dulzura de su alma, en el cual una invencible timidez de hombre sazonado entre penurias y renunciamientos únese a la humildad del siervo de Dios, que todo lo acepta por ese caritativo amor al prójimo de que nos habla el evangelio.

Don Michele Ingabietta es sin duda un personaje artísticamente logrado y capaz de captarse las simpatías del lector más ajeno a preocupaciones religiosas, precisamente por ser la religión del personaje, más que otra cosa, una sumisa adhesión al sufrimiento humano. Pero cabe preguntarse por qué, al presentarnos las figuras de contraste, ese mundo de turbio sensualismo sobre el cual destaca la desaliñada silueta del cura y su piedad cristiana, el escritor ha sido parcial hasta el punto de negar toda jerarquía moral a los que no comulgan con su fe y a quienes intencionalmente y con marcada ironía califica de masones.

Es el error insalvable de los dogmáticos, eso de colocar en un mismo plano moral y religión, como si al no creyente le fuera casi vedado ser hombre moral y el hombre moral tuviese que ser, fatalmente, creyente. Esta parcialidad manifiesta resta no poco valor a la novela de Pietro Mignosi, toda vez que a la serena objetividad del narrador se sobrepone ese "subjetivismo arbitrario y peligroso" que los escritores de "Nostro Novecento" se proponen desterrar de la literatura, cual resabio pasatista.

•

Páginas de hondo lirismo, sin mayor coordinación entre una y otra que el invisible hilo de una inquietud de belleza, forman el leve tejido de *I giorni incantati* de Luigi Fallacara, director de "Nostro Novecento" y delicado autor de *Illuminazioni e I firmamenti terrestri*.

Muchas de éstas podrían ser páginas de antología por su claridad y frescura, por ese arte sutil de encerrar en el giro de un período la plástica de un paisaje, el ritmo de una melodía fluyente de la profunda vida cósmica.

Escriba o no en verso, Fallacara es siempre y exquisitamente poeta. No quiere decir esto que siempre nos resulte igualmente espontáneo y, por ende, eficaz. Su rica sensibilidad se exalta en una especie de ebriedad mística, al descubrir infinitas armonías entre el mundo de las formas y

un mundo invisible, en el cual el poeta claramente percibe la inteligencia, regidora de todo orden y belleza; a veces, sin embargo, su afán de interpretar la música de lo sublime deja traslucir cierto esfuerzo mental, que va parejo con el virtuosismo de las imágenes. Encontramos al escritor en la feliz plenitud de sus medios artísticos toda vez que, libre de ataduras didascálicas evidenciadas por algunas de sus meditaciones ("Il ramo secco e la canna d'oro"; "la fontana gelata"...) o de preocupaciones metafísicas que exasperan su sensibilidad, toma contacto con la realidad y nos revela, por ejemplo, el secreto de poesía que entrega a su emoción la serena adusta belleza de las nativas Apulias ("Terra di S. Nicola"). Y encontramos al poeta, en el sentido cabal y luminoso de la palabra, cuando le vemos transfigurado ante el dulce misterio de la vida por él creada, ritmando con las músicas de la tierra y de los astros las ansias de su corazón de hombre.

N. P.

Fiorelli, por *Sandro da Bergamo*. Establecimiento tipográfico J. A. Ghidí. Villa Angela (Chaco).

HACE muchos años que Sandro da Bergamo dejó a Italia. Con la familia y un grupo de comprovincianos, se estableció en el Chaco. Allí hace obra de progreso a través de un establecimiento tipográfico. Pero la modesta industria no es suficiente para canalizar toda su actividad. La completa escribiendo versos. Y así, este valiente tipógrafo constituye un hermoso ejemplo de voluntad, de adaptación, de cultura.

Sus *Fiorelli, rime e ritmi*, no tienen ninguna pretensión. Son modestos como su autor. Pero tienen su belleza peculiar dentro de su estilo y en las ideas que encubren. Hay con frecuencia honda emoción y a veces se vislumbra la robustez de un pensamiento bien definido y constructor. El medio no lo ha absorbido por completo. Continúa vinculado a su país cuyos recuerdos lo enternecen. Ríos, valles, montañas, lagos, hombres y cosas son para él motivos adecuados para poetizar. La primavera itálica vive palpitante en su memoria.

Fiorelli

*Canto Aprile, l'eterna giovinezza,
che con te rechi dopo il verno crudo,
cinta di verde il roseo corpo ignudo,
raggiante il viso di una sacra ebrezza.*

Sus gustos, diremos así domésticos, se mantienen puros. La vida sencilla le encanta. Sus ambiciones están descritas en esta estrofa evocadora de visiones juveniles.

*Ecco ciò che il cor desia:
Una casa solatta,
verde prato, cupo bosco
ed un fonte ombreggiato
al finale d'una via.*

Algunos de los grandes poetas italianos le siguen hablando al alma. Sobre todo Dante y Carducci. Al primero dedica el Soneto III.

*Io seguo te, o Dante, poeta mio
attratto dalla tua sicura voce
e ti seguo laggiú di foce in foce
sospinto da l'acuto mio desio.*

Para el segundo, otro soneto que termina así:

*...lanciò con man potente oltre i confini
ne gl'italici metri dal vibrante
ritmo ch'apri a la gloria le grandi ale.*

Una de las más sentidas composiciones es la que se titula *Confessione*. El poeta pregunta a su hipotético lector si ha temblado de emoción y ha derramado lágrimas, en presencia de la naturaleza, en presencia de los héroes grandes y humildes, de los que todo lo abandonan para seguir un incierto destino, de los que han sabido sustraerse a la esclavitud del oro y la gloria para imitar a Cincinato que cultivó satisfecho o contento sus cuatro yugadas de tierra, o a Garibaldi, que después de haber dado "un regno al sopraggiunto re", como canta D'Annunzio, se refugió en la isla de Caprara con una bolsa de legumbres. Si el hipotético lector ha sentido y ha vivido todo eso, entonces

*...sappi che in me tu trovi
per sempre l'amico e il fratello.*

Este libro está impreso con esmero. El material distribuido con verdadero gusto artístico. No podría de otro modo tratándose de un tipógrafo poeta. Y no es ese el único caso que conocemos.

ARTURO MONTESANO DELCHI.

ANTOLOGIAS

La *novísima poesía argentina*, colección de *Arturo Cambours Ocampo*. Edición de la Revista "Letras", 1931.

POR empeño de Arturo Cambours Ocampo, animador del núcleo de jóvenes que se considera como la generación "novísima", aparece en un volumen la muestra de cuarenta y tres poetas surgidos después de 1928. Este detalle cronológico tiene una importancia fundamental para los componentes de la tanda, ya que la edad más que los propósitos, los conceptos y los procedimientos literarios, los diferencia de la anterior. En efecto, juzgada en su totalidad — pues, separadamente, algunas composiciones podrían figurar, para desmedro de sus autores, en los "parnasos" de antigua fecha — la poesía de la novísima generación se confunde con la de su predecesora.

La novísima generación tiene un vicio de origen, que sus propulsores creen motivo de alarde: su falta de ambiciones. Lo han dicho en varias revistas y lo repiten en los prólogos sucesivos de esta compilación de Cambours Ocampo. No aspiran a crear una escuela ni a señalar una divergencia, sino simple y tercamente a conciliar, dentro de una máxima indisciplina que ellos conceptúan como libertad individual, las tendencias de la vieja generación, cuyos privilegios estéticos han concluido, con las tendencias de la que balbuceó su literatura en plena guerra y en los comienzos de la revolución rusa, es decir, en el apogeo de la exasperación.

De intento hacemos esta última referencia, pues Cambours Ocampo y otros pretenden discriminar la política — lo social — de la literatura, cuando lo cierto es que la influencia de aquella en el orden estético se acentúa cada día más.

La nueva generación realizó una obra aparentemente estrepitosa y desequilibrada. Era la expresión adecuada a un mundo socialmente trastornado. El capitalismo, al precipitarse en la guerra, cesó en su reposo, y creó una

literatura y un arte tumultuosos; tumulto de huida. La novísima generación presencia el agravamiento de esa crisis. Ha nacido con ella y, en consecuencia, su obra no puede ser de desesperación. Esta crisis debe inundarla de dicha. Debe celebrarla, porque significa una transformación de tan vasto alcance en extensión y en hondura, que todos los valores se vendrán abajo. La novísima poesía tiene que ser ya un canto de ese mañana tan próximo que su alba ha comenzado.

Si la novísima generación examina y comprende a tiempo esta cuestión, si advierte que el ritmo histórico actual anula el esfuerzo de la generación anterior por el hallazgo de lo argentino, si, lejos de rechazarlo, busca el contacto con el problema social, la novísima generación habrá encontrado los justificativos para su actuación y su diferenciación, y habrá evitado su naufragio en la esterilidad.

La novísima generación tiene que trazarse un programa claro y acabar con el prejuicio del pacifismo que traba su desenvolvimiento. Hablar de "prudencia" y de "serenidad", como lo hace Cambours Ocampo, de "gandhismo", como Arturo Cerretani, es restarle toda pujanza. La nuestra no es época de buenas maneras, sino de brusquedad y de lucha. La novísima generación no tiene por qué ser ecuaníme. Su deber es la unilateralidad, la parcialidad.

Y si una época así no tiene esencia poética, que la novísima generación escriba en prosa ruda, pero cortante como un filo. Pues "no tenemos derecho a vivir hoy día — digámoslo con palabras perdurables de Nietzsche — si no somos militantes, militantes que preparan un siglo por venir".

HONORIO BARBIERI.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN SETIEMBRE Y OCTUBRE

Novelas, cuentos, narraciones, poemas en prosa, etc.

- LEONIDAS LEONOV: *Edificación*. Novela de la Rusia soviética. Versión española de Guillermo Neumann y Felipe Ximénez de Sandoval. "Novelistas nuevos." Ed. "Cenit", Madrid, 1931. 348 pp. 7 ptas.
- N. TOKUNAGA: *La calle sin sol*. Novela de una huelga en el Japón. Trad. del alemán por E. R. Sádía. "La novela proletaria." Ed. "Cenit". 256 pp. 6 ptas.
- E. SALAZAR Y CHAPELA: *Pero sin hijos*. Novela. C. I. A. P. Madrid, 1931. 308 pp. 5 ptas.
- R. BLANCO FOMBONA: *La bella y la fiera*. Novela. C. I. A. P. Madrid, 1931. 330 pp. 5 ptas.
- CONCHA ESPINA: *Llama de cera*. Novela. C. I. A. P. Madrid, 1931. 240 pp. 5 ptas.
- F. M. DOSTOIEVSKI: *Pobre gente*. Trad. directa del ruso por Paul Schostakowsky y H. Pérez de la Ossa. C. I. A. P. Madrid, 1931. 240 pp. 5 ptas.
- LUIS DE OYEIZA: *El diablo blanco*. Novela. C. I. A. P. Madrid, 1931. 302 pp. 5 ptas.
- EDUARDO ZAMACOIS: *La enferma*. Novela. Unica ed. refundida por el autor. C. I. A. P. 304 pp. 5 ptas.
- EMILIO CARRERE: *Elvira "la espiritual"*. C. I. A. P. Madrid, 1931. 240 pp. 5 ptas.
- ALBERTO ALFONSO DÍAZ: *La estrella*. L. J. Rosso. B. A., 1931. 154 pp.
- MARÍA LEITNER: *Hotel América*. Trad. del alemán por Emilio R. Sádía. "La novela proletaria." Ed. "Cenit". Madrid, 1931. 228 pp. 6 ptas.
- ALBERTO INSÚA: *La segunda Salomé*. Novela. C. I. A. P. Madrid, 1931. 336 pp. 5 ptas.

- E. GUTIÉRREZ GAMERO: *Telva*. Novela. "El libro para todos". C. I. A. P. Madrid, 1931. 152 pp. 1.50 ptas.
- ROBERTO FABREGAT: *El pequeño Atlas*. Próximo y paisaje del artista adolescente. Cifra geográfica de la nación oriental. (Narración en línea recta). Montevideo, 1931. 96 pp.
- FROILÁN TURCIOS: *El Vampiro*. Segunda edición. Ed. "Le livre libre". 141, Boulevard Péreire. París, 1930. 224 pp.
- TEODORO DOSTOIEVSKI: *Los Karamazov*. Tom. II. Trad. directa del ruso de Nicolás Hartong. Ed. Cervantes. Barcelona, 1931. 528 pp. 6 ptas.
- SINCLAIR LEWIS: *Calle Mayor*. Historia de Carol Kennicott. Traducción del inglés por Carlos de Onis. "Novelistas nuevos". Ed. "Cénit". Madrid, 1931. 558 pp. 8 ptas.
- JOSÉ DE LA CUADRA: *Repisas*. (Narraciones breves). Guayaquil. 1931, 136 pp.
- STENDHAL (HENRY BEYLE): *Armancia*. Traducción de Carmen Abreu. C. I. A. P. Mundo Latino. Madrid. 304 pp. 5 ptas.
- TOMÁS BORRÁS: *Noveletas*. Editorial Marinada. Madrid. 216 pp. 5 ptas.
- MANUEL GÁLVEZ: *El gaucho de "Los cerrillos"*. Novela. Librería y Editorial "La Facultad". Buenos Aires, 1931. 304 pp.
- J. ALVARO SOL: *Adolescencias*. Novela. Editorial Victoria. Buenos Aires, 1931, 112 pp.
- LUIS ANDRÉS ZÚNIGA: *Fábulas*. Tegucigalpa (Honduras). 1931, 208 pp.
- LUIS DE OTEIZA: *¡Viva el Rey!* Novela. C. I. A. P. Madrid, 1931. 160 pp. 1.50 ptas.
- KURT KLABER: *Pasajeros de 3ª*. Versión española de Guillermo Neumann y J. Henríquez Caubin. "La novela proletaria". Editorial Cénit, Madrid, 1931. 272 pp. 6 ptas.
- JOSEF KALLINIKOW: *Mujeres y frailes*. Novela. Traducción directa del alemán por J. Pérez Bances. "Novelistas nuevos". Editorial Cénit, Madrid, 1931. 2 vol. de 404 y 416 pp. respectivamente. 8 ptas. c/u.
- JOSÉ ROSSI: *La senda alucinante*. Ilustró Amadeo dell'Acqua. Buenos Aires, 1931. 170 pp.

Verso

- LUIS BARRIOS CRUZ: *Respuesta a las piedras*. Poesía. Ed. "Elite". Caracas, 1931. 176 pp.
- ATILIO GARCÍA Y MELLID: *La torre en el paisaje*. B. A., 1931. 144 pp.
- JULIA BUSTOS: *Juan sin miedo*. Poesías infantiles. B. A., 1931. 80 pp.
- JOSÉ C. BELBEY: *Motivos Entrerrianos*. Versos. M. Gleizer. B. A., 1931. 88 pp.
- MARIANO DE LAS CUEVAS GARCÍA: *Toledo, el diablo y la luna*. Poema lírico descriptivo. 112 pp. 4 ptas.
- FROILÁN TURCIOS: *Flores de almendro*. Ed. "Le livre libre". 141, Boulevard Péreire. París, 1931. 152 pp.
- FRANCISCO MARTÍN Y GÓMEZ: *Mar sin mar*. (1925-1930). Ateneo Segoviano. 1931. 128 pp.
- JUAN MANUEL RUIZ ESPARZA: *Caolín*. Poemas. Editorial "Cultura". México, D. F. 1931. 80 pp.
- GUILLERMO BOUCH: *Los vanos reucores*. Poemas. Ediciones Dax. Santiago de Chile. 1925. 140 pp.
- ARTURO CAMBOURS OCAMPO: *La novísima poesía argentina*. (Colección). Ediciones de la revista "Letras". Buenos Aires, 1931. 160 pp.
- JUSTO G. DESSEIN MERLO: *Aterrizaje*. Canciones. "El Ateneo". Florida 371. Buenos Aires, 1931. 128-XX pp.
- JOSÉ MARÍA DE COSSIO: *Los toros en la poesía castellana*. (Antología). C. I. A. P. Madrid. 1931, 402 pp. 8 ptas.
- ARTURO MARASSO: *Melampo*. Buenos Aires, 1931. 60 pp.

- ANTONIO MONTI: *La jaula de los ritmos*. Buenos Aires, 1931. 96 pp.
 AMADOR SANTELMO: *Fagulhas* Cerebro e coração. Sonetos. Rio de Janeiro, 1930. 64 pp.
 AMADOR SANTELMO: *Fagulhas*. Cerebro e coração. Poemas. Rio de Janeiro, 1931. 66 pp.
 ALFREDO TARRUELLA: *Cantos para Hilda*. Buenos Aires, 1931. 112 pp.
 ILDEFONSO PEREDA VALDÉS: *Romancero de Simón Bolívar*. Montevideo, 1931. 58 pp.

Crítica, Historia Literaria, Ensayos

- ANDRÉ MAUROIS: *Turgueniev*. Versión del francés de Salvador Quema-des. "La novela de los grandes hombres". M. Aguilar, Madrid. 228 pp. \$ 2.50.
 PEDRO BACH Y RITA, PH. D.: *The works of Pere Torroella*. A catalan writer of the fifteenth century. Instituto de las Españas en los Estados Unidos. New York, 1930. 332 pp.
 SALOMÓN WAPNIR: *A izquierda y derecha*. *Semblanzas y contornos literarios*. M. Gleizer. B. A., 1931. 174 pp.
 ARTEMIO MORENO: *En torno a Maupassant*. Publicaciones del Instituto Cultural Joaquín V. González. B. A., 1931. 160 pp. 2 pesos.
 BARTOLOMÉ GALINDEZ: *El amor de Sancho*. Tres capítulos y un análisis sobre el autor del Quijote. Ilustró Lino Palacio. B. A., 1931. 120 pp.
 SEBASTIÁN PUIG: *El poeta Cabanyes*. Notas biográficas. "Preludios de mi lira" y otras poesías. Documentos. Barcelona, 1927. Oliva de Vilanova, impresor. 168 pp.
 JOSÉ M^o CHACÓN Y CALVO: *Nueva vida de Heredia*. (Del "Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo".) Santander, 1930. 48 pp.
 JOSÉ MARÍA DE COSSIO: *Los toros en la poesía castellana*. (Estudio). C. I. A. P. Madrid, 1931. 288 pp. 8 ptas.
 LUIS VILLALONGA: *Azorín*. Su obra. Su espíritu. Madrid. 1931. 208 pp. 5 pesetas.
 ALFONSO REYES: *La saeta*. Con trazos de José Moreno Villa. Río de Janeiro, 1931. 56 pp.
 E. BARRIOBERO Y HERRÁN: *El libro de la Fiesta Nacional*. Preceptiva. Cronistas. Censores. Recopilación documentaria. C. I. A. P. "Mundo Latino". Madrid, 1931. 208 pp. 3 ptas.

Historia, Crónica, Memorias, Diarios, Biografías, Viajes, etc.

- R. DE LAFUENTE MACHAIN: *Los portugueses en Buenos Aires*. (Siglo XVII). Librería Cervantes, Lavalle 556. B. A., 1931. 180 pp.
 ERNST TOLLER: *Nueva York-Moscú*. Trad. del alemán por Marian Rawicz y Angel Pumarega. Ed. "Hoy". Madrid, 1931. 306 pp. 5 ptas.
 RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *Elucidario de Madrid*. Numerosas ilustraciones. C. I. A. P. Madrid, 1931. 450 pp. 10 ptas.
 ARNALDO FRACCAROLI: *Pampa d'Argentina*. Con 32 illustrazioni. Fratelli Treves. Milano, 1931. 234 pp. 15 liras.
 ENRIQUE PÉREZ COLMAN: *Notas Misioneras*. Impresiones de viaje. B. A., 1931. 34 pp.
 RUBÉN VARGAS UCARTE, S. J.: *Don Benito María de Maxó y de Francolí, arzobispo de Charcas*. Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. Núm. LVI. B. A., 1931. 80—LX pp.
 EL ARQUITECTO POETA: *Del Pirineo y del Avila*. Crónicas. Ed. "Elite". Caracas, 1931. 192 pp.
 SICFRIDO A. RADAELLI: *Capítulos de Historia Argentina*. J. Lajouane y Cía. B. A., 1931. 254 pp.

- LUIS CHAVEZ OROZCO: *La gestión diplomática del doctor Mora*. Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Núm. 35. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1931. 208 pp.
- JACINTO LÓPEZ: *Historia de la guerra del guano y del salitre o guerra del Pacífico entre Chile, Bolivia y el Perú*. Vol. I. Causas y orígenes de la guerra. La guerra naval. De Laisne y Rossboro, Inc., Editores. 34 West 17 th. Street. New York. 416 pp.
- CREACIÓN DEL CURATO DEL ROSARIO: (1730-1731). Junta de Historia y Numismática Americana. Publicaciones de la Filial Rosario. Nº 2. Rosario, 1931. 68 pp.
- ADRIÁN PATRONI: *De la Argentina a Marruecos*. Amplio recorrido por las zonas del protectorado de España y Francia. Buenos Aires, 1931. 368 pp. 3 pesos.
- G. MARTÍNEZ SIERRA: *Granada* (Guía emocional). Renacimiento, Madrid. 240 pp. 5 ptas.
- NICOLÁS ESPINOSA CORDERO: *Historia de España en América*. Obra premiada en el Concurso del diario ABC. C. I. A. P., Madrid, 1931. 338 pp. 5 ptas.
- BLANCA LUZ BRUM: *Penitenciaría - Niño Perdido*. Taxco, Guerrero, México, 1931. 36 pp.

Política, Derecho, Economía, Sociología, etc.

- ARTHUR WAUTERS: *La Reforma agraria en Europa*. Trad. de Javier Bueno. Editorial España. 244 pp. 7 pesetas.
- TULIO M. CESTERO: *Estados Unidos y las Antillas*. C. I. A. P. Madrid, 1931. 234 pp. 5 ptas.
- FERNANDO LASALLE: *¿Qué es una Constitución?* Con una Introducción Histórica de Franz Mehring. Traducción del alemán y prólogo por W. Roces. "Panorama". Ed. "Cenit". Madrid, 1931. 160 pp. 4 ptas.
- CARLOS LIEBKNECHT: *Cartas del frente y de la prisión*. (1916-1918). Versión española de Luis Curiel. "Documentos vivos". Ed. "Cenit". Madrid, 1931. 258 pp. 5 ptas.
- VERA FIGNER: *Los reclusos de Schlüsselburgo*. Traducción directa del ruso, por Braulio Reyno. "Vidas extraordinarias". Ed. "Cenit". Madrid, 1931. 258 pp. 6 ptas.
- JOAQUÍN COCA: *El Contubernio*. Memorias de un diputado obrero. Colección Claridad. Sección Política. B. A., 1931. 128 pp. 0.50 cts.
- RODOLFO REYES: *Ante el momento constituyente español*. Experiencias y ejemplos americanos. C. I. A. P. Madrid, 1931. 126 pp. 2 ptas.
- LUIS E. HEYSEN: *El Comandante del Oropesa*. Cuzco. (Perú), 1931. 48 pp.
- LUIS E. HEYSEN: *El Abecé de la Peruanización del Perú*. Cuzco. (Perú), 1931. 24 pp.
- GERMÁN LIST ARZUBIDE: *La lucha contra la mentira religiosa en la U. R. S. S.* Ediciones de la Federación Ateísta Mexicana. 1931. 128 pp.
- M. HALWRACHS: *Los orígenes del sentimiento religioso, según Durkheim*. Trad. de Miguel López de Atocha. "La Cultura Moderna". C. I. A. P. Madrid, 1931. 128 pp. 1.50 ptas.
- DAVID J. GUZMÁN: *Instrucción Cívica y Moral práctica*. San Salvador, C. A. 320 pp.
- J. KUCZINSKI, CARLOS RADEK, A. HOLITSCHER, ANNA SEGHERS, S. TRETIAKOV, W. MOLOTOR y otros: *El trabajo rojo*. El nuevo obrero en la Unión Soviética. "Documentos vivos". Editorial Cenit (S. A.). Madrid. 1931. 208 pp. 6 ptas.
- A. E. SUHR HOREIS: *Paralelo entre nuestros últimos Gobiernos Constitucionales y el "de facto"*. *Nuestro imperativo categórico: La moneda*. Buenos Aires. 1931. 100 pp.

- JOSÉ RODRÍGUEZ TARDITI: *La crisis mundial*. (A través del libro de Isi Delvigne). Buenos Aires, 1931. 16 pp.
- LUIS ALBERTO DESPONTIN: *Liquidación financiera de la guerra*. Las reparaciones aliadas. Córdoba, 1930. 132 pp.
- SALOMÓN RESNICK: *Dos formas de nacionalismo espiritual judío: Ajad Haám y Dubnow*. Ediciones de la F. I. C. H. A. Buenos Aires, 1931, 32 pp.
- BRAULIO MATE: *El Mundo en quiebra*. 100 pp.

Ciencia

- FRANCISCO DE VEYGA: *La Inteligencia y la Vida*. Sus relaciones y correlaciones en el concierto vital. L. J. Rosso. B. A., 1931. 404 pp. 6 pesos.
- A. HOLLARD: *Los principios de la química moderna*. Trad. de Faustino Díaz de Rada. "La Cultura Moderna". C. I. A. P. Madrid, 1931. 160 pp. 1.50 ptas.
- C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ: *Investigation on impure spectra. And its consequences for the theory of colours*. Translation of Miss Ann. E. Smith. B. A., 1931. Con 4 láminas. 42 pp.

Folklore

- CARLOS VEGA: *La música de un códice colonial del siglo XVII*. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Literatura Argentina. Sección Folklore. Primera serie: El canto popular. T. II. N° 1. Música Colonial. Bs. As., 1931. 100 pp.

Arte

- ENRIQUE DÍEZ CANEDO: *Los Dioses en el Prado*. Estudios sobre el asunto de mitología en el Museo de Madrid. Confrontaciones literarias. C. I. A. P. Madrid, 1931. 184 pp.
- CLEMENTE PEREDA: *La dama de Elche*. Instituto de las Españas de los Estados Unidos. New York, 1931. 48 pp.
- D. JALABERT: *La escultura gótica*. Trad. de Don Gregorio Marañón. "La Cultura Moderna". C. I. A. P. Madrid, 128 pp. 1.50 ptas.

Teatro

- EDUARDO MARQUINA: *El rey trovador*. Trova dramática, en cuatro actos, en verso. C. I. A. P. Renacimiento. Madrid, 176 pp. 3,50 ptas.
- VENTURA GARCÍA CALDERÓN: *Holofernes*. (Drama sincopado). Ediciones de "Poesía". París. 1931, 24 pp.

Filología

- MAX A. LURIA: *A study of the monastir dialect of judeo-spanish based on oral material collected in Monastir, Yugo-Slavia*. Instituto de las Españas de los Estados Unidos. New York, 1931. 270 pp.

Educación

- RAMÓN SUAITER MARTÍNEZ: *El problema de la educación en Misiones*. Publicaciones del Instituto Cultural Joaquín V. González. B. A., 1931. 80 pp.
- LEONILDA BARRANCOS DE BERMANN: *La reforma educacional en Austria*. Córdoba, 1931. 20 pp.

Religión

RAFAEL PIVIDAL (hijo): *El Renacimiento del catolicismo en Francia*. Contribución al estudio de sus causas. Via y Zona. Buenos Aires. 1931. 368 pp.

Psicología

SEBASTIÁN MOREY OTERO: *Elementos de Psicología*. Antecedentes filosóficos e históricos de la Psicología. Claudio García, editor. Montevideo, 1931. 324 pp.

R. D. SILVA UZCATEGUI: *Psicopatología del soñador*. Barcelona. Casa Editorial Araluce. 1931. 232 pp.

Urbanismo

MARCELINO DEL MAZO: *La congestión del tráfico*. Su solución inmediata en la Capital Federal. B. A., 1931. 184 pp.

Literatura Infantil

M. L. SMITH DE LOTTERMOSER: *Los cuentos de Tía Nonó*. B. A. 1931. 64 pp.

HERMYNIA ZUR MÜHLEN: *¿Por qué?* Trad. del alemán por Piedad de Salas. Ilustraciones de R. Puyol. Cuentos "Cenit" para niños. Ed. "Cenit", Madrid. 60 pp.

HERMINIA ZUR MÜHLEN: *Lo que cuentan los amigos de Perico*. Trad. del alemán de Piedad de Salas. Ilustraciones de R. Puyol. Cuentos "Cenit" para niños. Ed. "Cenit" Madrid. 68 pp.

L. PANTELEIEW: *El reloj o las Aventuras de Petika*. Trad. del alemán por F. Soto. Ilustraciones de Bruno Fuk. Cuentos "Cenit" para niños. Ed. "Cenit", Madrid, 76 pp.

BIELIK-PANTELEIEW: *El acaparador*. Trad. del alemán por F. Soto. Ilustraciones de R. Puyol. Cuentos "Cenit" para niños. Ed. "Cenit" Madrid. 60 pp.

Bibliografía

ROBERTO RAMOS: *Bibliografía de la Revolución Mejicana*. Monografías bibliográficas mexicanas. Núm. 21. México, 1931. 530 pp.

FELIPE TELXIDOR: *Ex-libris y Bibliotecas de México*. Monografías bibliográficas mexicanas. Núm. 20. México, 1931. 550 pp.

Varios

AURELIO COMPAIRD: *El ideal "Uno"*. Mensaje del super-hombre o La Biblia Contemporánea. B. A. 174 pp.

INFORME que el Ministro de Educación Pública, Bellas Artes, Deportes, etc., presenta a la Nación en 1931. Quito. Tall. Gráf. Nacionales. 288 pp.

FRANCISCO AYALA: *Problemas jurídico-sociales del jornal mínimo*. Sociedad para el Progreso Social. Publicación N° 21. Madrid. 1931.

DR. ERNESTO QUESADA: *Die wirtschaftsbeziehungen zwischen Latein-Amerika und den vereinigten staaten*. Leipzig, 1931. Deutsche Wissenschaftliche Buchhandlung. 88 pp.

PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN PÚBLICA: *La exploración al Reventador*. Informe de la Comisión del Comité Nacional de Geodesia y Geofísica, compuesta por Gral. Paz y Miño, Jonas Guerrero y Cristóbal Bonifaz. Quito, 1931. Imprenta Nacional. 59 pp.

- DR. RAFAEL ARAYA: *Hospital de Alienados y Escuela de niños retardados del Rosario*. Antecedentes, Construcción, Organización. Rosario. 64 pp.
- DR. JUAN MARÍN: *Clínicas y maestros en Inglaterra y Francia*. Valparaíso. Boletín Médico de Chile. 1931. 134 pp.
- A. GUTIÉRREZ HERMOSILLO: *Cauce*. Ediciones "Campo". Guadalajara, Jal. 1931. 28 pp.
- GRAZIELLA BARINAGA y PONCE DE LEÓN: *El feminismo y el hogar*. 1931, La Habana. 16 pp.
- Límites entre Guatemala y Honduras*. Teoría de los Espacios Fronterizos formulada por Ratzel y sostenida por Sapper. Publicaciones de la Comisión de Límites. N.º 21. Tomo III. Guatemala. C. A. Mayo de 1931. 217-252 pp.
- Conférence pour la limitation de la fabrication des stupéfiants*. Société des Nations. Section d'Information. Genève. 1931. 28 pp.
- DRES. SALVADOR MAZZA, CECILIO ROMANA y KRIMHILDA SCHURMANN: *Nuevas observaciones sobre la infección espontánea de armadillos del país por el Trypanosoma Cruzi*. Publicado en "La Prensa Médica Argentina" el 28 de Febrero de 1931. "Las Ciencias". B. A., 1931. 20 pp.
- AVV. GENNARO ESCOBEDO: *In defensa dei coniugi Dante e Sara Majorana*. Innanzi alla Corte di Cassazione (sezione prima). Camera di Consiglio 8-9 aprile 1931. Estratto dalla "Giustizia Penale", Vo. XXXVII, 1931. Città di Castello. 1931. 64 pp.
- VICTORIA GUCOVSKY: *Lo que pasa en China*. Una lección interesante Buenos Aires. 1931. 22 pp.
- MARCEL BOLL: *Tres conferencias de Filosofía Positiva*. "El Positivismo". Mayo-junio de 1931. Buenos Aires. 56 pp.
- R. GORRAIZ: *El plan quinquenal de la Unión Soviética*, Tres Arroyos (R. A.), 1931, 18 pp.
- La Grande Semaine des Nations Américaines*. (Première Semaine de Juillet). A l'occasion del 20me. anniversaire du Comité France-Amérique. Les Editions France-Amérique. Paris. 1930. 140 pp. 5 fr.
- ALFREDO CÓNSOLE: *Una nueva clasificación bibliográfica para Bibliotecas y Librerías*. L. J. Rosso, editor. Buenos Aires, 1931. 28 pp.
- Sexta reunión de la Sociedad Argentina de Patología regional del Norte celebrada en Salta los días 29 y 30 de setiembre y 1º de octubre de 1930, dedicada a conmemorar el cincuentenario del descubrimiento del parásito del paludismo por Laveran*. Buenos Aires. 1931. 880 pp.
- Société des Nations*. Institut International de Coopération Intellectuelle, Paris: Index Bibliographicus. Catalogue Internatioanal des Bibliographies courantes. Deuxième édition mise a jour et considérablement augmentée. Publiée par MARCEL GODET y JORIS VORSTIUS. Berlin, Leipzig. 1931. Walter de Gruyter y C.º. 420 pp.
- ENRIQUE SPARN: *Las Sociedades Científicas, Literarias y Técnicas del mundo, con más de 1.000 miembros*. Academia Nacional de Ciencias, 1931. 76 pp.
- Discurso de Recepción del Dr. JUAN JOSÉ ABREU*, como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Caracas, 1931. 56 pp.
- GRAN PARTIDO SOCIALISTA DEL SURESTE: *Memorias del Congreso Agro-Pecuario*, 1931, celebrado en Mérida (Yucatán).
- Puerto Rico ante el imperialismo norteamericano*. Denuncia del régimen de gobierno que Estados Unidos de América impone al pueblo de Puerto Rico. San Juan de Puerto Rico, 1931. 14 pp.
- MARIANO GONZÁLEZ ROTHVOSS: *Información relativa al paro en la industria de la construcción durante la temporada de invierno en España*. Sociedad para el Progreso Social. Publicación N.º 20. Madrid, 1931. 16 pp.

NECROLOGIA

* Ha sido muy deplorada en los círculos intelectuales y universitarios la muerte del doctor Carlos F. Melo, llevado hace menos de un año, a la dirección de la Biblioteca Nacional. Nosotros, que acogió con simpatía expectante esa designación, porque apreciaba en el doctor Melo la vasta cultura y la curiosidad intelectual muy despierta, debe celebrar hoy del culto escritor fallecido, la noble obra poética, inspirada casi siempre en sus concepciones metafísicas y morales, y los pacientes ensayos sobre el arte y la vida. Entre sus libros recordamos, *Espuma* (poesías, 1906), *Hermes* (1925), *Las aguas de Mara* (poesías, 1926) y *La resurrección de Occitania* (1930).

* Otro escritor distinguido acaba de fallecer: el doctor Enrique Rivarola, perteneciente a una familia que ha dado al país dignísimos estudiosos.

En su juventud se destacó como poeta en aquella generación que se inició alrededor del 80. Su laureado poema *La muerte de Jesús*, fué compuesto a los 16 años. Avellaneda vió anunciarse en sus primeros versos, que reunió bajo el título de *Primaverales*, un verdadero poeta, cuando la honda inspiración le llegase "con la meditación, con la pasión y con el dolor". Se contó entre los mejores que siguieron las huellas de Obligado, pero absorbido por otras tareas — el foro, la magistratura, los estudios jurídicos — el poeta adolescente no superó sus primeros versos, contenidos en dos colecciones ya olvidadas. También fué un estimable cuentista, de quien recordamos el libro *Menique*.

* Con la muerte de Celestino Piaggio, el arte musical argentino, hoy en clara y promisoría formación, pierde a uno de sus elementos de más valer.

Desde su adolescencia, el joven maestro supo encauzar sus cualidades artísticas con disciplinada voluntad y firme estudio.

Rápida y brillante fué la carrera del malogrado músico. Buen pianista, compositor de sobrio y elegante estilo, profesor bien conceptuado y correctísimo director de orquesta, Celestino Piaggio fué un infatigable y modesto trabajador al servicio del arte de los sonidos.

Entre el conjunto de sus composiciones, no muy extenso, pero de excelente calidad formal, se cuentan algunas melodías para canto y piano, una vigorosa sonata para este instrumento y una obertura para orquesta, obras todas que le asignan un lugar destacado entre nuestros compositores. Como director de orquesta realizó una lucida campaña artística en los teatros Cervantes y Nuevo y al frente de la Asociación Sinfónica.

Celestino Piaggio nació en Concordia, (Entre Ríos), en 1886, revelando desde niño excelentes condiciones artísticas. Inició sus estudios musicales bajo la dirección paterna siguiéndolos luego en Buenos Aires con los maestros Williams y Aguirre, y destacándose muy pronto como pianista de fina musicalidad y compositor de claras ideas y depurada forma.

El Gobierno Nacional lo becó a fin de que perfeccionara sus estudios en Europa. Allí, donde permaneció largo tiempo, siguió clases de armonía, contrapunto, órgano, piano y composición con el célebre Vincent D'Indy y otros reputados maestros en la Schola Cantorum de París.

El reputado crítico musical Gastón Talamón se ocupará de la obra de Piaggio con la extensión que merece, en el próximo número de Nosotros.

Las Conferencias de Ballesteros y Beretta

DURANTE dos meses largos — los de agosto y setiembre — ha convivido con nosotros un cultísimo profesor de la Universidad Central de Madrid: el doctor Antonio Ballesteros y Beretta. Vino en viaje de observa-

ción y de estudio. y accediendo a un pedido de la presidencia de la Universidad de La Plata. Contra lo que acontece de ordinario con los profesores extranjeros que nos visitan, el doctor Ballesteros no se prodigó en conferencias aparatosas y de ruido, ni fué dado a las exhibiciones farandulescas. Vivió en los lugares propicios al objetivo de su viaje. Trató a aquellos a quienes creía en mejores condiciones para informarlo sobre lo que apetecía conocer, y habló en público cuando y donde era justo y lógico que lo hiciera: en la Facultad de Letras de Buenos Aires y en la de Humanidades de La Plata. Lo hizo sobre temas de su particular versación. En Buenos Aires disertó sobre un célebre proceso de los tiempos de Felipe II, incoado a su secretario Antonio Pérez. Toda la época del discutido monarca español, desfiló ante el auditorio que escuchaba al docto maestro. No fué una conferencia para el común de las gentes. El doctor Ballesteros habló suponiendo en quienes lo escuchaban un conocimiento profundo de la historia de España. Este detalle, sin embargo, quedaron en la conciencia de sus oyentes algunas de sus afirmaciones rotundas y más de un hábil medallón biográfico; porque, hay que decirlo, el doctor Ballesteros tiene una habilidad extraordinaria para la narración. Además de sus dos conferencias sobre Antonio Pérez, en Buenos Aires habló también del proceso del descubrimiento de América, llegando a conclusiones categóricas, no desprovistas de interés.

En cuanto a su actuación en La Plata, todos coinciden en reconocer su éxito. Dictó allí un ciclo de cinco conferencias, sintetizando, en cuadros de maravillosa precisión, todo el desenvolvimiento de la historia hispánica. Las grandes síntesis que hiciera, fueron sumamente provechosas para los alumnos a quienes las disertaciones estaban dedicadas.

En resumen: el historiador Ballesteros ha dejado en nuestro ambiente intelectual la impresión de que está a la altura de la fama que le precediera. Y hay razones para aseverar, ya vuelto él a su país, que puede con justicia proclamarse lo que alguna vez se ha dicho al observar el fruto que dejaban ciertos conferencistas bien dotados: *por aquí ha pasado un maestro.*

C.

"La Prensa".

EL gran diario argentino ha cumplido 62 años. Nosotros, que ya celebró otros aniversarios de *La Prensa*, se complace en recordar también éste en momentos de tan grande incertidumbre para el país, porque si hay un órgano de opinión que ha sabido mantenerse siempre y más que nunca se mantiene hoy por encima de las pasiones encontradas y de los intereses banderizos, ése es *La Prensa*. Su palabra solamente se inspira en intereses generales y permanentes y sus juicios sólo son dictados por un invariable espíritu de equidad y de rectitud, vigilante hasta el más extremado celo en todo cuanto toca al respeto de la ley y del derecho. Podrá disentirse de *La Prensa* en el terreno de la razón, particularmente en horas de apasionamiento, cuando no concuerda con nuestros sentimientos, nuestras convicciones o nuestros intereses; pero será hacerle notoria injusticia enrostrarle parcialidad en el juicio y propósitos extraños a sus principios directores.



* En adelante las bibliotecas de los trasatlánticos, ofrecerán a los pasajeros también una colección de obras argentinas de diverso carácter, donadas por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, por una feliz iniciativa de su presidente D. Juan Pablo Echagüe. La entrega de los

libros a los representantes de las empresas navieras se realizó en un acto especial, celebrado en la sede de la Comisión, en el cual destacó el significado de esta simpática iniciativa, el vocal doctor Carlos Obligado.

* En el número de agosto de la revista *Atenea*, de la Universidad de Concepción (Chile), se publicó el siguiente llamamiento a los intelectuales de América, que aunque con alguna demora, NOSOTROS recoge y apoya:

"La dirección de *Atenea* invita a los pensadores y escritores y en general a los hombres de ciencia, de estudio y de negocios a manifestar en sus páginas las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones iberoamericanas, con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina.

La encuesta estará abierta por el presente año.

Atenea cree plantear de esta suerte un problema de vital importancia para nuestra América. Desentenderse de él sería querer permanecer voluntariamente ciego y sordo a los claros signos del tiempo.

Somos buscadores de los caminos por donde nuestros pueblos han de alcanzar la mayor y más fecunda libertad, la libertad que necesitan dentro de la inter-relación en que viven los estados modernos. Pueblos que no sintieron este afán serían pueblos agonizantes aunque no parecieran tales por el hecho de que la agonía de las colectividades sociales suele ser muy larga.

Creemos que este es un problema que se puede abordar en términos serenos, tranquilos y científicos y estamos seguros de que los hombres de cultura espiritual de todo el mundo tomarán posición al lado nuestro.

Deseamos que las medidas y reformas que se propongan sean concretas y detalladas y no se reduzcan a la mera indicación de orientaciones generales sobre lo que todos estamos más o menos de acuerdo.

Rogamos dirigir las respuestas a la Secretaría de *Atenea*, Concepción, Chile.

Rogamos también a las revistas y periódicos que nos quieran favorecer, reproducir esta invitación todas las veces que lo estimen conveniente".

* Francisco Romero, profesor titular de Gnoseología y Metafísica en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y redactor de la sección Filosofía de esta Revista, contestará cualquier consulta que se le formule sobre temas de su especialidad, especialmente sobre bibliografía. Los interesados pueden dirigirse a la redacción de NOSOTROS o al domicilio del Sr. Romero, Charcas 4734.

* Con el número 37, recientemente aparecido, ha entrado en su cuarto año de existencia *La Literatura Argentina*, interesante revista bibliográfica que dirige el antiguo editor don Lorenzo J. Rosso, y redacta Honorio Barbieri.

En sus tres años de aparición regular ha conquistado un sólido prestigio en nuestro ambiente literario, merced a la abundancia y variedad de su material informativo sobre libros y autores, y a la seriedad de sus comentarios.

Con cada entrega de *La Literatura Argentina* aparece siempre, además, un cuadernillo de la Bibliografía General Argentina importante obra de compilación que llevan a cabo los señores Manuel Selva y Fortunato Mendilaharsu.

En el número aludido, la señorita Raquel Adler comienza a ocuparse especialmente de la producción literaria femenina.